


ROMANCE

HELEN BIANCHIN

# Al mejor postor



«¿Estás diciendo que eres mi dueño?» Samantha apenas podía creerlo. Cómo pudo su padrastro haberse endeudado tanto, al punto de negociar con su último activo restante… Samantha.

Si Alex Nicholas no hubiera comprado el contrato de su viejo amigo antes de su salida al mercado, entonces Samantha hubiera sido rematada al mejor postor. En cambio estaba siendo forzada a casarse con un hombre que nunca le gustaría

Alex proyectaba una cruda virilidad que era casi electrizante. Pero él no fue libremente elegido por Samantha. ¡Y por eso debería pagar!




Helen Bianchin

# Al mejor postor

## Bianca (Nicolaos, 1) - 220

**ePub r1.0**
**LDS** 28.04.16

Título original: *Dark Tyrant*
Helen Bianchin, 1986
Traducción: Lilia García

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



# Capítulo 1

Samantha miró pensativa por la ventana, maravillándose de la vista que se contemplaba desde esa elegante oficina. Se había sentido nerviosa e intrigada por una carta que había recibido el día anterior, en la cual le solicitaban que llamara por teléfono para concertar una cita con el principal socio del despacho de abogados que representaba a su padre, muerto recientemente.

«Padrastro», corrigió de inmediato, recordando con claridad, por primera vez en varios años, la sutil diferencia.

Se dio vuelta, encontrándose con la mirada del abogado.

—¿Puede decirme por qué le pidieron a usted que me informara de la situación financiera de Dominic?

El abogado extendió las manos con un gesto expresivo.

—Tengo entendido que el señor Nicolaos prefirió que fuera un abogado quien le diera la noticia.

—¿Por qué? —preguntó, enfadada—. ¿Quién es el señor Nicolaos y cuál es su relación con este espantoso lío?

—Tengo entendido que su padrastro le debía una importante cantidad de dinero. Al menos, fueron ésas las noticias que me dieron.

Uno a uno, los hechos fueron desfilando por su mente extraños y distantes: Dominic Roussos, quien había hecho con ella las funciones de padre durante los últimos quince años; la muerte de su madre, siete años antes; Sophie, la hermana de Dominic, que se había ido a vivir con ellos a su pequeña casa del barrio de Perth, para cuidarles; la universidad donde estaba estudiando biología; la repentina muerte de Dominic, de un ataque al corazón, hacía tres semanas.

—¿Tiene alguna otra pregunta, señorita Evans?

Era obvio que estaba impaciente por librarse de ella y Samantha se levantó, le dio las gracias cortésmente y se dirigió hacia la puerta.

Eran muchas las preguntas que bullían en su mente, exigiendo respuesta y siguieron resonando en su cabeza mientras bajaba en el ascensor a la planta baja.

Eran casi las cinco de la tarde y las calles de la ciudad estaban congestionadas de tráfico. Se dirigió a la parada de autobuses y se montó en el primero que llegó que se dirigía hacia el norte. Eso suponía que tendría que andar más de lo acostumbrado, pero no podía soportar esperar otros veinte minutos hasta que llegara el autobús que la dejaria más cerca de su casa.

Al fin se apeó, se levantó el cuello del abrigo y metió las manos en los bolsillos, debido al frío invernal, y recorrió a paso ligero el kilómetro de distancia que le quedaba hasta llegar a su casa.

Se sintió feliz al ver la pequeña casa de ladrillos con un hermoso jardín, rodeado todo por una cerca.

—¡Samantha! ¡por fin has llegado!

Miró el rostro bondadoso y preocupado de Sophie y no tuvo fuerzas para demostrar el enfado que sentía.

—No es necesario que te cuente de lo que se trata, ¿no es cierto? —comentó con ironía mientras se quitaba el abrigo y lo colocaba en el perchero.

Sophie parecía debatirse entre su conciencia y la lealtad.

—Después de la muerte de tu madre se complicó la situación para Dominic —dijo al fin, sentándose en una silla cercana—. Pienso que él también comenzó a morir lentamente ¡la quería tanto!

Samantha hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Tuvo una racha de mala suerte… disminuyó la pesca de camarones, además, aumentaron los gastos para el mantenimiento del barco por lo que tuvo que pedir dinero prestado. Después, volvió a pedir para pagar lo que debía, hasta convertirse en un círculo vicioso y quedar endeudado para siempre.

—Debisteis decírmelo —comentó Samantha.

—¿Qué podías haber hecho?

—Hubiera dejado los estudios para conseguir un trabajo… cualquier trabajo —insistió con vehemencia.

—Tu educación era importante —protestó Sophie—. Dominic

deseaba que tuvieras todas las oportunidades posibles.

—¡Lo habría comprendido! —exclamó Samantha y, sin poder evitarlo, se echó a llorar desconsoladamente.

—¡Oh, querida, no llores! —suplicó Sophie.

—No te preocupes, creo que sólo es una reacción tardía —murmuró Samantha emocionada.

Suspirando, la mujer mayor le dijo con ternura:

—Creo que sería una buena idea que nos fuéramos de vacaciones, aunque sólo sea una semana. ¿Qué me dices? El próximo viernes terminan las clases y podríamos ir a Sydney.

—Pero eso está a muchos kilómetros de aquí —protestó, mientras Sophie sonreía bondadosamente.

—Allí tengo una hermana y sobrinos. Me encantaría verles.

La idea de cambiar de ambiente le pareció estupenda.

—¿Podremos hacer frente a los gastos?

—Tengo ahorrado algún dinero —confesó Sophie—. Es más, ya he reservado los billetes provisionalmente para el sábado. ¿Confirmo la reserva?

Le pareció increíble estar surcando los cielos en un avión, con destino al estado oriental de New South Wales sólo cuatro días más tarde. Samantha no pudo contener la alegría al pensar que iba a conocer la ciudad más grande de Australia.

Una vez que aterrizó el avión y recogieron el equipaje, salieron del aeropuerto y cogieron un taxi.

Samantha estaba muy intrigada por todo lo que veía y no prestó atención a la dirección que Sophie le dio al conductor.

Se sintió un poco preocupada al ver que el taxi cruzaba por una avenida y se detenía frente a lo que sólo podía describirse como una mansión. Desde allí, la vista del puerto era magnífica y no necesitaba ser muy inteligente para darse cuenta de que pertenecía a un gran barrio residencial.

—Sophie…

—Por favor, sujeta esta bolsa mientras pago al conductor —le pidió la mujer mayor.

Samantha bajó del coche y esperó a que Sophie terminara de pagar.

En el momento en que salía del taxi, se abrió la puerta principal de la mansión y Samantha vio que un hombre de mediana edad, vestido con elegancia, se acercaba a ellas.

—Usted debe ser Samantha. Me haré cargo del equipaje. Por favor, entren.

Vio que Sophie ya estaba a su lado y le dirigió una mirada interrogante, esperando que les presentara. Pero no ocurrió nada y no le quedó otra alternativa que entrar en el vestíbulo con Sophie.

—Las llevaré a sus habitaciones. Estoy seguro de que las dos desean refrescarse después del viaje.

Por el tono respetuoso con que les hablaba, supuso que se trataba de un sirviente, pero, por cortesía, no quiso hacer preguntas hasta que estuvieron solas.

A Samantha le destinaron unas habitaciones lujosamente amuebladas y después de admirarlas, sacó de la maleta sólo lo imprescindible; se cepilló el largo cabello castaño, se retocó el maquillaje y cruzó el corredor hacia las habitaciones de Sophie, situadas junto a las suyas.

Llamó con suavidad a la puerta y entró al oír la voz de Sophie.

—Ah, eres tú —contestó Sophie, sonriendo—. Creo que sirven la cena a las ocho. Spiros nos está esperando abajo para beber algo.

—¿Es tu cuñado?

—No.

—¿Entonces quién es?

—¿Spiros? Un amigo. Ahora ¿vamos a tomar algo?

Cogió a Samantha del brazo y salieron al pasillo.

—Él no es el dueño de esta casa.

Fue más una afirmación que una pregunta y al no recibir respuesta de Sophie, Samantha insistió:

—¿Quién es el dueño? ¿Un amigo tuyo millonario?

Llegaron al pie de la escalera y sintió que Sophie estaba tensa cuando ésta le indicó una puerta, a la izquierda.

—¿Por qué actúas de forma tan evasiva? —inquirió, sin que la mujer mayor contestara.

Entraron en un salón amueblado con elegancia.

—¿Sophie?

Había un ligero tono de irritación en la voz de Samantha, pero Sophie no le prestó atención.

—Buenas noches.

Samantha se volvió al oír una voz grave y varonil y vio un hombre alto y atlético que estaba de pie en el otro extremo del salón.

Tenía aspecto dinámico, muy masculino y provocaba un gran impacto. De casi cuarenta años, tenía un aire de suprema arrogancia. Era alguien a quien sería mejor tenerle como amigo y no como enemigo, pensó estremeciéndose ligeramente.

—¿Han tenido un buen viaje?

¿Quién era él? Sophie hizo la presentación.

—Samantha ¿no conoces a Alex?

Alex, Alex Nicolaos, sólo podía ser él ¿pero, por qué? Se volvió hacia Sophie, pidiendo una explicación con la mirada y observó un ligero rubor en las mejillas de la mujer.

—Somos huéspedes de Alex…

—Fue idea mía —la interrumpió él, acercándose.

Samantha percibió el agradable aroma de su loción y, por algún motivo, la cercanía hizo que su respiración se agitara, sintiéndose un poco asustada.

—Su padre era un viejo amigo de la familia —le dijo Alex—. Me entristecí mucho cuando supe que había muerto.

Nerviosa, Samantha se preguntó qué debería hacer ¿darle las gracias por su hospitalidad?

A pesar de la simpatía que mostraba en sus palabras, percibió un tono de crueldad en las mismas que le hizo sentir un frío estremecimiento.

—¿Qué desean tomar? —preguntó con cortesía—. ¿Samantha?

Samantha oyó que Sophie pedía un brandy. Ella también necesitaba algo de alcohol que la tranquilizara, pero teniendo el estómago vacío, pensó que no debía pedir una bebida fuerte.

—Una copa de vino blanco —respondió.

—¿Dulce o seco?

—Me gustaría un poco de Riesling, si tiene.

La idea de que quizá no tuviera esa clase de vino, casi la hizo lanzar una risa nerviosa. Si le hubiera pedido champán, con toda seguridad habría sacado una botella fría de su bien surtido refrigerador del bar.

Samantha le observó mientras servía las bebidas; después

regresó y le ofreció una copa.

—¿Les agradan sus habitaciones?

—Son preciosas, Alex —contestó Sophie—. No creo que haya una vista del puerto mejor en ningún otro lugar.

—Ése fue el principal motivo por el que compré esta casa.

Después de observarle unos instantes, Samantha desvió la mirada hacia los cuadros pintados al óleo que adornaban las paredes. No tenía grandes conocimientos de pintura, pero, si no estaba equivocada, le pareció reconocer un Renoir y otro cuadro de un pintor famoso. Si era coleccionista, tenía un gusto impecable.

—¿Le gustan las obras de arte?

—¿No le gustan a todo el mundo?

—Sin embargo, entre las materias que usted ha estudiado, no se encuentra el arte.

¿Cómo lo sabía?

—Algunas asignaturas son generales —explicó con cortesía—. Exceptuando éstas, la variedad es limitada; es un asunto de prioridades.

—¿Le gusta la vida universitaria?

¿Cuál sería el motivo de ese interés?

—¿Se refiere a las clases o, en general, a la vida de los estudiantes?

—Samantha es una estudiante muy brillante —respondió Sophie, ya que conocía muy bien el tiempo que dedicaba a los estudios.

—Estoy segura de que usted tiene algo más interesante de qué hablar —agregó Samantha.

En ese momento, apareció Spiros y anunció que la comida estaba lista, por lo que Alex las condujo a un elegante comedor donde había una amplia mesa, ya dispuesta. Les indicó dónde debían sentarse.

La comida consistió en cinco platos diferentes, cada uno de los cuales podía, por sus propios méritos ser considerado el principal. Por eso, al terminar, Samantha elogió la exquisitez y abundancia de la comida al igual que Sophie y aceptó la sugerencia de Alex de tomar el café en el salón.

La conversación se había mantenido fluida. Después de la sorpresa inicial, Samantha comenzó a sentirse relajada, participando en la charla sin darse cuenta, tanto por la habilidad

del anfitrión, como por el efecto del excelente vino que había tomado.

—¿Me permitís sugeriros que hagáis mañana un recorrido por la ciudad y sus alrededores?

—Eso sería maravilloso —afirmó Sophie de inmediato, volviéndose a Samantha—. ¿No estás de acuerdo?

—Es usted muy amable, señor Nicolaos —murmuró la joven, sin mirarlo a los ojos.

—Debes llamarme Alex.

¿Tendría que hacerlo? Le pareció que sería tomarse una libertad de la que no se sentía muy segura, ya que algo en su interior le aconsejaba que no debía tratarle con informalidad, pues había en ello un peligro infinito.

—Tengo entendido que nunca habías estado en Sydney.

—No —respondió secamente. Se sentía cansada, ya que al efecto del vino se sumaba el largo viaje en avión.

—Existen muchos lugares de interés —continuó Alex—. Durante toda la semana, tendrán a su disposición mi coche, con Spiros al volante.

—Gracias.

Samantha se sintió abrumada al pensar que estaba hablando como una adolescente. Sin pensarlo, se levantó y dejó su taza sobre la mesa.

—Si me disculpan, me marcharé a mi habitación, estoy muy cansada. Buenas noches.

Miró de reojo a Alex y, sin decir una palabra más, cruzó el salón y se dirigió a la escalera.

Cerró la puerta de sus habitaciones, entró en el baño y abrió el grifo de una enorme bañera y echó en el agua el perfume de uno de los múltiples frascos que encontró allí. Después regresó al dormitorio y descubrió que habían cambiado la colcha y que se encontraba su camisón sobre la almohada, muy bien doblado.

También notó que habían sacado toda su ropa de las maletas y que estaba colgada en el armario o guardada en cajones.

Se dijo que sería agradable recibir ese tratamiento durante una semana, aunque si le hubieran dado la oportunidad de elegir, habría buscado otro anfitrión que no fuera Alex Nicolaos.

El agua caliente y perfumada le produjo un efecto tranquilizador

y permaneció sumergida en ella bastante rato. Cuando salió se secó, se puso el camisón y se deslizó entre las sábanas de seda, quedándose dormida en pocos minutos.

# Capítulo 2

Samantha despertó al oír correr las cortinas de su habitación y tardó unos instantes en recordar dónde estaba.

—Buenos días —la saludó una alegre voz—. Soy Serafina, la mujer de Spiros y le he traído el desayuno.

Se incorporó en la cama y se colocó unos cojines detrás de la espalda. El aroma de café recién hecho despertó su apetito y, al descubrir que le habían llevado también zumo de frutas, bollos, miel y mermelada de fresa, pensó que aquél era un desayuno digno de un rey.

—Aquí hay más de lo que suelo comer en todo un día —protestó, sonriendo.

—El desayuno es una comida importante —señaló Serafina con suavidad—. Hay que iniciar bien el día ¿no le parece? Está muy delgada, tiene que comer.

Era esbelta, sí, pero ¿delgada? Se sentía muy a gusto con su figura de suaves curvas cada vez que se miraba al espejo. De mediana estatura, tenía piernas largas, caderas firmes, cintura pequeña y senos muy bien proporcionados. La práctica del ballet le había dado una elegancia natural y aunque las facciones de su rostro no eran llamativas, tenía un cutis muy suave y los ojos de un color azul claro, luminoso y expresivo, como le dijo en una ocasión un ardiente admirador.

—Haré todo lo posible —contestó Samantha, observando el periódico que le había dejado Serafina sobre la cama. ¡No había duda de que a Alex Nicolaos le gustaba mimar a sus huéspedes!

—No tiene por qué darse prisa. Tómese su tiempo.

¿Bueno, por qué no disfrutar de todos esos lujos mientras podía? Era evidente que en ese sitio se consideraba el domingo como un

día de descanso y no fue sino hasta que Serafina abandonó la habitación, cuando Samantha recordó que ese día iban a ir a visitar la ciudad.

Eran casi las nueve cuando salió de su dormitorio. Se había puesto unos pantalones estrechos y una chaqueta, pues parecía que iba a llover.

Llamó a la puerta de Sophie, sin recibir respuesta, por lo que llegó a la conclusión de que ya se encontraba levantada y entonces bajó la escalera.

Sin saber exactamente a dónde dirigirse, se detuvo un momento al pie de la misma y se sobresaltó al oír una profunda voz a sus espaldas.

—Buenos días.

Se volvió inmediatamente y sonrió devolviendo el saludo.

—¿En dónde están los demás, Spiros?

—Creo que el señor Nicolaos está en su estudio.

—¿Y Sophie?

—Se ha levantado muy temprano.

Qué respuestas tan esclarecedoras, pensó con ironía. Con esa información no resolvía nada. Cuando estaba a punto de preguntar dónde se encontraba exactamente Sophie, se abrió una puerta al otro extremo del salón y apareció Alex Nicolaos.

Vestido con pantalones oscuros, muy ajustados, una chaqueta de piel, abierta y una camisa con el cuello desabrochado, tenía un aire de elegancia informal que contrastaba mucho con el traje de la noche anterior.

—Ah, ya estás aquí —la saludó—. Espero que hayas dormido bien.

¡Tanto interés por su bienestar!

—¿Cómo podía no hacerlo? —contestó, dándose cuenta de que Spiros ya se había retirado—. ¿En dónde está Sophie?

—Serafina acaba de traerme café al estudio. Entra y tomaremos los dos. Allí podremos hablar.

¿Hablar? ¿De qué? No tenía ningún deseo de estar a solas con él y la inquietó la idea de encerrarse con Alex en su estudio. Sin embargo, negarse sería una actitud muy infantil.

—Gracias —aceptó la invitación.

Sintió que se le aceleraba el corazón cuando él se apartó para

dejarla pasar y, una vez en el salón, se sobresaltó al oír que cerraba la puerta.

—¿Con leche y azúcar?

—Sí, gracias.

¿Por qué se sentía como si estuviera al borde de un precipicio? ¡Eso era una locura!

Recorrió con la mirada aquella impresionante habitación, observando las sillas forradas de terciopelo y un enorme escritorio de nogal. Una de las paredes estaba totalmente cubierta de estanterías con libros y en la pared opuesta, había una enorme chimenea de ladrillo. Y no era sólo decorativa, pues ardían en ella varios trozos de leña.

—Siéntate, Samantha.

Logró contenerse en el momento en que, por tercera vez, iba a darle las gracias y se sentó en la silla más cercana. Aceptó la taza de café que le ofrecía y le observó acercarse al escritorio y reclinarse en él.

—Hice que te contaran ciertos hechos antes de salir de Perth —comenzó Alex, con cierta brusquedad y mirándola fijamente—. No veo motivo alguno para no decirte el resto de la historia.

—Me está asustando. ¿No debería estar aquí también Sophie?

—Sophie ya lo sabe todo.

—Comprendo.

—Dominic tenía muchas deudas. Tantas que recurrió a fuentes poco recomendables para pedir dinero prestado. Cuando no pudo pagarlas a tiempo, le cobraron intereses más altos, exigiendo mayores garantías hasta que, prácticamente, no tuvo nada que dar en prenda.

Sus ojos no se apartaban del rostro de Samantha y ella estaba cautivada, como una víctima indefensa, esperando el ataque mortal de una serpiente.

—Hace años, trató de ganar más tiempo, más dinero, ofreciendo lo único que le quedaba —dijo haciendo una pausa muy significativa—. Tu.

Nada de eso podría ser cierto, pensó desesperada. Estaba inventándolo ¡tenía que ser mentira!

—Con dieciséis años y sorprendente belleza, te presentó como un premio virginal a quien ofreciera más. Las condiciones fueron

pocas. Debías continuar tu educación durante los siguientes tres años, te fijarían una cantidad determinada para ropa y gastos menores, podrías utilizar la casa en la que vivías con Sophie, hasta terminar tus estudios.

Samantha le miró con creciente horror, negándose a creer lo que le decía. Palideció y abrió los ojos desmesuradamente por la incredulidad y el dolor.

—Para ser justo con Dominic, él no tenía la menor idea de que estaba enfermo ni de que le resultaría imposible pagar sus deudas.

Se produjo un silencio mientras ella luchaba tratando de conservar algo de cordura ante esa situación que nunca podía haber imaginado que pudiera ocurrirle.

—¿Está tratando de decirme que yo soy de su propiedad?

Él la miró por un momento y después contestó con cinismo.

—Sí.

Alzó los ojos hacia él, inundados de lágrimas.

—¿Cómo quiere que le pague? ¿O no debo ser tan ingenua? —preguntó con desdén, viendo un destello sarcástico en sus ojos.

—Imagino que, a estas alturas, ya he conseguido destruir cualquier recuerdo agradable que tuvieras de tu padrastro. Sin embargo, de cierta forma, se redimió al exigir una cláusula en el caso de que no pudiera cumplir con sus obligaciones financieras.

—Casi temo preguntar cuál es —murmuró Samantha.

—Matrimonio.

La palabra cayó sobre ella como un jarro de agua fría y asombrada, preguntó con total desagrado.

—¿Espera que crea eso?

—¿Deseas pruebas?

—Sí, ¡sí, maldición!

Sin una palabra más, él abrió un cajón del escritorio, sacó varios papeles y se los entregó.

Le temblaban las manos mientras leía el texto escrito a máquina y experimentó una creciente sensación de horror al comprender que todo lo que le había dicho Alex era cierto.

—¿Cómo pudo hacerlo? —exclamó, con incredulidad.

— Debes estar agradecida que Dominic viniera a hablar conmigo, antes de ofrecer este contrato a la venta.

Samantha le miró con profundo desdén.

— ¿Se refiere al honor entre ladrones?

— Yo pagué todas sus deudas, me hice cargo de las hipotecas sobre la casa Perth, respaldé todos sus negocios cuando no pudo hacer frente a los gastos. Gastos del colegio, la universidad… ballet, las clases particulares que recibiste, centros deportivos, ropa, tu pensión mensual e incluso la comida.

— Y ha llegado el momento de cobrar —le dijo casi sin pensarlo.

Se sentía muy aturdida. ¿Por qué el matrimonio?

— Dominic insistió en que te cuidara y yo le di mi palabra de honor.

— ¡Cuánta nobleza!

— Tomando en cuenta el importe gastado, así es —aceptó.

— ¿Y cuál es el papel de Sophie en este diabólico plan? ¿No es estúpido que pregunte eso? —dijo burlándose de sí misma—. Su trabajo era entregar la mercancía, entregarme a mí. ¡Ahora no me sorprende que no contestara cuando he llamado a su puerta! Imagino que ya ha cobrado su parte y se ha marchado esta mañana.

— Sophie está visitando a su hermana en la parte norte de la ciudad. La ha llevado Spiros esta mañana.

— Seguro que antes de que Serafina me despertara con el desayuno.

Su silencio fue elocuente y Samantha se levantó.

— No me interesa dónde está, ni imagino que volvamos a vernos. Oh, ha sido muy inteligente, señor Nicolaos, pero creo que no lo suficiente —dijo dominada por la furia—. Ese… contrato quizá tenga valor para usted, pero dudo mucho que algún juez lo acepte.

— Eso es discutible —contestó—. Pero debes darte cuenta de la situación. Como única heredera de Dominic, ahora tienes la responsabilidad de pagar todas sus deudas.

Se sintió dominada por el pánico. No estaba segura del total, pero debían ser cientos de miles y no sólo miles; los gastos de operación de una flota de barcos camaroneros eran considerables. ¡Dios! Jamás podría pagar esa cantidad.

—Es posible que el estado aceptara declararnos en quiebra.

—Así es pero quiero que seas consciente de las repercusiones que eso traería. No sólo los tribunales te obligarían a pagar una parte de lo que ganaras durante toda tu vida, sino que, además,

ninguna institución financiera te daría ayuda. Del mismo modo, la quiebra afectaría la continuidad de tus estudios y la conclusión de tu carrera.

La tenía arrinconada y lo sabía.

—Usted ha pagado un precio muy alto —le espetó con una dureza poco acostumbrada en ella—. ¿Y si hubiera comprado mercancía de segunda mano?

La sonrisa en su rostro la estremeció de terror.

—No es tu virginidad lo que deseo —contestó con crueldad—. Quiero tu cuerpo joven en mi cama, para poseerlo cada vez que lo desee, para quererme y concebir a mis hijos. El matrimonio es una solución conveniente para los dos.

—Yo no lo considero conveniente —replicó Samantha, llena de odio, mirándole con ojos desafiantes—. ¡No hay nada en este mundo que me pueda hacer aceptar un chantaje tan descarado!

Tenía que salir de ese salón, alejarse de él, por lo que se dirigió hacia la puerta.

—¿Te niegas?

—¡Antes iría al infierno! —exclamó, enfurecida. ¡Era un canalla cruel y calculador!

—¿De verdad? —la miró divertido—. ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Huir tan lejos como puedas?

—No puede tenerme prisionera —le reprochó con desdén, observando el creciente disgusto que manifestaba él.

—La falta de dinero te hará arrepentirte —comentó Alex con crueldad—. Sin él no podrías ir muy lejos.

Era la gota que colmaba el vaso. Le había cerrado todas las salidas y lo sabía. Pero, a pesar de ello, se negó a rendirse.

—Supongo que se ha terminado mi pensión.

Con los escasos billetes que tenía en el bolso tendría sólo para coger el autobús que iba a la ciudad y quizá para comprar comida para uno o dos días, pero no tendría para hospedarse en ningún sitio. Tampoco tenía cuenta bancaria.

Todo se lo habían proporcionado Sophie o Dominic. Le resultó amarga la idea de tener que acogerse a la caridad, pero estaba dispuesta a pasar por cualquier cosa, con tal de escapar de Alex Nicolaos.

—Podría recibir ayuda del Departamento de Seguridad Social.

Puedo pedir los beneficios del desempleo.

—Las ruedas de la burocracia giran muy despacio. ¿Cómo piensas vivir hasta que te den el primer pago?

—Siempre hay algo que pueda hacer —repuso cortante—. Para la profesión más antigua del mundo, no hace falta mucha habilidad.

Él se acercó a ella lentamente.

—¿Una mujer de la noche?

Samantha sintió una mezcla de temor y excitación. Cada parte de su ser parecía vibrar por su cercanía.

—¿Imaginas que todos los hombres serán jóvenes o, por lo menos, aceptables? —le preguntó con cinismo e ironía—. Aquellos que contratan los servicios de una prostituta esperan obtener el placer por el que pagan y, cuanto mayor sea el precio, son más difíciles las cosas que piden.

Samantha creyó enfermar ante las imágenes que evocaban sus palabras; sin embargo, el orgullo la obligó a contestar:

—Lo que me dice no es muy diferente a esto. O vendo mi cuerpo a un hombre o a varios. De cualquier manera, creo que sería preferible tirarme delante de un autobús en marcha.

—Una solución bastante drástica ¿no te parece?

—No lo sería si me muriera —contestó, con labios temblorosos —. Al menos, así escaparía de todo ¡en especial de usted!

—Sólo una tonta inocente dejaría de valorar las ventajas de lo que te ofrezco —replicó, irritado.

Samantha irguió la cabeza y le miró con amarga repugnancia.

—¿Se supone que debo sentirme halagada, incluso agradecida, porque me ha ofrecido casarme con usted?

—¿Entonces, estás de acuerdo?

—¡No, maldición!

—En ese caso te pagaré porque me ofrezcas tu cuerpo unas horas ¿Cuánto dinero quieres, cincuenta dólares la hora?

—¿Cuánto? —exclamó, llena de incredulidad.

—Tendrás que ganártelos, querida. Por ese precio, exigiré un trabajo de primera.

Samantha sintió que su cuerpo se ponía rígido y le resultó imposible articular una sola palabra.

—Empezaremos ahora mismo —insistió Alex con calma.

—¿Aquí?

—¿Por qué no? El fuego nos dará el calor necesario.

Samantha miró la gran alfombra del suelo y no pudo imaginar nada más indecente que llevar a cabo el acto sexual allí… o en cualquier otro lugar. Se negaba a pensar que eso sería hacer el amor.

Despacio y con deliberada provocación, Alex se quitó la chaqueta.

Como si estuviera hipnotizada, Samantha permaneció inmóvil en su sitio, viéndole desabrocharse la camisa y después el cinturón. Luego reaccionó al comprender lo que estaba sucediendo. Sin pensarlo, dio media vuelta y comenzó a correr; pero fue detenida por unas fuertes manos.

—¡Suélteme!

—¿Así que eres tímida?

—¡No me toque!

—No llegarás lejos si haces esto con todos. Sólo lograrás excitar a tu… clientela y hacer que quizá te traten de forma más brutal.

Dominada por el pánico, le empezó a dar puntapiés en la espinilla, pero después dejó escapar un grito de dolor cuando él le apretó los brazos con terrible fuerza.

—¿Y si entra alguien…? ¿Spiros, Serafina? —le preguntó, casi sin aliento, mientras luchaba por escapar.

—Cualquiera de ellos llamará primero y esperará hasta que les avise que pueden entrar. De cualquier forma, esta casa es mía y puedo hacer en ella lo que quiera y con quien quiera.

Le sujetó las manos y no pudo evitar que él acercara la cabeza a ella. Su boca encontró la de Samantha, obligándola a abrir los labios y ella dejó escapar un gemido cuando Alex inició un devorador ataque que destruyó la impresión que ella tenía de lo que era un beso.

Siguió besándola, convirtiendo la caricia en una salvaje posesión. A ella le dolía el cuello. Después, Alex apartó sus labios y pudo respirar de nuevo, recuperando el aliento.

Gritó cuando, unos segundos después los labios de Alex descendieron le recorrieron el cuello y bajaron, siguiendo la línea del escote del vestido. No conforme con eso, sus fuertes manos le rodearon la cintura y, con un rápido movimiento, le quitó la blusa.

Con cínica tranquilidad, buscó la suavidad de sus senos y los

acarició con los dedos.

—¡Basta! —dijo en un susurro, sintiéndose morir al ver la expresión en los ojos oscuros que encontraron los suyos.

—¿Estás suplicándome?

Oh, Dios, ¿qué había hecho para merecer eso? Un intenso temblor la recorrió al sentir aquellas caricias tan excitantes por su cuerpo.

La invadieron unas sensaciones que nunca había conocido, recorriendo sus formas, hasta hacerla gemir de desesperación.

Entonces, llorando, suplicó que desistiera y volvió a quejarse al ver que no la hacía caso.

Cuando pensó que ya no podría soportarlo más, buscó dónde herirle para hacerle detenerse. Le mordió con fuerza el lóbulo de la oreja y sintió satisfacción al oírle gemir, pero él no se dio por vencido.

La impidió que continuara quejándose al cubrirle la boca con sus labios y si antes la había asombrado por lo que le estaba haciendo, ahora, ella comprendía que eso era casi una violación.

Cuando las manos de Alex le desabrocharon los pantalones, se quedó inmóvil y dándose cuenta de lo que era capaz de hacer Samantha empezó a sollozar pidiéndole que no lo hiciera.

—¿No? —repitió Alex con cinismo.

Ella estaba agotada y curiosamente indiferente.

—Ya entiendo lo que quiere.

—¿De verdad?

Irguió la cabeza para enfrentarse con la salvaje crueldad que veía en aquellos rasgos implacables.

—¿Quería demostrarme su punto de vista, no es así?

Deseaba morir, cualquier cosa sería mejor que tener que permanecer allí de pie, humillada. Pero la alternativa era aún peor y él se lo había demostrado con claridad.

—Quizá —reconoció él, dejándola atónita ante esta confesión.

—Usted tiene todo a su favor —logró balbucir Samantha con una risa en la que se adivinaba una burla de sí misma—. Si tengo que venderme, lo haré para obtener comodidades y lujos.

—Pareces haber olvidado algo importante. Tus… servicios ya han sido pagados.

Se sintió próxima a un ataque de histeria, pero el odio le dio

valor.

—¿Qué prefiere, seda o satén para las sábanas? Confío en que será un maestro experimentado.

—¿Lo dudas?

La recorrió un estremecimiento al pensar que había demostrado muy bien su experiencia, aunque fuera con crueldad.

—Ahora que ha terminado mi humillante lección, ¿no le molestará que me vista?

—Querida, tus atributos son maravillosos y me parece una lástima cubrirlos.

Se sonrojó y recogió inmediatamente la ropa para vestirse.

—Espero que no le guste excitarse viendo mujeres desnudas, porque a eso sí me negaré.

—No creo que estés en posición de negarme nada.

Sin poderse controlar, le abofeteó y el golpe sonó en el silencio de la habitación.

—Pequeña tonta —murmuró Alex con peligrosa suavidad, al tiempo que sujetaba sus manos con violencia.

Los ojos de él brillaban con furia y le pareció que estaba a punto de golpearla.

—Podría tomarte ahora, aquí mismo y nadie podría impedírmelo.

—Pero no lo hará.

La seguridad que tenía le dio una fuerza sorprendente a su voz.

—¡Sólo quiero que sepa que le odio y que cada día que pase, le odiaré aún más!

Él extendió una mano y la dejó descansar sobre su cuello.

—Quizá tu cerebro me odie, pero tu cuerpo —dijo tocando suavemente su ardiente piel— me dice que no es inmune a mis caricias.

Se abrochó la camisa lentamente y después se puso la chaqueta.

Mientras se acercaba al escritorio, le dirigió una mirada indiferente.

—No has bebido el café.

Ella sintió deseos de reír.

—Oh, claro, sentémonos a disfrutar de un buen café —le dijo con desdén—, ya hemos terminado de hablar de negocios y ahora debemos comportarnos como personas civilizadas.

—No del todo.

—¿Aún falta algo?

—Tenemos que hacer los arreglos para la boda —contestó Alex, arrastrando las palabras—. ¿O es que lo habías olvidado?

—Me sorprende que pregunte eso.

—Ya he hecho las gestiones necesarias —replicó con voz suave.

—¡Maldito egoísta! ¿Tan seguro estabas de mí?

—El sarcasmo no te favorece.

—Al parecer, en este momento es mi única arma —le espetó Samantha con violencia.

—¿Quieres café y un poco de brandy para tranquilizarte?

La miró fijamente indicándole que no aceptaba el rechazo.

—Puedes insistir todo lo que quieras —respondió, sin importarle la irritación que se adivinaba en él—. ¡Y no estoy alterada!

—En ese caso, nos iremos.

—¿Irnos?

—No sé si recuerdas que me ofrecí a ser tu guía —contestó Alex, con sarcasmo.

El recorrido por la ciudad y sus alrededores ¿cómo pudo haberlo olvidado? Al pensar que tendría que estar sentada junto a él durante varias horas, mientras paseaban por la ciudad y los alrededores, se sintió enferma.

—No creo que pueda soportarlo.

—Sí —insistió Alex—. Serafina ya ha preparado la comida para que vayamos a comer al campo y se desilusionaría si cambiamos los planes.

Temblando de ira, contestó:

—Preferiría estar sola. —De repente, estalló sin poder evitarlo— ¡Maldito seas, Alex Nicolaos! Todos… Sophie, Dominic. ¡Quisiera no haber oído hablar de ninguno!

—No puedes cambiar el pasado.

—No —reconoció—. Pero quiero decidir mi futuro.

—¿Y cuál es la diferencia?

—¡No puedes estar hablando en serio!

—De cualquier forma, tienes que casarte. No me opongo a que sigas con tus clases de ballet, si eso es importante para ti. En cuanto a tomarlo como una carrera, ya no necesitas hacerlo para ganarte la vida.

—¡Me encanta bailar!

—En el sótano hay un estudio con baño, sauna y espacio suficiente para hacer ejercicio. Puedes utilizarlo cuando quieras.

—¿Y qué me dices de mis estudios? —preguntó.

—Dudo mucho que un título de biología te sea útil —repuso Alex con cinismo.

Ella le contestó también con ironía.

—¡Hablas como un verdadero antifeminista! No hay lugar para una mujer en los dominios de los hombres.

—Imagino que en ese campo hay mujeres con igual capacidad que los hombres y quizá, mejores aún. Sólo quiero decirte qué me parece innecesario que termines unos estudios que después no vas a ejercer.

—¿Y si insisto?

Él se apartó del escritorio, acercándose a ella, y se detuvo al llegar a su lado.

—Quiero una esposa todo el día, Samantha.

—En otras palabras, quieres que esté disponible para tu placer cuando lo desees.

Pudo ver un destello irónico en sus ojos.

—Eso también.

Se ruborizó y se sintió increíblemente disgustada.

—Nunca he tenido la menor duda de que tendría que compartir tu cama.

—¿Nos vamos?

—Preferiría quedarme, si no te importa.

—Oh, pero sí me importa.

La cogió del brazo y ella intentó separarse.

—¡Puedo andar sin tu ayuda!

—Entonces, ve a buscar tu abrigo. Hace frío ahora.

Samantha pensó desafiarle, pero después se rindió y encogió los hombros, cansada. ¿Qué objeto tenía hacerlo?

# Capítulo 3

El elegante coche deportivo se deslizaba por la carretera conducido por las hábiles manos de Alex. Él se comportaba con mundana cortesía, casi como si no hubiera ocurrido nada entre ellos y le fue mostrando los distintos lugares de interés según los iban pasando.

Hicieron un día de campo en Hyde Park, bajo el pálido sol invernal y rodeados de palmeras. Samantha tenía la sensación de vivir en un mundo irreal, y, al mismo tiempo, era muy consciente de la presencia de Alex Nicolaos… y de lo que representaba.

No podía mirarle sin recordar, emocionada, la forma en que la había besado. Además, le ardía la piel en los lugares en que la había besado.

¡Si tan sólo pudiera tener tiempo para estar sola y pensar! El matrimonio era algo en lo que no había pensado con mucha seriedad, segura de que, en su futuro inmediato, tenía otras cosas más importantes que realizar.

Siempre había sido una buena estudiante y ocupaba todo su tiempo en leer libros de texto, tomar lecciones de baile, jugar al tenis, nadar y estudiar. Hacía muy poca vida social, aunque recibía muchas invitaciones.

Quizá si hubiera tenido más tiempo para esas actividades sociales habría sentido la misma libertad que la mayoría de sus compañeras de clase para disfrutar del sexo. La sorprendente verdad era que aún no había conocido al hombre que lograra convencerla para hacer el amor.

No le importaba que sus principios morales se consideraran bastante raros en la actualidad; deseaba que todo fuera correcto, llegar a sentir la verdadera necesidad de entregar su cuerpo, y no

sólo eso, sino que su amante la deseara tanto como ella a él.

Ahora estaba atrapada en un matrimonio con un hombre que no conocía. ¿Qué clase de vida la iba a esperar siendo la esposa de Alex Nicolaos? ¡Jamás se sentiría amada! ¿Cómo podría vivir con él, amarle físicamente? Tenía suficientes motivos para odiarle por la posición en que la había colocado. Era un hombre rico que, sin duda, querría un heredero, pero… ¿Iban los hijos a poder ser felices al ver que sus padres no se amaban?

—¿Puedo saber en qué estás pensando?

Samantha miró al hombre que estaba sentado junto a ella y observó la fuerza y vigor de sus rasgos.

—Es posible que esté preparando mi huida.

—No te lo recomiendo —le previno Alex, con peligrosa suavidad.

—No, pero de cualquier forma, quiero que sepas que no deseo casarme contigo.

—¿Qué es lo que te asusta más? —preguntó él con un ligero tono de burla—, ¿yo, o la idea del matrimonio?

—¡Las dos cosas!

—¡Cuánta sinceridad! —exclamó, sonriendo sarcástico.

—¡Vaya, me alegro de que esto te divierta!

—Pareces una gacela dispuesta a escapar —comentó Alex, levantándose para sujetarla de la muñeca.

—¡Me estás haciendo daño!

—Todo lo contrario, estoy asegurándome de no hacértelo.

—¡Suéltame, Alex! —exclamó, con los ojos llenos de lágrimas—. Tú no puedes desearme.

—Ahora te estás comportando como una niña caprichosa.

—En sólo una semana se han destruido todas mis ilusiones. El hombre a quien quería como a mi padre me vendió como una mercancía, ayudado e instigado por una mujer por quien llegué a sentir un gran cariño. Y tú, el principal organizador de todo esto, no sólo estuviste de acuerdo, sino que, además, favoreciste el engaño. ¿Se supone que debo perdonarte?

Oprimiendo con suavidad la muñeca, la obligó a arrodillarse sobre el césped. La expresión de sus ojos era implacable.

—Soy consciente de la forma desesperada, casi fanática, en que Dominic trató de recuperar sus pérdidas. Si yo no hubiera actuado

con rapidez, habrías sido presa fácil para cualquier hombre sin escrúpulos. Alguno de ellos te hubiese obligado a trabajar para recuperar su inversión. ¿Quieres que te aclare más?

Las palabras indignadas que había proferido antes, sin pensarlo, manifestando cómo prefería tratar de ganarse la vida, ahora se volvían contra ella con un significado cargado de terrible ironía.

—Te hubieras encontrado camino del infierno sin poder evitarlo, créeme —concluyó Alex.

—De cualquier manera, no puedo pensar en ti como en un caballero.

—¿Te he dicho en algún momento que lo fuera?

No se atrevió a mirarle mientras se levantaban y recogían las cosas del día de campo para llevarlas al coche.

Viajaron en absoluto silencio; al parecer, ya no había nada que decir y no se sintió inclinada a charlar sobre temas intrascendentes.

El centro de la ciudad estaba lleno de personas de todas clases pero Alex no se detuvo y siguió conduciendo hasta llegar a un pequeño hotel de estilo colonial en Double Bay.

—Entremos a beber algo.

Samantha le miró de reojo e hizo un gesto de disgusto.

—No voy vestida de forma adecuada.

Los ojos de él recorrieron su figura, vestida con elegancia, y encogió los hombros.

—Así estás bien.

Deseó gritar que la llevara a casa, a su casa, aunque ésta se encontraba a miles de kilómetros de distancia, al otro lado del continente. Tuvo que hacer un esfuerzo para no reír con amargura. Ya no tenía hogar, la verdad es que no tenía nada. Hasta la ropa que llevaba puesta la había pagado el hombre que estaba a su lado.

—¿Qué quieres beber?

Samantha le miró con expresión distante, mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Había entrado en el pequeño bar, que estaba repleto.

—Me gustaría tomar algo caliente.

—¿Quizá un café irlandés? —sugirió Alex, esperando su aprobación—. ¿O uno jamaicano?

—El jamaicano, gracias.

—Que sean dos —le aclaró Alex al camarero. Después de un

largo silencio, ella pronunció las primeras palabras que le vinieron a la mente.

—Imagino que te mantienes en contacto con Sophie.

—Sí, debe estar ansiosa por conocer el resultado —contestó, mirándola fijamente.

—¿Habéis tenido alguna duda? —preguntó con ironía.

—No.

El camarero regresó con dos tazas de aromático café, con una gruesa capa de crema y algo de licor.

—¿Puedo hablar con ella?

—Por supuesto. En los próximos días irá contigo para ayudarte a hacer las compras.

—¿Será mi confidente o mi guardaespaldas?

Tan pronto pronunció esas palabras, lo lamentó, pero ya era demasiado tarde.

—Te aconsejo que trates de aceptar la situación.

Se dijo que tendría que controlarse, para evitar más problemas.

—¿Cómo te ganas la vida?

Samantha pensó que, como su futura esposa, tenía derecho a preguntárselo.

—¿Ha llegado el momento de las preguntas? —inquirió Alex con aire burlón.

—Tú ya sabes todo sobre mí.

—Pregúntame lo que quieras —la invitó, con tono sarcástico.

—Ya te he hecho la primera pregunta.

—Compro y vendo propiedades… acciones. También pertenezco al consejo de dirección de varias compañías. Soy dueño de algunos caballos de carreras. Puede decirse que tengo varios negocios.

—¿Eso es todo?

—¿Quieres más?

—¿Hay algo más? —preguntó, sorprendida.

—Tomo parte activa en los asuntos municipales.

—¿Política?

—No, exactamente. El progreso es importante y si se canaliza correctamente, es posible preservar la ecología. Sin embargo, hay hombres lo bastante ambiciosos para desear llevar a cabo muchos proyectos, con el único fin de obtener beneficios financieros. En diez o veinte años nuestro medio ambiente estará muy contaminado

y eso es algo que debemos evitar.

Le parecieron muchas actividades y, sin poder evitarlo, le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y siete. ¿Quieres que complete el currículo? —preguntó con ironía—. Mis padres salieron de Grecia y emigraron a Australia cuando yo era muy joven, estableciéndose en Sidney. Mi padre tenía un restaurante muy famoso y, en pocos años, se convirtió en el propietario de uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

Alex miró a Samantha detenidamente y como vio que le prestaba atención, prosiguió:

—Mi hermano, mi hermana y yo, recibimos una educación bastante completa, que incluyó estudios universitarios, y durante las vacaciones, trabajábamos con nuestros padres. Anna ayudaba en la cocina y George y yo atendíamos las mesas. En la actualidad sólo vive mi madre, pues mi padre murió. George se convirtió en el dueño principal del restaurante; Anna está casada y es feliz con cuatro niños.

—¿Todos viven en Sydney?

—Sí.

Sintió un nudo en la garganta.

—Ya veo.

—¿Qué es lo que ves, Samantha?

—¿Saben ellos algo de mí?

—No.

—Me cuesta trabajo creerlo.

—No tenía nada que decirles entonces —respondió Alex, tranquilo.

—¿Y ahora? —preguntó ella con ansiedad.

—Te presentaré como mi prometida.

Ella le miró con curiosidad.

—¿No les resultará extraño?

—¿Que tenga una novia?

—No seas…

—¿Gracioso? —Concluyó la frase terminando de beber el café y se reclinó para contemplarla— Somos una familia muy unida, pero respetamos el derecho que tiene cada uno de vivir su propia vida.

Puedes estar tranquila. No dudo de que se sentirán encantados cuando sepan que he decidido casarme.

—Lo más normal es que transcurran varios meses entre el compromiso y la boda. ¿Qué pensarán?

—Que estoy muy impaciente como para cumplir los formalismos.

—¿Cuándo piensas comunicarles la noticia?

—Esta noche. Cenaremos con mi madre.

—¡Espero que estés bromeando! —exclamó Samantha con vehemencia.

Le atemorizaba pensar que iba a ser presentada a la familia de Alex Nicolaos.

—No debes asustarte —murmuró él—. Yo estaré allí.

—Representando tu papel en la farsa, supongo.

Él sonrió con ironía.

—El papel de un hombre muy enamorado.

—¡Nunca podrás ser eso!

Tembló al enfrentarse con su penetrante mirada.

—¿Nos vamos? —preguntó él levantándose en ese instante.

Eran casi las cinco cuando Alex detuvo el coche frente a la puerta de su magnífica residencia y Samantha entró en el espacioso vestíbulo para encontrarse con Serafina, quien la saludó, sonriente.

—¿Ha disfrutado del paseo? Déme su abrigo.

Samantha dejó que le quitara el abrigo, observando que Alex ya se había quitado la cazadora forrada con piel de borrego y se acercaba a ella.

—Me gustaría salir dentro de una hora. ¿Estarás lista para entonces?

Cielos, ¿cuánto pensaba que iba a tardar en bañarse, cambiarse de ropa y maquillarse? Podría hacerlo en la mitad de tiempo, si era necesario. Le dio una respuesta afirmativa y se dirigió hacia la escalera.

Después de una rápida ducha, regresó al dormitorio y se arregló.

Quince minutos más tarde ya estaba lista y se miró atentamente en el espejo. La sombra en los párpados y el rímel que se había dado en las pestañas destacaban sus ojos, haciéndolos parecer grandes y luminosos y la suavidad de su piel estaba acentuada por el ligero maquillaje, creando un conjunto muy atractivo.

En general, para peinarse solía hacerse un moño alto o dejaba que el pelo le cayera suelto sobre los hombros. Esa noche decidió recogérselo en la nuca, confiando en que, de esa forma, parecería más mundana.

Alex la esperaba en la planta baja y Samantha tuvo que detenerse unos instantes, abrumada al verle vestido con un traje oscuro de tres piezas, su figura era extremadamente atractiva.

—¿He tardado? —preguntó con voz bastante temblorosa, amonestándose por ello en silencio.

—No. Antes de salir, quiero hacer dos cosas.

Se acercó a ella reflejando admiración en su mirada, extendió una mano y le soltó el moño trenzado, dejando que sus dedos recorrieran toda la longitud del pelo.

—Me gusta más suelto —murmuró.

—Pues a mí no —respondió indignada.

—¿Imaginas que un estilo tan severo te hace parecer mayor?

—¡Ahora tendré que cepillármelo!

—¡Tonterías! —dijo Alex con suavidad—. Está muy bien así. —Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un reluciente anillo— Dame la mano.

—¿Para qué?

—Para poder ponerte esto.

Le miró asombrada mientras deslizaba en su dedo un anillo de oro con una hilera de brillantes. Lo sintió pesado y extraño, ya que no quería usar ningún símbolo externo que demostrara que le pertenecía.

—Me ha quedado perfecto. ¿También debo agradecer esto a Sophie? ¿O sólo ha sido una afortunada coincidencia? —preguntó no pudiendo contener más su enfado—. Para tenerlo listo debías estar muy seguro de tu éxito.

—Ha sido tal como tú dices —le contestó con tono de burla—. ¿Quieres tomar algo antes de marcharnos?

Sin duda, una copa la ayudaría a recobrar la calma y a reunir el valor necesario para la velada que la esperaba. Sin embargo, casi nunca bebía alcohol, y con una copa, se sentía un poco mareada.

—No, gracias —respondió.

—Entonces, nos vamos.

Le cogió el abrigo que ella llevaba en el brazo y le ayudó a

colocárselo.

—¿En dónde vive tu madre?

Cuando le preguntó eso, ya habían pasado el puente de Point Piper y se dirigían hacia el este.

—En Vaucluse. En una loma desde donde se contempla el puerto.

Comenzó a ponerse nerviosa cuando el coche disminuyó la velocidad y entró en una zona de árboles, deteniéndose junto a un Ferrari.

—Parece que somos los últimos en llegar —comentó Alex, mientras se apeaba y se dirigía al otro lado del coche para abrirle la puerta.

Samantha se bajó y caminó a su lado, preparándose mentalmente para lo que la esperaba.

—Relájate —le aconsejó en voz baja—. Parece como si estuvieras a punto de entrar en una jaula de leones.

—Quizá es así —le dijo temblorosa, al tiempo que él sonreía, irónico.

—Puedo asegurarte que son muy humanos.

—¿Los leones?

Aún sentía su suave risa burlona cuando se abrió la puerta principal y entraron.

—Todos están reunidos en el salón. Pasen, por favor.

—Gracias, Nathaniel —dijo Alex, sonriendo.

—¡Alex! Entra, llegas tarde.

No se había dado cuenta de que Alex le había cogido de la mano, conduciéndola a la sala. Sentía sus dedos firmes y, de forma inconsciente, los apretó, como si se estuviera ahogando y tratara de aferrarse a un salvavidas.

—Tonterías, mamá —contestó con afecto—. Hemos llegado justo a tiempo.

—Pero ya están todos aquí —replicó la mujer mayor.

Samantha tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar su sorpresa.

La señora Nicolaos era de baja estatura y vestía toda de negro. Llevaba gafas y no hizo el menor esfuerzo por intentar ocultar la penetrante mirada con que observaba a Samantha. ¡La hacía sentirse como un bicho raro!

—¿No vas a presentarme a esta joven?

—Por supuesto —sonrió Alex de buen humor—. Si me das la oportunidad.

—Estamos esperando.

—La has cohibido —le advirtió mientras hacía que Samantha se adelantara.

—Así que… tú eres Samantha —comenzó a decir la mujer, desviando toda su atención hacia la joven—. ¿Samantha, qué?

—Evans —contestó Samantha, enfrentándose a su penetrante mirada.

—Eres muy joven.

¡Oh, cielos, eso era peor de lo que había imaginado!

—Tengo casi veinte años.

—Y vas a casarte con Alexandros.

—Eso dice él —contestó con tranquilidad, notando el suave brillo divertido de los ojos de Alex.

—¡Ah, así que te lo dijo él!

—No he podido opinar sobre el asunto.

—Hmm, tienes carácter. Eso me gusta.

—Ella es mi madre —las presentó Alex, con sarcástica formalidad—. Una mujer que supone que la combinación de experiencia y senectud le permite decir y hacer todo lo que quiere.

—¡Bah! ¡Eso son tonterías!

—Creo que ya es hora de que Samantha nos conozca a los demás, ¿no te parece? —preguntó un hombre, un poco más joven que Alex, avanzando hacia ellos y sonriendo con afecto—. Soy Georgiou, pero me llaman George.

—Y yo soy Anna —anunció una agradable voz femenina.

Anna estaba junto a un hombre alto y le explicó a Samantha:

—Éste es mi marido, Nick. Hemos dejado a los niños en casa —añadió, con una amistosa sonrisa—. Podrás conocer a esos diablillos después.

—¿Diablillos? ¿Cómo te atreves a describir a mis nietos de esa manera? —protestó la señora Nicolaos.

—Porque eso es lo que son —afirmó George—. ¿Qué deseas tomar, Samantha? Imagino que querrás beber algo.

—A ella le encanta el vino blanco —intervino Alex, volviéndose hacia ella—. ¿Un poco de Riesling, querida?

«¿Querida?», repitió en silencio, sorprendida.

—Preferiría un vermouth con limón —contestó en voz alta. George miró a su hermano y exclamó:

—Por lo que veo, sabe tomar decisiones.

—Así parece —reconoció Alex, dirigiéndole una divertida mirada.

—Tu padrastro era de origen griego —comentó la señora Nicolaos—. ¿Hablas nuestro idioma?

Samantha hizo un movimiento negativo con la cabeza, deteniéndose un instante para dar las gracias a George, al aceptar el vaso que le entregaba.

—Tengo entendido que es un idioma muy complicado.

—¿Deseas aprenderlo?

Oh, diablos, ¿cómo podía contestar a esa pregunta? Si decía que no, los ofendería y sin embargo…

—Estoy seguro de que si quiere hacerlo, Alex se encargará de darle lecciones —dijo George en tono burlón y ella le ofreció una mirada de agradecimiento.

—Y bien… ¿cuándo será la boda? —preguntó su madre.

—¡Mamá! —protestó Anna—. Eso deben decidirlo Alex y Samantha.

—Pronto —contestó Alex—. En esta semana. Quizá el viernes, si logro arreglarlo todo.

«¿Tan pronto?», pensó Samantha, sobresaltada.

—No me extraña —intervino George, arrastrando las palabras—. ¡Si ella fuera mía, desearía hacerla mi mujer antes de que alguien tratara de robármela!

—La cena está lista.

Samantha miró al hombre que había entrado en el salón sin hacer ruido y, en silencio, le agradeció una interrupción tan oportuna, aunque después, no estuvo tan segura de que su intervención hubiera valido la pena, ya que continuaron hablando sobre el mismo tema durante la cena.

Comió poco y echó la culpa de su falta de apetito a la presencia intimidante de Alex, aunque, la verdad, eso no era justo. Había estado muy atento con ella y, en ocasiones, incluso había sentido un poco de aturdimiento por la cálida intimidad con que la trataba.

Le resultaba cada vez más difícil enfrentarse a su mirada y permanecer indiferente cuando sus largos dedos la acariciaban el

brazo. Su proximidad era inquietante y le irritaba descubrir que él se daba cuenta del efecto que le causaba.

Al fin terminó la cena y, con gran alivio, Samantha se levantó de la mesa, reuniéndose con los demás en el salón para tomar café.

Unos momentos más tarde, Alex se sentó en el brazo del sillón en que estaba sentada y le rodeó los hombros. Todo su cuerpo pareció revivir ante ese contacto.

—¿No os molestaría que nos retiráramos?

Samantha oyó distraída esas palabras y se sintió aliviada al comprender que había terminado la velada. Estaba cansada, y quería quedarse a solas para pensar. Había sido un día agitado y necesitaba soledad para meditar sobre lo ocurrido.

—Pareces cansada.

Levantó los ojos y vio sobre ella la mirada preocupada de la señora Nicolaos.

—Debo reconocer que lo estoy —contestó en voz baja—. Alex y yo hemos estado fuera casi todo el día.

—Entonces, será mejor que os marchéis —sugirió la señora Nicolaos—. ¿Nos veremos antes de la boda?

—Por supuesto, mamá —contestó Alex por ella, mirándola con afecto—. ¡Cuídate! No trabajes mucho y descansa.

—¡Debo estar muy mal cuando me siento dispuesta a aceptar los consejos de mis hijos!

—Reconoce que te encanta —observó George burlón, acercándose para darle un beso en la frente—. Te dejaremos en las cuidadosas manos de la fiel Helena.

—La fiesta, después de la boda…

—Será en el restaurante —interrumpió George, sonriendo—. Al igual que se hizo con Anna y Nick. No te preocupes, Alex y yo arreglaremos todo lo relacionado con los invitados y la comida. Lo único que tienes que hacer tú es asistir.

Por un instante, la expresión del rostro de la señora Nicolaos se tornó débil e indefensa, pero después recuperó su fuerza y les miró a todos.

—¡Habéis dicho que os ibais, así que, marchaos!

Samantha llegó a la conclusión de que era encantadora y sintió un extraño afecto por ella. Se ocultaba detrás de su severo aspecto, sin embargo, era adorable. Eso le dio el valor necesario para besarla

en la mejilla al despedirse y estaba segura de que el brillo de sus ojos oscuros era el reflejo de una gran emoción.

—¿Ha sido mejor de lo que esperabas?

Samantha observó al hombre que estaba sentado al volante, pero en la penumbra del coche, no pudo ver la expresión de su rostro.

—Tienes una familia muy agradable —tuvo que reconocer. A pesar de lo mucho que despreciaba a Alex, no podía sentir lo mismo por el resto de su familia.

—De la que formarás parte muy pronto.

—Sí —el tono de su voz hizo que él se volviera a mirarla.

—¿Aún no te agrada la idea?

—¿Qué esperabas?

—Mañana haré todos los arreglos necesarios —continuó Alex, como si no hubiera dicho nada—. Sophie vendrá para ayudarte a hacer las compras y Spiros os acompañará.

—Una carcelera y su ayudante —dijo, sin pensarlo y notó inmediatamente una expresión de disgusto en Alex.

—Ten cuidado, Samantha —le previno con suavidad—. Deseo que el cambio sea lo menos doloroso para ti, pero si insistes en reaccionar de esa forma, debo advertirte que la lección de esta mañana es nada, comparada con lo que puedo hacer si me provocas.

—La tiranía es algo pasado de moda; en la actualidad están en boga el feminismo, la igualdad y los derechos del individuo.

—¿Así que me consideras un tirano?

El coche se había detenido dentro del garaje y ella se volvió para enfrentarse a él.

—¿Qué más puedo pensar, cuando insistes en realizar un matrimonio tan absurdo?

—¡Ah! Quieres amor, sentir que te elevas en el aire, ¿o no? Querida, desde hace tiempo, he aprendido que una buena cuenta bancaria es todo lo que se necesita para comprar eso que las mujeres llaman amor.

Alex habló sin pretender ocultar la ironía de sus palabras y ella contestó sin pensarlo.

—¡Entonces, no has hablado con las mujeres adecuadas!

Le molestó su risa cínica.

—Por lo que puedo recordar, no hablábamos mucho.

—Nunca he imaginado que lo hicieras —contestó Samantha con innegable sarcasmo y abrió la puerta del coche, con el único deseo de escapar de Alex Nicolaos y todo lo que él representaba.

Para su sorpresa, él no intentó detenerla y ella se detuvo en la puerta principal, esperando que él la abriera. Cuando subía por la escalera, oyó que le deseaba buenas noches y, de forma inconsciente, subió las escaleras aún más aprisa, desesperada por huir.

A pesar de que había calefacción, se estremeció, acosada por la imagen del demonio, la cual tenía el rostro del hombre que la atormentaba.

# Capítulo 4

Era obvio que Sophie se sentía incómoda al encontrarse con Samantha, a la mañana siguiente. Por insistencia de Alex, Spiros las llevó en el coche a la ciudad, dejándolas frente al enorme centro comercial Centrepoint.

—¿Tomamos café primero? —sugirió Samantha con frialdad—. Estoy indecisa en cuanto a las compras y tú, siendo la cómplice de Alex, tal vez sepas mejor que yo lo que necesito comprar.

—Estás enfadada —comentó Sophie.

—¿Tú no lo estarías?

—En el último piso hay una excelente cafetería, según me dijo mi hermana. ¿La buscamos para charlar allí?

Diez minutos más tarde estaban sentadas en una de las mesas de la cafetería con sendos cafés. Sophie sacó un cigarrillo y un encendedor e inhaló el humo con agrado, casi como si el tabaco le diera valor y después se enfrentó a la mirada de Samantha con total franqueza.

—Me llamó Alex por teléfono esta mañana —comenzó a decir sin preámbulos.

—¿No me digas?

—Samantha…

—Imagino que te habrá hablado sobre nuestra conversación.

—Me comentó que habías recibido muy mal la noticia —contestó con tranquilidad y Samantha no pudo contenerse.

—¡Por Dios! ¿Qué esperabas de mí? ¿O qué había imaginado él? ¿Cómo puedes esperar que me someta?

Los ojos de Samantha brillaban de ira y su voz tenía un tono de odio tan profundo, que Sophie se estremeció por la violencia de esa emoción.

—Si deseas conservar el respeto de ti misma…

—¿Respetarme? ¿Cómo puedo hacerlo? Oh, reconozco que no tengo alternativa —comentó Samantha con amargura—. Vosotros os asegurasteis de ello. Incluso os facilité el camino al elegir una carrera en la que no puedo trabajar hasta haberla terminado. Sin un título y sin experiencia, es imposible encontrar empleo en ese campo.

—Si Alex fuera un viejo libertino, estaría de acuerdo contigo —respondió Sophie—. Pero es un buen partido, tiene una elevada posición social y deberías estarle agradecida que te haya ofrecido casarte con él. Moralmente no estaba obligado a hacerlo.

¿Cómo lograría que comprendiera sus sentimientos?

—Me siento manipulada… forzada, por no utilizar una palabra más fuerte —contestó Samantha con violencia—. ¡Esto no es justo!

—¡Muchas mujeres se mostrarían felices ante la idea de convertirse en esposa de Alex Nicolaos!

—¡Pero yo no soy una de ellas!

—Es que, en este momento, no estás pensando con claridad —insistió Sophie.

Samantha cerró los ojos, después los abrió y sonrió con ironía.

—Lo que quieres decir es que debo ser realista. ¡Quizá aún no estoy preparada para aceptar la realidad!

—Cualquiera pensaría que Dominic se las arregló para trabajar por nada, acumulando enormes deudas sólo por el placer de hacerlo.

Había una infinita tristeza en la mirada de Sophie.

—Las dos sabemos que eso no es cierto. Él te quería, y no sólo porque eras la hija de su mujer. No había nada que él no hiciera por ti o que no te diera, si estaba a su alcance.

Samantha no pudo decir una palabra, sintiendo que se le ponía un nudo en la garganta.

—¿No lo comprendes? —insistió Sophie, con afecto.

—Me resulta muy difícil aceptar un matrimonio sin amor —comenzó a decir Samantha con voz temblorosa—. ¡Y por favor, no quiero oír sermones sobre las ventajas de un marido rico!

—Quizá el error está en la forma en que hemos sido educadas—repuso Sophie—. Nos enseñaron que el amor es un don que Dios sólo concede a unos pocos afortunados. Por lo tanto, lo mejor para

una mujer es elegir a un hombre que pueda hacer frente, adecuadamente, a las necesidades de la vida. Después del matrimonio, el tiempo se encarga de crear un vínculo afectivo.

—Eso parece tan frío, tan desapasionado…

—Eres joven y estás acostumbrada a soñar, pero la realidad es la comida que te ponen sobre la mesa y el dinero que usas para pagar las cuentas.

—El matrimonio debe ser algo más que eso.

Su mente rechazaba el cuadro tan triste que le presentaba Sophie.

—La compañía, el afecto, el respeto… todas esas cualidades son ingredientes esenciales —insistió Sophie.

—¿Así que no ves nada malo en esta situación?

—Veo muchas cosas buenas.

Samantha dejó escapar un suspiro, sintiendo que no había mucho más que pudiera decir o hacer para convencer a Sophie de lo contrario.

—En ese caso, vamos a aumentar mis enormes deudas y a gastar una buena parte del dinero de Alex. Imagino que te habrá indicado lo que debo comprar.

—Algo apropiado para la boda y, además, me hizo varias indicaciones.

—Tales como… —sintió que la dominaba la ira.

—Vestidos de noche. No tienes muchos, ¿no es cierto?

—Y, claro, debo estar bien vestida, mejor aún… magníficamente ataviada —contestó Samantha con ironía, haciendo que Sophie frunciera el ceño.

—No subestimes a Alex, Samantha —le previno—. No es un hombre con el que puedas jugar o irritarle sin sufrir las consecuencias.

Samantha pensó que eso era cierto, aunque no podía aceptarlo con tanta frialdad. Había sido educada para creer en sus derechos como persona, para contribuir con algo a la sociedad, expresando sus opiniones y discutiendo aquellas que no compartía.

—¿Ya has acabado de tomarte el café? —le preguntó la joven.

—Sí, ¿quieres otro?

—No, vámonos.

Cuando llegó el mediodía, ya tenían un surtido de bolsas llenas

de ropa, zapatos, prendas íntimas y muchos otros artículos, la mayoría de ellos, muy caros. Samantha no sintió ningún remordimiento al pagar con la tarjeta de crédito de Alex.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Samantha—. ¿Vamos a comer?

—Alex sugirió que nos reuniéramos con él. Tiene sus oficinas en uno de los edificios del centro de la ciudad.

—¿En dónde?

Había comido poco para desayunar y comenzaba a sentirse hambrienta.

—No está lejos de aquí —la tranquilizó Sophie—. Creo que es en la otra calle. Sí, allí está, en aquel edificio alto, en el piso diecisiete.

—Bien, podemos dejar los paquetes allí. No me atrae la idea de llevarlos encima toda la tarde.

Vio que una sonrisa divertida curvaba los labios de Sophie.

—Imagino que es por eso por lo que sugirió que fuéramos a verle.

—Es muy perspicaz.

—Sí, ¿no te parece?

El vestíbulo del edificio era amplio y las paredes estaban cubiertas de grandes planchas de mármol gris.

Samantha y Sophie cogieron el ascensor y permanecieron en silencio mientras subían. La joven no sabía con qué se iba a encontrar, y se asombró al darse cuenta de que Nicolaos Consolidated ocupaba todo el piso. Se acercaron a una elegante joven que se encontraba ante un moderno escritorio de la sala de recepción.

—¿Señorita Evans? ¿Señorita Roussos? —su sonrisa era perfecta, eficiente, pero amistosa—. El señor Nicolaos las está esperando. Por favor, síganme. ¿Desean que les guarde los paquetes?

Samantha también le sonrió.

—¿No le importaría? Alex los puede llevar a casa después—dijo.

La oficina de Alex se encontraba al final de un ancho pasillo y la secretaria desapareció, con discreción, tan pronto como anunció su llegada.

Samantha tuvo que reconocer que, con su traje gris parecía exactamente lo que era: un hombre de éxito.

—Veo que habéis comprado bastantes cosas.

Samantha le observó mientras él se acercaba y le quitó de las manos el resto de los paquetes. Al cogerlos, rozó con sus dedos los de ella y se sintió turbada al descubrir que su contacto la hacía vibrar. Su cercanía pareció cortarle el aliento y se alejó a una prudente distancia.

—¿Quieres beber algo, Sophie? ¿Y tú, Samantha? —preguntó Alex—. ¿O preferís esperar a la hora de la comida?

¡Cielos!, si tomaba una gota de alcohol, no sería responsable de sus actos.

—Yo no —rechazó con firmeza, mirando a Sophie.

—Yo tampoco, gracias, Alex.

Él guardó los paquetes en un armario y después se dirigió al escritorio; oprimió un botón y habló por el intercomunicador.

—Voy a salir durante unas horas, Rebeca, anota las llamadas y dile a Thwaite que regresaré después de las tres.

Después miró interrogante a las dos mujeres.

—¿Queréis arreglaros antes de salir? ¿No? Entonces, vamos.

Cruzó la habitación y abrió la puerta. Su expresión, aunque cortés, era enigmática.

¿Qué esperaba?, pensó Samantha, molesta. ¿Que le besara al llegar? ¿Una demostración de afecto por su inminente matrimonio? No había nadie presente a quien debieran engañar.

Una vez en la calle, les sugirió:

—Creo que es mejor que vayamos andando. El restaurante al que iremos está en la calle siguiente.

¡Comida! Samantha no se había dado cuenta del voraz apetito que tenía hasta ese momento. Mientras seguían al atento camarero que les conducía a su mesa, sintió que su estómago empezaba a protestar.

—¿Quieres vino blanco, Samantha?

¿Se atrevería? Mejor no, pues aún le faltaban muchas horas para terminar de hacer sus compras.

—Prefiero zumo de frutas —le dijo, suavizando su rechazo con una sonrisa—. De naranja, si es posible.

—¿Quieres conservar la mente despejada?

Había una ligera burla en su pregunta y ella sonrió con fingida dulzura.

—Me dolería gastar tu dinero sin necesidad si estoy demasiado

aturdida para tomar las decisiones correctas.

—¿Necesitas mi ayuda?

—Oh, estoy segura de que te resultaría muy aburrido perder el tiempo eligiendo cosméticos —replicó con tono seco.

—Touché… Quizá sea mejor que prestemos atención al menú.

Al fin Samantha no pudo resistir la tentación de pedir camarones bañados con una aromática salsa y una excelente ensalada. Como de costumbre, rechazó el postre y pidió café solo.

—La ceremonia se celebrará el viernes por la tarde, a las cinco —manifestó Alex, sin hacer caso de la sorprendida exclamación de Samantha.

—Ya hemos comprado casi todo —intervino Sophie—. Terminaremos en los próximos días.

—Ahora, lo único que hace falta es llevarme a la iglesia a tiempo —replicó Samantha, con un descaro poco habitual en ella.

—Al registro civil.

Por supuesto, sería un pecado hacer que bendijeran sus juramentos en la casa de Dios. De repente, deseó que todo terminara. No sólo por la ceremonia y la fiesta familiar que seguiría después, sino porque llegaría el momento en que Alex pretendería poseer su cuerpo y eso la inquietaba.

De pronto, se estremeció por los pensamientos que cruzaron por su mente.

—¿Tienes frío?

Samantha se obligó a enfrentarse a su mirada dura e implacable.

—Un fantasma acaba de aparecer ante mis ojos.

—¿Dominic?

¡Oh, era tan observador!

—Quizá estaba tratando de prevenirme.

—Vamos, Samantha —le regañó Sophie—. ¡Te estás convirtiendo en una chica muy morbosa!

La joven la miró desafiante.

—Discúlpame, pero no comparto tu opinión.

Alex se inclinó en su silla y sacó los cigarrillos y el encendedor; después de encender uno, se quedó mirándola con frialdad.

—Regresa a la oficina cuando termines las compras. Te llevaré a casa.

—¿Y Sophie?

—La acompañaremos a coger un taxi —contestó imperturbable, mientras Sophie dejaba escapar un murmullo de protesta.

—¿Y después?

—Tengo pensado pasar una noche tranquila en casa.

—¿En serio? A mí me apetece salir —dijo con terquedad—. Al cine, al teatro, a cualquier parte. —Sonrió ante la idea que le vino a la mente— Me encanta bailar. ¿Podrías llevarme? ¿O no te gustan los centros nocturnos?

—Por lo general, no —respondió Alex, clavando su mirada sombría en los ojos de Samantha—. Sin embargo, no me opongo a ir a un lugar así.

—¡Cielos, Samantha! —la amonestó Sophie—. No estoy acostumbrada a verte actuar de forma tan poco razonable.

—¡Caramba! —contestó mirando primero a uno y después a la otra—. Hasta ahora, casi no he tenido vida social y, ya que no seguiré dedicándome a los estudios, me gustaría vivir un poco. Es decir, si crees que puedes mantener mi ritmo.

Vio un ligero brillo divertido en sus ojos.

—Aún no soy un anciano.

—Tus amigos pensarán que te ha dado por pervertir a las niñas.

—¡Samantha! No tienes derecho a decirle eso. Debes disculparte, ahora mismo.

—¿Debo hacerlo? —No tenía sentido actuar de esa forma, pero no pudo dejar de decirle a Sophie— Alex es diecisiete años mayor que yo, lo bastante viejo para poder ser mi padre.

—¡No sé qué te ocurre!

—¿No lo sabes, Sophie? —preguntó con tristeza—. Eres una mujer muy atractiva y, sin embargo, nunca has querido casarte. Yo no tengo ni siquiera la oportunidad de escoger al hombre que yo quiera. Todo me lo habéis dado hecho y se supone que debo quedarme aquí, sentada, comportándome como una niña buena y educada e intercambiar frases agradables, incluso mostrar entusiasmo por lo que me espera. —Sus ojos comenzaron a brillar con una emoción poco disimulada— Bien, déjame decirte que me dan ganas de coger ese helado que estás tomando y tirártelo a la cara. Y a ti también —dijo volviéndose a Alex.

Por un instante, le pareció ver una sonrisa divertida en los labios de Alex, pero desapareció rápidamente.

—No te lo aconsejaría —le advirtió él, hablando con lentitud.

—No, imagino que no.

—Estás provocando una escena —protestó Sophie, escandalizada.

—¡Y eso no estaría bien!, ¿verdad? —replicó Samantha.

—Reserva esa ira para cuando estemos solos —observó Alex, imperturbalbe.

—¿Para que me puedas dar otra lección? —el desprecio alteró sus delicados rasgos—. Oh, perdóname, no debemos permitir que Sophie se escandalice.

—Supongo que Sophie aprobará cualquier método que utilice para domar a una esposa tan rebelde.

—Oh, vamonos de aquí —murmuró Samantha molesta.

—Aún no. Sophie no ha terminado el postre y el camarero nos traerá el café.

No tuvo más remedio que permanecer sentada y en perfecto silencio, porque si abría la boca, diría muchas cosas que después podría lamentar.

Pasó otra media hora antes de que salieran y, casi en el mismo instante en que Alex se separó de ellas, Sophie comenzó a reprenderla.

—Será mejor que no lo hagas —agregó Samantha con violencia —. Si quieres, considéralo un arranque infantil y olvídalo, por favor. No podría soportar oír lo que pretendes decirme.

Era obvio que Sophie no sabía qué responder.

—¡Siempre te has comportado tan bien! —balbuceó. Samantha la miró con ironía.

—Nunca he sentido la necesidad de comportarme mal.

—¿Te das cuenta de lo afortunada que eres?

Suspiró hondo para dominarse.

—Oh, sí. Alex se ha encargado de demostrármelo. Escucha, vamos a comprar los cosméticos en Davis Jones, ¿quieres? Es decir, si podemos encontrar esa tienda.

—Está en la siguiente calle —contestó Sophie, indiferente. Samantha apresuró el paso, obligando a Sophie a andar más deprisa.

—El semáforo… si corremos, podremos cruzar ahora.

—¿Por qué tanta prisa? —protestó Sophie, casi sin aliento.

—Necesito un vestido. Un centro nocturno se merece algo especial.

—Pero ya tienes tres —le recordó Sophie—. Samantha, debo prevenirte de que no hagas enfadar a Alex.

—Sólo estoy satisfaciendo su vanidad —le aclaró dirigiéndole una amplia sonrisa—. A los hombres mayores les encanta hacerse acompañar de chicas jóvenes. La idea es llamar la atención.

¡El vestido que tenía en mente haría eso, y mucho más!

—Estás tramando algo, puedo adivinarlo.

—Entonces, eres muy astuta—respondió Samantha con tranquilidad—. No he pensado en nada.

Le llevó dos horas encontrar lo que deseaba y nada de lo que dijo Sophie la hizo desistir. El destino, por desgracia, la había obligado a aceptar ese indeseado matrimonio, pero nada la haría aceptarlo con resignación. Alex Nicolaos quizá tuviera las mejores cartas en la mano, pero pretendía hacérselo pagar muy caro.

Por este motivo, eran más de las cinco cuando las dos cogieron el ascensor y oprimieron el botón del piso diecisiete. Cada una llevaba una gran cantidad de paquetes.

—Has gastado mucho dinero.

Samantha miró a Sophie y se encogió de hombros.

—Alex no me ha puesto límite.

—No trates de vengarte —le previno Sophie, frunciendo el ceño.

—¿Cómo se te ocurre pensar algo así? —preguntó Samantha mientras salía del ascensor.

La recepcionista las condujo a la oficina de la secretaria de Alex y Rebecca las saludó levantándose.

—El señor Nicolaos está ocupado con un cliente, pero si me acompañan, las llevaré a su gabinete privado donde se reunirá con ustedes tan pronto como esté libre.

Situado al extremo del pasillo y junto a la oficina de Alex, desde el gabinete se observaba el magnífico panorama de los edificios de la ciudad y el puerto.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber?

Rebecca cruzó hasta el bar y se detuvo, dispuesta a atender sus peticiones.

—Me encantaría un martini, gracias—contestó Sophie.

Samantha pidió un brandy.

Pasaron quince minutos antes de que se abriera la puerta que conducía a la oficina de Alex. Su presencia tuvo un efecto tan intenso en Samantha, que apuró lo que le quedaba en la copa.

—¿Quieres otro? —preguntó él, acercándose.

—Por favor —murmuró, entregándole el vaso.

—¿Y tú, Sophie?

—Con uno es bastante.

Si Alex se había dado cuenta del ligero tono de censura en su voz, no lo demostró mientras volvía a llenar la copa de Samantha y se servía también él otra.

—Te llevaremos a casa, Sophie —le dijo veinte minutos más tarde, mientras bajaban en el ascensor al aparcamiento del sótano —. Es difícil conseguir un taxi a esta hora.

—No tendré problemas —protestó ella.

—De ninguna manera.

Alex colocó los paquetes en el portaequipajes del coche, mientras Samantha se sentaba en el asiento trasero.

Ya habían pasado las peores horas de tráfico, pero el centro de la ciudad aún estaba abarrotado de coches y tardaron media hora en llegar a la casa de la hermana de Sophie, y casi el mismo tiempo en regresar a Point Piper.

—Spiros se hará cargo de los paquetes —le dijo Alex mientras bajaban del coche y Samantha le miró con frialdad.

—Si estás insinuando que me he excedido en las compras, ¿por qué no lo dices?

—Mi querida Samantha, eres una joven muy atractiva, ¿por qué debo quejarme porque hayas decidido acentuar tu belleza natural?

De la forma en que lo había dicho, parecía que ella lo había hecho para complacerle, cuando la verdad era todo lo contrario. ¡Maldición! La victoria que buscaba se había convertido en derrota.

—Tengo reservada una mesa para las siete y media. ¿Tienes suficiente tiempo con treinta minutos para ducharte y cambiarte? ¿O prefieres que llame para decir que tardaremos un poco más en llegar?

—Estaré lista.

Y lo estuvo, justo a la hora exacta. Quizá había sido mejor que tuviera tiempo de sobra para pensar pues, de lo contrario, es probable que hubiera perdido el valor.

Cuando se miró en el espejo, hizo una mueca irónica al observar su vestido. De color rojo intenso y abierto hasta el muslo, era una prenda que pocas mujeres podían usar con dignidad. ¡En realidad, dignidad era la única palabra que no utilizaría para describirlo! En un escenario, sería un gran éxito; en un centro nocturno como el que con seguridad habría elegido Alex, atraería todas las miradas.

Ahora lo llevaba tapado con un abrigo; la revelación la haría más tarde, cuando Alex ya no pudiera hacer nada.

Samantha observó que el decorado del centro nocturno era elegante y sobrio y sólo necesitó mirarlo superficialmente para darse cuenta de que los clientes formaban parte de la alta sociedad de la ciudad. La mesa a la que les condujeron estaba bien situada a una distancia prudente del ruido ensordecedor que provenía de la pista de baile.

—¿Quiere quitarse el abrigo?

Por un momento, Samantha se sintió dominada por el pánico y, después de un breve instante de vacilación, se lo entregó al camarero que esperaba, antes de sentarse. Casi le dio miedo mirar a Alex, pero cuando sus ojos se encontraron, le comentó:

—Ese es un vestido diseñado con el fin de atraer físicamente a un hombre —comentó, sarcástico.

A Samantha le costó bastante trabajo sonreír, pero logró hacerlo.

—Pensaba que te gustaría.

—No hay aquí un solo hombre que no me envidie —le dijo con frialdad, mientras revisaba la carta de los vinos—. ¿Quieres que escoja yo el vino o prefieres alguno en particular?

El logró demostrarle que su comportamiento había sido muy infantil.

—¡Oh!, elígelo tú.

La miró con ironía,

—Te arriesgas demasiado.

—No lo creo. Tienes muy buen gusto.

—¡Mi querida Samantha! ¿Eso es un halago?

—Deja de jugar conmigo, Alex —respondió mirándole fijamente.

—Lo mismo digo yo —contestó él, con gran sarcasmo.

¿Por qué había pensado que podría derrotarle? ¡Debía estar loca para intentar algo así! Con una temblorosa mano, alzó la copa y probó el contenido.

¿De qué iban a hablar? No podía hacerle la pregunta que la preocupaba, casi hasta obsesionarla, con cada hora que la acercaba a su próximo matrimonio.

Al observarle ahora, era difícil imaginar que pudiera poseer algún sentimiento noble. Posesión… eso era, precisamente, lo que Samantha representaba. Su posesión, para hacer con ella lo que quisiera. De repente, se estremeció.

—¿Tienes frío?

Ella se volvió para mirarle y se sobresaltó al ver la burla de sus ojos. ¿Había leído sus pensamientos?

—No, pero me gustaría bailar.

—De acuerdo.

Alex se levantó, retiró la silla y condujo a Samantha a la pista de baile.

Bailando, la cogió con firmeza en sus brazos, se movía con asombrosa elegancia. Ajustaba sus pasos a los de ella con una perfección que convirtió el baile en un placer.

Por otra parte, ella no quiso pensar en los motivos que hacían que su cuerpo respondiera al de él. Le estaba ocurriendo algo. El pulso le latía acelerado, respiraba con dificultad y cada centímetro de su piel parecía vibrar excitando sus sentidos.

La cena que les sirvieron era excelente y era casi la medianoche cuando Alex le manifestó su deseo de marcharse.

—¿Tan pronto? —preguntó Samantha con una atractiva sonrisa —. ¿Temes que me convierta en la Cenicienta?

—Tengo una cita mañana temprano y después dos reuniones más —respondió, ayudándola a ponerse el abrigo.

—Ah, sí… los engranajes de la maquinaria de los grandes negocios. Imagino que necesitas dormir bastante para poder hacerles frente.

—Ten cuidado —le previno él en voz baja.

—¿Siempre llevas a casa tan temprano a tus… amigas?

—Eso depende.

—¿De qué?

—Depende de si paso el resto de la noche con ellas —añadió con suavidad, mientras sus ojos observaban cómo ella se ruborizaba.

Samantha no hizo ningún comentario mientras le acompañaba hasta el coche y, una vez que se sentó, contempló cómo ponía en

marcha el motor y conducía de regreso a casa.

Tan pronto como se detuvieron dentro del garaje, ella abrió la puerta y esperó a Alex.

Cuando llegaron al pie de la escalera, Samantha se detuvo un momento.

—Gracias por llevarme a cenar.

El tono de su voz fue muy formal y pudo ver un brillo burlón en sus ojos.

—Muy bien, agradécemelo.

—Acabo de hacerlo.

¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Por qué se quedaba allí, de pie, esperando que la besara?

—Buenas noches.

—Oh, no, mi reacia prometida. De ninguna manera —extendió las manos y la sujetó por los hombros.

—Ya es tarde —balbuceó ella, indefensa ante la fuerza de su atractivo y aquella cautivadora sonrisa.

—Hace poco me insinuaste que aún era temprano.

—Quisiera acostarme —suplicó Samantha, desesperada.

—Yo también —respondió Alex y ella replicó de inmediato.

—En mi cama no; todavía no.

—El vestido que llevas puesto es muy atrevido. Lo elegiste para despertar tentaciones. La mayoría de los hombres te exigirían que cumplieras lo que pareces prometer.

Ella tragó saliva, nerviosa.

—Dentro de unos días, tendrás el derecho de exigírmelo —sostuvo su mirada con frialdad—. ¿Es qué no puedes esperar hasta entonces?

—¿Vas a insistir en que lo haga?

Sintió cómo se le aceleraba el pulso y tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer tranquila.

—Dudo mucho que pudiera detenerte. ¡Pero te odiaría para siempre si lo hicieras!

—¿Y me odiarás menos dentro de dos noches?

—Tal vez no —dijo con un ademán desafiante—. ¡No creas que caeré en tus brazos como un dócil cordero!

—Más bien, lo harás como una fiera acorralada, ¿no es cierto?

¡Oh, le estaba divirtiendo! Sin pensarlo, trató de darle una

bofetada, pero él la sujetó, apretándola con tanta fuerza, que la hizo estremecerse.

Durante unos segundos, Samantha pensó que la golpearía, pero después él le cogió la otra mano y sujetándoselas juntas en la espalda, la obligó a acercarse hasta que sus cuerpos se fundieron.

No pudo hacer nada para evitar que apresara su boca. No pudo permanecer por mucho tiempo con los dientes apretados y al fin, dejó escapar un gemido ahogado y suplicante, mientras Alex la besaba con seductora pasión.

Si lo había hecho como un castigo, había tenido éxito. Cuando la soltó, se sintió mareada.

—Recuerda esto —le dijo Alex con tono amenazante—. Si me golpeas, yo también lo haré.

Se le nublaron los ojos por las lágrimas y, sin decir una sola palabra, dio la vuelta y subió corriendo por la escalera hasta su habitación. La puerta no tenía cerradura que pudiera impedir su entrada y se apoyó en ella, respirando con fuerza.

Permaneció mucho tiempo allí, antes de irse a la cama. Sólo disminuyó su temor cuando ya casi amanecía, y al fin pudo quedarse dormida.

# Capítulo 5

La oficina del oficial del registro civil, no tenía personalidad alguna y la voz del hombre, al pronunciar las palabras acostumbradas, estaban desprovistas de emoción.

Samantha se preguntó cuántas veces al día repetiría esas mismas frases. Tal vez las había memorizado y, lo más seguro, era que debía estar aburrido con un trabajo tan tedioso.

El anillo de oro que Alex deslizó en su dedo, era ancho, y le pareció que se parecía a un grillete en miniatura.

Sólo estaban presentes los familiares más cercanos de Alex y Sophie. Reunidos en un salón dispuesto para recibir hasta cincuenta personas, los siete testigos parecían náufragos en una isla desierta.

A pesar de lo informal del acto, Alex y Sophie habían insistido en que Samantha se vistiera adecuadamente para la ocasión, y ella, resignada, eligió un tradicional vestido de seda y encajes color crema, de sencillo diseño.

Alex estaba cautivador, no había una palabra más adecuada para describirle. Desde los zapatos hasta el traje de corte impecable, tenía todas las características de un exitoso hombre de negocios, brindando una imagen de dinámica masculinidad.

En el restaurante Double Bay les hicieron muchas fotografías hasta el extremo de que Samantha empezó a sentirse mareada por los destellos de las luces.

Había muchos invitados a los que fue presentada, uno por uno, por lo que, al terminar, la sonrisa cortés que logró dibujar en sus labios, se había convertido en una máscara.

La comida fue deliciosa, cada plato era un exquisito complemento del que le había precedido y, mientras tanto, el champán fluía sin cesar.

No había duda de que era una alegre ocasión, un homenaje al matrimonio del hijo mayor y cabeza de la familia Nicolaos.

Ellos constituían el centro de atención y Alex aparentó ser un atento esposo en todo momento. Nunca se alejó de su lado y si Samantha no hubiera sabido la verdad, se habría sentido cautivada por su sonrisa, por el frecuente contacto de una mano en su cintura. Pero sólo ella conocía, además de Sophie, el siniestro motivo que ocultaba en ese diabólico matrimonio.

Pasaron las horas, hasta que llegó el momento de partir. Samantha estaba cada vez más nerviosa, a pesar del esfuerzo que hacía por no demostrarlo y no soportaba saber que Alex se daba cuenta de su agitación. El cinismo que veía en sus ojos, era una burla a su deseo de huir, asegurándole, en silencio, que no podría hacerlo. Esa noche la poseería completamente, con su consentimiento o sin él.

Bajo una nube de confeti y arroz, corrieron hasta el coche aparcado en la puerta del restaurante y, pocos minutos después, Alex ponía en marcha el coche, conduciendo en silencio hasta llegar a la carretera que llevaba a Point Piper.

Aumentaba la tensión de Samantha, manifestándose como un dolor que comenzaba en el vientre y se extendía por todo el cuerpo. Hubo un momento en que pensó si sería preferible saltar del coche en movimiento, a sufrir las consecuencias de lo que le esperaba.

Después, recuperó la calma y se dijo que esas tonterías sólo servirían para demorar lo inevitable. Lo mejor era acabar con eso de una vez. No era la primera mujer que se encontraba en una situación semejante y sin duda, no sería la última.

Pronto llegaron a la casa y dejaron el coche dentro del garaje.

Al bajar del coche, cayó sobre el rostro de ella una gran cantidad de confeti y se pasó una mano por el pelo para tratar de quitarse los pequeños trozos de papel de colores.

—No te muevas —le ordenó Alex, inclinándose para quitarle los que le quedaban.

Su cercanía la dejó sin aliento y se quedó inmóvil, en silencio, mientras él se quitaba la chaqueta para eliminar los residuos de arroz que tenía en ella. Luego se la echó sobre el hombro, abrió la puerta y se apartó para dejarla entrar.

Samantha sintió la necesidad de decir algo y dijo lo primero que

le vino a la mente.

—Bueno, ahora pretenderás lograr lo que deseas.

Alex la contempló, en silencio, durante varios segundos y después respondió con tono suave.

—Sí, aunque no estoy de acuerdo con la violación, hay un arma más eficaz que se llama persuasión.

—Me imagino que piensas que nunca falla.

—Si eres sensata lo aceptarás así; luchar sólo empeorará la situación.

—¿En dónde quieres hacerlo? ¿en mi cama, o en la tuya?

—Usaremos el dormitorio principal, que está al final del pasillo. Esta tarde Serafina ha cambiado toda tu ropa a esa habitación.

—¿Entro andando o me cogerás en brazos, como es la tradición?

—¿Qué prefieres? —preguntó con ironía.

—Lo que yo preferiría es salir de esta casa, pero eso es imposible, ¿no es cierto?

Alex se inclinó hacia adelante y le sujetó la barbilla con una mano.

—Ya lo sabes.

Los ojos de Samantha lanzaron destellos de furia.

—Entonces, acabemos de una vez con esta farsa.

—¡Cuánto entusiasmo! —se burló Alex—. ¿Tienes miedo de disfrutarlo?

—¡Nunca!

—¿Debo tomarlo como un reto?

Por un momento, se quedó sin saber qué contestarle.

—¡Maldito egoísta!

—Imagino que eso no es nada, comparado con lo que me llamarás antes de que termine la noche.

Se dijo que era una tonta y que si hubiera apelado a sus sentimientos más nobles, quizá la habría tratado con cierta ternura. Ahora ya era muy tarde.

Casi como si leyera sus pensamientos, la cogió en brazos y se dirigió hacia la escalera.

—¡Bájame!

—Luego. Ya casi hemos llegado.

Abrió la puerta con una mano y una vez que entraron, la cerró con el pie.

¡Maldito! Ni siquiera se le había agitado la respiración. Pero no era de extrañar, pues en cada paso que daba, se adivinaba su extraordinaria condición física.

En el momento en que la bajó, intentó escapar, pero Alex la sujetó con fuerza por los hombros.

—Basta —le advirtió con dureza—. Si no, te trataré como a la niña que eres.

—¡Te denunciaré por atacarme! —amenazó Samantha, desesperada.

—No me provoques.

—Me estoy esforzando para no hacerlo.

—Al contrario, tu comportamiento me resulta muy excitante —murmuró, mientras la atraía hacia su cuerpo.

Le bajó la cremallera del vestido, dejándolo caer sobre la alfombra; se quedó sólo con la ropa interior y se sintió desnuda bajo su mirada.

Los ojos de Alex se clavaron en los suyos con una intensidad casi hipnótica, al tiempo que se quitaba el chaleco y después la corbata y la camisa.

Cuando comenzó a desabrocharse el cinturón de los pantalones, ella sin pensarlo, le mordió el brazo y se sintió satisfecha cuando le oyó ahogar un gemido de dolor.

Sin embargo, no obtuvo el resultado que esperaba, ya que él la cogió del pelo y la hizo inclinar la cabeza hacia atrás. Se quejó cuando sintió su boca en un pecho, besando su piel con tanta violencia, que el dolor pareció recorrerle todo el cuerpo.

Él soltó su cabello y, sujetándole las manos, le quitó el sujetador, el resto de su ropa interior y los zapatos con la misma facilidad. Entonces, lentamente, Alex se desnudó por completo.

—No te sorprendas tanto —le dijo con terrible cinismo, mientras la atraía por completo.

Samantha comprendió que era una locura seguir luchando, pero lo último que haría sería rendirse. Despacio, posó la cabeza sobre su pecho, volviendo el rostro de modo que los labios rozaran su rizado vello y, actuando con gran cautela, volvió a morderle con fuerza. Él lanzó una maldición y ella sintió mucha alegría por un instante, pero entonces, Alex la derribó sobre la cama, sin consideración alguna, atrapándola con su cuerpo al ver que trataba de levantarse.

—Oh, no, pequeña gata salvaje. ¡Una pelea limpia es una cosa, pero la violencia física es otra!

—¿Y cómo llamas a lo que tú me has hecho? —gritó Samantha.

—Tú me has mordido primero.

—Quizá me quede una cicatriz el resto de mi vida —protestó indignada.

—Tuve mucho cuidado de no usar los dientes, aunque no hayas hecho tú lo mismo.

Observó el lugar donde le había mordido y se estremeció al ver la gran señal que le había hecho con los dientes.

—Te odio por lo que me estás haciendo —replicó, con los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces, ódiame —le espetó con frialdad—. La emoción no tendrá nada que ver con la concepción de nuestro hijo.

—¡Deja de torturarme!

—¿Tomar lo que se me ofrece de mala gana y no dar nada a cambio?

—¡Vete al infierno! —exclamó Samantha, temblorosa.

—Quizá, si te hago ir allí una vez, eso te enseñará que el placer es preferible al dolor.

—¡Ya me has hecho bastante daño!

—Entonces, deja de comportarte como una niña.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Acostarme aquí e imaginar que el amante de mis sueños está tomando mi cuerpo?

—La realidad pronto te hará olvidar los sueños —le dijo Alex cuando tomó su boca de forma brutal y posesiva.

Comenzó a luchar, desesperada, encontrando en el temor una fuerza hasta ahora desconocida para ella. Logró liberar una mano y le golpeó en la espalda, en los hombros y en donde pudo. Al darse cuenta de que eso no le afectaba, usó las uñas y le arañó un costado.

—Pequeña gata salvaje —gruñó.

Alex le atrapó los muslos con sus largas piernas, lo cual le impidió a Samantha hacer el menor movimiento.

—Te odio, te odio, ¿me oyes?

—Entonces, te daré motivo para odiarme.

Despacio, de forma deliberada, comenzó a acariciar los contornos de su cuerpo hasta que ella, gimiendo, le suplicó que se

detuviera. Nada de lo que decía le hizo detenerse y su boca descendió hasta un seno para acariciarlo, pasando después al otro.

Cuando Samantha pensó que ya no podría soportar más, lanzó un gemido de angustia por la sensual intimidad de las caricias que le prodigaba Alex y empezó a suplicarle que la dejara.

Su cuerpo ardía mientras la recorrían unas sensaciones que le impedían pensar, perdida en un mundo de sensualidad que no tenía fin.

Su boca cubrió la de ella, ahogando el grito que intentó lanzar al sentir que la poseía, haciéndole experimentar una mezcla de dolor y placer.

Pasó mucho tiempo antes de que volviera a ser consciente de lo que la rodeaba, y el lento regreso a la normalidad, provocó una amplia gama de emociones, todas desagradables. Lo peor de todo era que estaba llena de resentimiento porque la había despertado a su propia sensualidad.

Con amargura, pensó que Alex se había asegurado de ello, conteniendo su placer sexual para despertar el de ella y nunca podría perdonarle ese violento y cruel ataque.

—Te odio.

—Pobre Samantha —se burló, mientras su boca buscaba un punto sensible de su cuello.

Las manos que la habían sujetado con fuerza unos minutos antes, se aflojaron de pronto.

—¿Ya has terminado? —preguntó ella con frialdad.

—Por ahora sí.

¡Oh Dios! ¿Con qué frecuencia pensaba hacerla víctima de esa violencia física? ¡Si pretendía hacerlo todas las noches, dudaba que pudiera soportarlo!

Samantha se levantó y fue al baño. Abrió los grifos de la bañera y vertió un poco de perfume, sumergiéndose después en el tibio líquido. Se sintió tan tranquila y relajada, que cedió a la tentación de cerrar los ojos.

—¡Pequeña tonta!

Esas duras palabras la obligaron a despertar, al mismo tiempo que unas manos fuertes la sujetaban, haciéndola salir del agua.

—¿Qué demonios tratabas de hacer? —preguntó Alex con dureza, mientras cogía una toalla y la envolvía en ella.

—No pretendía ahogarme —replicó, temblorosa, mordiéndose los labios por la fuerza con que la estaba secando—. ¿Tienes que ser tan brusco?

—Me gustaría golpearte, sabes.

—Por favor, no —sin poder contenerse, comenzó a temblar e hizo un esfuerzo por contener las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos.

Su brusquedad la hizo ruborizarse aún más cuando él le quitó la toalla y la dejó caer al suelo. Ella trató de taparse el pecho con los brazos defendiéndose de su descarada mirada.

Con lentitud, Alex le cogió las manos, obligándola a separar los brazos.

Reuniendo toda la agilidad que pudo, Samantha levantó la cabeza y le miró.

—¿Satisfecho? ¿O piensas abusar de mí de nuevo?

Por un instante, pensó que la iba a castigar y trató de controlar el temblor de todo su cuerpo.

—Ve a acostarte —la dijo con sequedad. Todos sus instintos le gritaban que debería obedecerle, pero no quería rendirse todavía. Además, deseaba terminar de arreglarse.

—Lo haré cuando esté lista. ¿Quieres hacerme el favor de salir de aquí? ¿O es que no voy a gozar de mi intimidad en ningún momento? —le dijo lanzándole una fría mirada.

Alex no contestó y se dispuso a darse una ducha. Samantha sacó las cosas que necesitaba y terminó de arreglarse.

Una vez en el dormitorio, comenzó a buscar su camisón, abriendo y cerrando cajones. ¡En dónde demonios lo habría puesto Serafina!

—¿Buscas algo?

—Mi camisón —contestó, cortante.

Samantha al mirar hacia el espejo, vio su sonrisa burlona reflejada allí.

—¡Quizá estés acostumbrado a dormir desnudo, pero yo no!

Haciendo un esfuerzo por no llorar, abrió los dos cajones que le quedaban por mirar y al fin lo encontró y se lo puso, consciente de que él estaba observando todo lo que hacía.

—Ya es un poco tarde para tanto pudor ¿no te parece?

Comprendió que tendría que andar hasta la enorme cama y

deslizarse bajo las sábanas. Le pareció que hacer eso era aceptar su presencia y vaciló. Al mirarle y ver la expresión en sus ojos, espetó:

—¡No me mires así!

—¿Cómo quieres que te mire? —preguntó dirigiéndole una sonrisa burlona—. Eres muy hermosa.

—No me siento hermosa —contestó y, cautivada, le observó acercarse a ella, lentamente.

Alex le sujetó la barbilla y la hizo levantar la cara.

—¿Cómo te sientes, Samantha?

—¿Necesita tu orgullo que te lo diga? ¿Se supone que debo estremecerme y decirte que has estado maravilloso?

Se encontraba tan furiosa, que su comportamiento casi rayaba en histeria.

—Te odio ¿me comprendes? Nunca me he sentido tan desgraciada, tan humillada, tan…

Se detuvo, sin encontrar las palabras adecuadas y él añadió con tranquilidad:

—¿Poseída? ¿Qué es lo que esperabas? ¿Un tierno cortejo después de luchar como una gata salvaje?

—¡Tu comportamiento ha sido el de un… animal!

—¿De verdad? —su voz adquirió un tono acerado—. Pues debes sentirte dichosa de que haya logrado controlar mi temperamento.

La verdad que había en sus palabras, era algo que se negaba a reconocer y, de repente, se sintió muy cansada.

—Quiero dormir.

Sin decirle una palabra, Alex la cogió en sus brazos y la llevó sin esfuerzo alguno hasta la cama. Sintió una extraña ternura en su gesto, al depositarla en el lecho, cubriéndola después con la sábana y rodeando la cama para acostarse a su lado.

Apagó la luz y cuando ella se dio cuenta, por su respiración pausada, de que estaba profundamente dormido, se permitió llorar. Dejó fluir las lágrimas por sus mejillas, empapando la almohada, hasta que se quedó dormida, presa del agotamiento.

Horas más tarde, se movió, intranquila, aún adormecida, hasta que recordó dónde estaba y abrió los ojos con dificultad.

La habitación estaba iluminada por la suave luz del amanecer, que apenas se filtraba a través de las cortinas.

Al intentar moverse, se dio cuenta de que la detenía algo y vio el

brazo que descansaba sobre su cintura. Volviéndose lentamente, encontró la mirada de su marido.

—Vaya, al fin te has despertado.

Quizá, inconscientemente, había buscado el calor de su cuerpo durante la noche o Alex la había acercado hacia sí. Pero tenía muy clara una cosa: no podía permanecer allí.

—¿Qué hora es?

—Las siete. ¿Por qué estás tan ansiosa por levantarte?

Alex se incorporó y se apoyó sobre un codo y, alzando una mano, le acarició el pelo. Después, le recorrió la cara con los dedos, luego los deslizó por el cuello hasta apartar el delicado encaje de su camisón de seda para acariciarle un seno.

—¡No! —protestó, antes que la besara.

—Quítate este maldito camisón —gruñó él. Al ver el movimiento negativo que hacía con la cabeza añadió, sonriendo sarcástico— No quisiera tener que arrancártelo.

—Tú me lo has pagado.

Sin decir una palabra, rasgó el camisón de arriba abajo.

—¡Oh! ¡Miserable!

Samantha se cubrió el pecho con las manos, pero él se las retiró y se quedó observándola.

Con calma, fue estudiando las magulladuras que tenía e inclinando la cabeza, besó cada una de ellas.

Su boca fue descendiendo cada vez más, rozando la sedosa piel, mientras acariciaba con provocativa sensualidad las marcas que él mismo le había hecho.

Samantha lanzó una exclamación de furia cuando él intentó hacerle algo que ella consideró depravado y comenzó a luchar, maldiciéndose por haber aceptado sus caricias.

—¡No lo hagas! —exclamó, comenzando a gemir, suplicándole que se detuviera.

Por un instante pensó que no le haría caso, hasta que después, con lentitud, él alzó la cabeza y la miró con frialdad.

—¿Por qué te niegas a aceptar un grado infinito de placer sensual?

—¿No querrás decir mejor de degradación lujuriosa?

—Sólo una inocente protestaría con tanta vehemencia —le dijo, con ojos brillantes de irónica diversión.

—¿Con qué frecuencia tendré que soportar este… —le resultaba imposible encontrar la palabra— este abuso?

Él frunció el ceño y apretó los labios con fuerza.

—Ten cuidado con lo que dices, mi dulce esposa —le previno.

—¿De qué otra forma lo llamarías? —le retó.

Alex observó su expresión furiosa durante varios segundos y después, buscó con su boca uno de sus pechos, acariciándolo con la lengua.

Samantha sintió que su cuerpo se ponía rígido y, entonces, le cogió del pelo, intentando apartarle.

—¡Bestia! ¡Salvaje!

Le golpeó en los hombros, con los puños cerrados y al no tener éxito, volvió a tirarle del pelo con fuerza.

—¡Basta… oh, Dios… por favor! —susurró con angustia, sollozando hasta que la besó enmudeciéndola.

Después, él movió su cuerpo para aprisionarla, obligándola a separar los muslos y, aunque ella luchó, logró su objetivo.

En esta ocasión, sus labios la fueron excitando lentamente, tomándose su tiempo, saboreando la cálida boca, explorando.

Poco a poco fue cediendo su resistencia y, sin que él se lo pidiera, rodeó con sus brazos el cuello de Alex y pronto sintió todo el cuerpo envuelto en un calor que hacía que la sangre le corriera por las venas como si fuera lava candente.

Despacio, Samantha se movió con infinita ternura, hasta quedar envuelta en su posesión, alcanzando un éxtasis sensual tan intenso, que gritó su nombre una y otra vez.

Después, se quedó acostada, inerte, sin poder hablar. En las sensuales caricias de Alex, había perdido el pudor y esa realidad la embargaba de amarga vergüenza. ¿Cómo era posible odiar y despreciar a alguien y, al mismo tiempo, reaccionar así a sus caricias? Eso no tenía sentido.

—Levántate —le dijo Alex con suavidad—. Tenemos una hora para ducharnos, desayunar y coger el avión.

—¿A dónde vamos? —preguntó, sorprendida.

—A la Costa Dorada de Queenslad. Está a menos de una hora y, en esta época del año, el calor debe ser agradable.

—¿Por qué? —insistió.

Él frunció el ceño y se endureció la expresión de su rostro.

—Podríamos quedarnos aquí.

Ante la alternativa que le sugería, Samantha salió con rapidez de la cama y al oírle reír, se sintió tan furiosa que cogió la almohada y se la tiró.

Él la atrapó con facilidad y después se levantó, dirigiéndose hacia ella, riendo.

—¿Entonces, quieres jugar?

Samantha corrió hacia el cuarto de baño, tratando de refugiarse. Respirando agitada, cerró la puerta y se apoyó en ella temerosa de que en cualquier momento, la abriera él de un empujón.

Pero no lo hizo y después de unos minutos de intranquilidad, se metió bajo la ducha y se sintió aliviada por el momento.

# Capítulo 6

Samantha tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrar su sorpresa cuando Alex la condujo hacia un lujoso avión particular que estaba en una pista, lejos de la terminal principal de pasajeros.

Era un símbolo de riqueza; ningún hombre podía lograr tanto éxito sin tener una gran agudeza comercial.

Alex Nicolaos tenía todo eso, además de otras cualidades personales, pensó cansada mientras el avión se elevaba.

Bueno, no lo tenía todo. Tenía una mujer y deseaba un hijo. Era una consecuencia lógica que, con el tiempo, se convertiría en realidad, a menos que ella tuviera el cuidado de evitarlo, tomando algún anticonceptivo.

Pero ¿con qué fin? Si llegaba a tener un hijo y éste era varón, quizá Alex fuera más magnánimo e incluso la dejara en libertad. Con el dinero, podría obtener los servicios de una niñera y, además, estaba Serafina que, sin duda, cuidaría del niño como si fuera suyo.

—Estás muy callada —exclamó Alex, interrumpiendo sus pensamientos.

—No soy una persona muy comunicativa.

—Ah, sí, eres una chica consagrada a sus estudios, con poco tiempo para la vida social, ¿no es cierto?

—Oh, estoy segura de que conoces los más insignificantes detalles sobre mí —contestó con frialdad—. No dudo de que Sophie te habrá mantenido bien informado.

—¿Te molesta eso?

—Me resulta insoportable.

—Pobre Samantha —murmuró acariciándole la mejilla.

—Seguramente tendrás un historial en el que aparecen las veces que he visitado al dentista, una relación de mis logros académicos,

con quién he salido y todo eso. ¿No tengo secretos para ti?

—No dejes que eso te preocupe.

—¡Pero me molesta! —replicó con violencia.

Alex la sorprendió, inclinándose para darle un beso.

—Olvídate de eso.

Después, ella permaneció en silencio y no volvió a hablar durante el viaje.

En la terminal del aeropuerto de Coolangatha estaba esperándoles un coche alquilado. Alex guardó las maletas en el portaequipajes y se sentó al volante.

La Costa Dorada parecía un paraíso tropical, con aguas azules y transparentes que rompían sus olas en las hermosas playas.

El apartamento de ellos estaba situado en el último piso de un lujoso edificio, frente al mar. Disfrutaban de una hermosa vista. Era grande, con tres dormitorios, dos baños, un espacioso salón, comedor independiente y una moderna cocina y una pequeña habitación de servicio. Los muebles eran de madera y el efecto general de la decoración era de sobria elegancia.

—Es precioso —murmuró Samantha con sinceridad.

—Mi familia lo utiliza muy poco —le informó Alex.

—¿Y, mientras tanto, permanece vacío? —preguntó ella sorprendida.

Había una gran ironía en la sonrisa de Alex.

—No siempre resulta sencillo conseguir buenos inquilinos a corto plazo.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos?

—Dos días, tengo que regresar a Sydney para una cita el lunes por la tarde.

—El engranaje de la maquinaria de los grandes negocios —comentó ella con sarcasmo.

—Sí, me roban mucho tiempo.

—Quisiera que te robaran más.

—Cuanto menos me veas, mejor ¿no es cierto?

—Mi única esperanza es quedarme embarazada lo antes posible para que me dejes tranquila.

Él la cogió de la barbilla, obligándola a volver la cabeza.

—Las pruebas de laboratorio demostraron que eres una joven saludable y fértil. No tenemos que esperar mucho tiempo.

Por un instante, se negó a creer lo que oía y, de repente, recordó una serie de extraños acontecimientos. Cuando visitó al ginecólogo a principios del año, Sophie insistió en que consultara a un especialista, en vez de a su médico habitual.

—¡Canalla! —susurró Samantha, furiosa—. ¿Ya lo estabas planeando desde entonces?

Su mirada era dura y cruel.

—Sólo ha sido cuestión de tiempo.

—Así que, con sangre fría, te aseguraste de todo bien, antes de dar un paso en falso.

Le costaba trabajo hablar por la furia que la consumía.

—Ya había gastado una generosa cantidad de dinero y sólo trataba de asegurarme de que recibiría algo a cambio.

—¡Eres un ser despreciable!

Samantha le habló con claridad y la mirada que le dirigió estaba cargada de odio.

—¿Crees que soy tan tonto como para no haber comprobado todos los detalles? —le preguntó Alex, cortante.

—Merecerías que hubiera tomado las medidas necesarias para evitar la concepción.

—Dudo mucho que tengas esa oportunidad —contestó con voz desdeñosa—. Estos próximos días son especialmente… importantes ¿los llamamos así?

Samantha le miró con los ojos muy abiertos y, por un instante, casi no pudo respirar por la sorpresa. Pero de pronto, sin poder dominarse y sin pensarlo, le dio una bofetada.

Samantha deseó correr y esconderse, pero sabía que sería inútil tratar de ocultarse de él.

—Conocías todos los hechos antes de nuestro matrimonio —le recordó Alex con peligrosa tranquilidad—. ¿Por qué muestras tanta furia ahora?

Quiso gritar, dominada por una rabia impotente, que era porque todo eso era demasiado: ¡él mismo, esa farsa de matrimonio, todo!

Su actitud era retadora, pero mezclada al mismo tiempo con una terrible sensación de temor. Él estaba lo suficientemente enfadado como para desquitarse y no tenía la menor duda en cuanto a la forma en que lo haría.

Después de un largo silencio; le ordenó:

—Ve a cambiarte.

Le miró con los ojos muy abiertos, interrogante.

—Vamos a salir el resto del día —sonrió con ironía—. A menos que prefieras quedarte aquí.

Estaba bien claro lo que quería insinuarle y no fue necesario que se lo dijera dos veces.

El día, a pesar de todo, fue muy agradable; Alex le mostró los atractivos turísticos y después de una exquisita comida en un pintoresco restaurante desde el que se contemplaba el puerto, cogieron un barco para recorrer el río Nerang y sus canales.

Aún les quedó tiempo para pasear por el centro de la ciudad, antes de regresar al apartamento. Al llegar, Samantha le expresó su deseo de nadar en la piscina cubierta, que se encontraba en la planta baja.

Se cambió con rapidez, se puso encima del bikini una bata corta, cogió una toalla y salió al salón.

—Creo que iré contigo —murmuró Alex, mientras sus ojos recorrían las torneadas piernas de Samantha.

—¿Qué podría ocurrirme?

—Eres mi mujer —le dijo con toda calma—. Como tal, debo protegerte.

—¿Protegerme de qué? —inquirió con incredulidad—. ¿De algunos vecinos que estén nadando en la piscina?

Él sonrió, sin alegría.

—Soy un hombre influyente y, debido a mis intereses, resulto muy atractivo para la prensa —comentó sosteniendo la mirada de ella de forma implacable—. Las fotografías de nuestra boda han salido en los periódicos de varios estados.

—¿Qué intentas decirme?

Alex permaneció en silencio durante un rato y después contestó:

—Que hay algunos oportunistas a quienes les encanta irritarme.

—Creo que estás equivocado. Estamos en Australia, no en Estados Unidos.

—Nos encontramos en un mundo de creciente violencia, incluso aquí.

—¿Y debido a mi nueva situación, dentro del clan de los Nicolaos, puedo ser víctima de un atentado? —preguntó Samantha sin poder creerlo.

—No básicamente, pero imagina el gusto que le daría a la prensa hacerte fotografías mientras te diviertes en la piscina con unos jóvenes desconocidos, sin que yo esté presente. Sobre todo, cuando nos encontramos de luna de miel.

—No soy la clase de mujer que se divierte con desconocidos, como sugieres.

—Mi querida Samantha, quizá no te des cuenta de lo que sucede hasta que sea muy tarde —comentó él con cinismo.

Samantha suspiró hondo y después le dirigió una mirada de disgusto.

—No me siento inclinada a serte fiel incondicionalmente.

La miró con ironía y diversión.

—Espera a que me cambie.

Ya no fue lo mismo para ella; la media hora que había esperado pasar a solas estuvo dominada por la presencia de Alex. El simple hecho de que estuviera allí, la molestaba, a pesar de lo que él le había advertido.

Había otros vecinos en la piscina y no vio por ninguna parte ninguna cámara.

Cenaron en un elegante restaurante y después asistieron a un espectáculo en un centro nocturno cercano. Samantha tuvo especial cuidado con su aspecto, eligiendo un traje pantalón, de corte elegante y confeccionado en seda negra.

Todo ello, junto con los zapatos negros de tacón y una cadena de oro que rodeaba su cuello, a juego con una pulsera hizo qué llamara la atención más de lo que hubiera deseado.

Paseaban en silencio, de regreso al edificio de apartamentos y, una vez en el ascensor, Samantha mantuvo la mirada fija en las puertas, deseando que se abrieran antes de que él se diera cuenta de la extraña sensación que la recorría. Incluso respiraba agitada.

Una vez que entraron en el apartamento, se dirigió hacia los grandes ventanales del salón y se quedó allí, contemplando la vista. El río parecía una cinta de plata bajo el cielo cubierto de estrellas.

Alex no se había molestado en encender la luz y de pronto, se dio cuenta de que estaba parado detrás de ella.

—¡Todo parece tan tranquilo!

Había una extraña nota melancólica en la voz de Samantha y sintió su aliento cálido en la sien, cuando él la atrajo hacia su

cuerpo. La rodeó con sus brazos, luego, una de sus manos descendió hasta el vientre de Samantha, mientras la otra alcanzaba la cálida suavidad de uno de sus pechos.

Experimentó una deliciosa sensación de placer cuando su boca rozó la curva delicada del cuello, utilizando la lengua como un instrumento sensual que se movió con lentitud, excitándola, hasta alcanzar la nuca.

Los dedos de Alex recorrieron su vientre, despertando una multitud de sensaciones en el interior de ella y tuvo que contener el aliento cuando él volvió a acariciarle el pecho.

Su mente le exigía que le pidiera detenerse, pero su cuerpo la traicionaba, convirtiéndose en el anhelante receptor de aquel suplicio, el cual se llenaba de vida ante ese contacto.

Cerró los ojos y trató de terminar el conflicto de sus contradictorias emociones, hasta que, lanzando un suspiro, se dejó dominar por los sentidos, disfrutando sus caricias y despertando un ardiente y feroz apetito que pedía ser satisfecho.

La ropa que les cubría dejó de ser una barrera y apenas se dio cuenta de que la cogía en brazos y la besaba.

Dominada por el deseo, ya nada le importaba, por lo que la necesidad de complacerle del mismo modo que él lo estaba haciendo, rompió todas las barreras de sus inhibiciones.

Primero, le acarició con timidez, pero poco a poco se fue mostrando atrevida bajo su dirección, provocando una mutua excitación tan exquisita que fue ella muy pronto quien suplicaba y complacía todos sus deseos, y hacía que cada parte de su febril cuerpo clamara porque la poseyera.

Hicieron el amor de una forma tan apasionada que lograron alcanzar alturas insospechadas de placer. Pero unida a este apasionamiento, había una increíble belleza, la alegría de dos espíritus en perfecta armonía.

Después durmieron con los cuerpos entrelazados e incluso al dormir, Alex la tenía abrazada en un gesto posesivo.

Samantha despertó al sentir el contacto de los labios que la recorrían y abrió los ojos para encontrarse con la mirada apasionada de su marido a pocos centímetros de ella.

—Buenos días —dijo él con suavidad.

Al verle, se sonrojó y le temblaron los labios, sin poder ocultar

lo indefensa que se sentía ante él.

—No tienes por qué ponerte así —le dijo él con voz dura.

Le dolía el cuerpo y a pesar de que estaba acostada en la cama, era consciente del esfuerzo físico realizado por sus demandas excesivas.

—Samantha…

Por un instante pensó que iba a obligarla a mirarle y no podía atreverse a desnudar su alma ante él.

Se movió hacia el borde de la cama, pensando que en cualquier momento la detendría, pero, por fortuna, la permitió escapar.

El baño la calmó y, después de secarse y maquillarse, regresó al dormitorio y descubrió que Alex también se había bañado y estaba terminando de vestirse.

Cruzó la habitación, cogió ropa interior limpia, un vestido y se arregló en pocos minutos.

—¿Desayunamos aquí o quieres salir?

Samantha dejó de cepillarse el pelo y respondió con voz tímida y temblorosa:

—¿Podemos salir?

Fueron a un pequeño café francés, especializado en desayunos continentales y lo tomaron fuera, en una de las mesas cubiertas con sombrillas de colores.

Alex le preguntó si quería pasear por el centro de la ciudad y recorrer después la costa y visitar Noosa y Caloundra o si prefería conocer dos parques muy importantes. Samantha decidió visitar Sea World y el Parque Andalucía, ya que lo primero implicaba encontrarse rodeados por una multitud de turistas y prefería estar a solas con él.

Después de un día agradable y tranquilo, regresaron al apartamento para cambiarse de ropa e irse a cenar a un restaurante cercano.

Samantha permitió durante la cena que Alex llenara varias veces su copa con un excelente vino blanco, lo que la hizo sentirse un poco mareada y la ayudó a calmar el dolor que recorría su cuerpo, invadiendo las profundidades del corazón.

—Vayámonos.

Samantha observó a Alex y no pudo evitar que en sus ojos se reflejara una ligera inquietud. Él la cogió del brazo y salieron del

restaurante, de vuelta al apartamento.

Una vez allí, ella se dirigió hacia el dormitorio, demasiado débil para encontrar una excusa para demorar lo inevitable. Oyó que Alex cerraba la puerta del apartamento y después apagaba las luces, dejando encendida sólo la pequeña lámpara que había junto a la cama.

Samantha se quedó de pie mirando las sábanas, muy cansada para comenzar a desnudarse.

La mano que sintió sobre su hombro le hizo experimentar una rara sensación y no protestó cuando la obligó a volverse para que le mirara.

—Estoy cansada.

—Y asustada —le dijo él en voz baja, haciéndola levantar la cabeza.

Con lentitud, él le bajó la cremallera del vestido y se lo quitó.

—No, por favor —le pidió con voz temblorosa.

—¿No, qué?—preguntó él riendo suavemente. A pesar de que lo intentaba, no podía hablar hasta que al fin logró emitir un leve susurro.

—No quiero hacer el amor, creo que no podré soportarlo.

—Entonces, dame un beso y te acostaré.

¿Podría confiar en él? pero ¿tenía importancia? Estaba cansada y no tenía ni la fuerza ni el deseo de oponérsele.

Despacio, irguió la cabeza y rozó sus labios con los de Alex. En ese instante, él volvió a besarla con suavidad e infinita ternura.

Dos lágrimas descendieron por las mejillas de Samantha y Alex dejó escapar una maldición, antes de hacerlas desaparecer con sus dedos.

Ella cerró los ojos y sintió que la cogía en brazos y la echaba en cama. La cubrió con las sábanas y ella hundió el rostro en la almohada sin darse cuenta de que Alex se había acercado a la ventana. Permaneció allí, contemplando la oscuridad, mucho rato y ella quedó dormida.

Su regreso a Sydney provocó un inesperado interés y Samantha observó, extrañada, que al llegar al aeropuerto, les hacían fotografías y los periodistas les acosaban haciéndoles preguntas sin

cesar.

—¿Cuál será su postura esta tarde, señor Nicolaos?

—Eso se sabrá en la junta.

—Pero ya tendrá un punto de vista definido ¿no es cierto?— insistió un periodista.

—No es conveniente que lo diga ahora —contestó Alex con voz tranquila, mientras cogía a Samantha del brazo y se dirigían a la salida.

—Sólo llevan casados unos días. ¿Ha interrumpido su luna de miel? ¿Qué piensa su mujer sobre este último acontecimiento?

—Saben que me niego a discutir mi vida privada con la prensa —respondió Alex cortante.

Entonces el periodista se volvió a Samantha.

—Señora Nicolaos, ¿con qué palabras podría usted describir a su marido?

¡Oh, Dios!, su instinto le advertía que, si fallaba, quedaría hecha trizas.

—Abrumador —le respondió, dirigiéndole una sonrisa encantadora.

Las luces de las cámaras la cegaron momentáneamente y, cuando lograron salir fuera, Spiros estaba esperándoles con el coche y con las maletas que llevaba Alex.

Unos minutos más tarde, el coche se alejaba del aeropuerto, internándose en la ciudad.

—¿Cómo estaba la costa? —preguntó Spiros.

—Tranquila —contestó Alex.

¿Era así como la consideraba? Samantha se las ingenió para ocultar sus pensamientos y se puso a mirar por la ventanilla.

La mansión de Point Piper no había cambiado y, poco después, cuando el coche se detuvo, Serafina abrió la puerta deseosa de darles la bienvenida.

Una vez adentro, el ama de llaves dijo que les había preparado algo de comer y se alejó hacia la cocina, mientras Spiros subía el equipaje.

Alex miró a su esposa un momento y le dijo:

—Tengo que hacer unas llamadas importantes. Pide a Serafina que me prepare un café.

«Ahora regresa a sus negocios», se dijo Samantha. Como esposa,

su lugar estaba en el dormitorio y siendo su compañera adecuada en los acontecimientos sociales.

Encogió los hombros, fingiendo indiferencia.

—Subiré a abrir las maletas.

Comieron algo y tan pronto terminaron, Alex, que durante toda la comida se había mostrado muy preocupado, le dijo que tendría que ir a la ciudad.

Cuando se fue y, viendo el mal tiempo que imperaba, Samantha decidió pasar la tarde escribiendo cartas. Tenía varias amistades a las que había prometido enviarles tarjetas postales en sus vacaciones.

¡Vacaciones! ¿Cómo podría explicarles que, en lugar de regresar al oeste, no sólo se quedaba allí, sino que, además, se había casado con un hombre que no conocía de nada? Comprendió que le costaría trabajo hacerles creer eso, pero se puso a intentarlo.

Se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta, levantó la cabeza y vio entrar a Serafina, con gesto preocupado.

—Ha habido un accidente… Alex —dijo jadeante e intentando hablar lo más rápido posible—. Spiros ya tiene el coche preparado.

Samantha sintió que un frío interno le recorría la espalda.

—¿Está herido?

Serafina movió la cabeza desconsolada.

—No puedo decírselo, lo ignoro.

—¿Cómo ha sucedido?

¡Oh, Dios! ¿estaría muriéndose?

—Spiros ha recibido una llamada telefónica hace unos instantes y no le han dado detalles. Lo siento.

—Iré a por mi abrigo —le dijo Samantha.

Subió a su habitación, se puso los zapatos y el abrigo, cogió un bolso y corrió hacia el coche que la esperaba.

# Capítulo 7

Al llegar al hospital de la ciudad, Samantha se estremeció mientras la conducían por un largo pasillo hasta la sala de espera. George se volvió cuando entró y se acercó a ella.

—Está en el quirófano y, por lo menos, queda todavía una hora antes de que sepamos si la operación ha tenido éxito.

—¿Qué ha sucedido?

Su voz parecía calmada, pero no era así. ¡En ese momento, ni siquiera sabía cómo se sentía!

Los rasgos de George se ensombrecieron por la ira.

—Un loco armado entró esta tarde en la sala de reuniones. Los testigos dicen que disparó al azar y dos balas hirieron a Alex —le informó George.

Samantha gimió en silencio.

—¿En dónde?

—En el hombro y el pecho.

De pronto, sintió la necesidad de sentarse.

—Están operándole dos de los mejores cirujanos de la ciudad. Me han asegurado que tiene posibilidades de salvarse.

—Dependerá de la gravedad de las heridas.

No se había dado cuenta de que había dicho esas palabras en voz alta, hasta que oyó a George que asentía.

La hora siguiente pareció transcurrir con desesperante lentitud. George la trajo café y Samantha bebió unos sorbos, sin percibir su sabor; charló con George, pero después, no pudo recordar lo que habían hablado. Perdió la cuenta de las veces que había mirado el reloj que estaba en la pared, frente a ella.

Siguieron pasando las horas y, cada vez que sonaba el teléfono o aparecía una enfermera, levantaba la mirada, ansiosa. Al fin se

abrieron las puertas del ascensor, salió un médico alto, vestido con ropa de operar y se dirigió hacia ellos.

Samantha vio que George se acercaba al hombre y se levantó, temerosa y expectante.

—El señor Nicolaos está en la sala de recuperación. Hemos logrado extraerle las dos balas. Una ha dañado el hueso de la parte superior del brazo, cerca del hombro. La otra entró en el pecho, formando un ángulo, pero, por fortuna, la lesión no ha sido tan grave como creíamos.

—Entonces, ¿está fuera de peligro? —preguntó George. El médico asintió con la cabeza.

—Necesita recuperarse de la operación, pero puedo asegurarles que, después de una temporada de convalecencia, no le quedarán secuelas.

Luego se detuvo, mirando primero a Samantha y después a George.

—Como medida preventiva, esta noche el señor Nicolaos se quedará en la sala de cuidados intensivos.

—¿Podemos verle?

—¿Esta noche? —preguntó el cirujano, frunciendo el ceño—. Le mantendremos dormido con sedantes y dudo mucho de que se dé cuenta de su presencia. Si insisten, haré los arreglos necesarios para que la enfermera les permita pasar unos minutos. ¿Les parece bien a las ocho?

George le dio las gracias, pero Samantha parecía haber perdido el habla y no protestó cuando George la llevó hasta el ascensor y después al coche.

Lo arrancó y salieron del aparcamiento del hospital.

—Iremos a Double Bay —comentó George—. Allí podremos comer algo.

Pasaron varios minutos antes de que se diera cuenta de que se refería al restaurante de la familia y después, apenas probó bocado, sin siquiera saber qué era lo que se llevaba a la boca.

George hizo varias llamadas telefónicas. Ella no supo con quién había hablado, aunque resultaba obvio que su madre y Anna estarían esperando las noticias. Llamó también a Spiros.

Eran las ocho en punto cuando siguieron a la enfermera que los llevó hasta la habitación donde estaba Alex.

Por un momento, los horrorizados ojos de Samantha no pudieron relacionar al hombre que vio, extrañamente tranquilo y lleno de tubos y cables por todas partes, con su marido. Parecía tan inmóvil, sus rasgos pálidos y sin expresión… casi sin vida.

Era como si se tratara de otra persona, pensó aturdida, mientras salía de la habitación del brazo de George.

—Hablaré con los médicos mañana a primera hora y después te llamaré por teléfono, ¿te parece bien, Samantha?

La preocupación que sentía por ella, casi la hizo llorar y no pudo contestarle.

—Ya oíste al cirujano —continuó George—. No debemos preocuparnos. Mañana, Alex ya se habrá recuperado de los efectos de la anestesia.

Calló unos instantes y luego comentó bromeando:

—Conociendo a mi hermano, como le conozco, pronto se convertirá en el paciente más insoportable que haya tenido este hospital en mucho tiempo. Estarán tan ansiosos por librarse de él, que harán todo lo posible porque se recupere.

Ella permaneció mirando con fijeza por la ventanilla, observando la lluvia de otoño, interrumpida por ráfagas de aire que soplaban a ratos.

—¿Han detenido al que le disparó?

—Sí.

El coche cruzó la verja de la entrada de la casa de Alex y se detuvo ante la puerta principal.

Samantha se volvió hacia George y le preguntó:

—¿Por qué lo hizo?

Él pareció vacilar y contestó:

—¿Quien sabe? Pueden existir muchos motivos: en este momento Alex está mezclado en varios asuntos conflictivos. No tengo duda alguna de que se descubrirán sus causas.

Samantha se estremeció sin darse cuenta. El poder siempre estaba presente en los asuntos de los hermanos Nicolaos. Sus grandes negocios aumentaban.

—Gracias por tu apoyo —le dijo con sinceridad, sonriéndole débilmente al abrirle la puerta del coche—. Llámame mañana por la mañana, buenas noches.

Una vez dentro, le contó a la preocupada Serafina lo que sabía y,

rechazando su ofrecimiento para prepararle algo de comer, subió por la escalera.

El dormitorio parecía ser el mismo de siempre, pero le resultaba difícil reconocerlo sin la presencia de Alex.

Avanzó hasta la cama y retiró la colcha, dirigiéndose después al baño. Se sentía inexplicablemente triste, pero, en ese instante, no quería pensar en lo que eso implicaba. Una ducha tibia la ayudaría a disipar parte de la tensión que la agobiaba y así, lograría dormir. Al menos, eso esperaba.

Diez minutos más tarde, se deslizó entre las sábanas de la cama y apagó la luz, deseando que le llegara pronto el sueño para que desvaneciera el torbellino de emociones que experimentaba.

Sentía vacío el espacio que ocupaba Alex en la cama, como si éste se burlara de su soledad. Se cambió de posición varias veces, pero todo fue igual. ¿Qué era lo que le sucedía? No podía ser sólo la conmoción que le había producido el atentado contra Alex. Cansada de dar vueltas se levantó; cogió una bata y se la puso. Quizá, si tomaba leche caliente, podría calmarse; el café sólo la mantendría despierta, se dijo mientras bajaba a la cocina. Encontró un recipiente para calentar la leche y lo colocó sobre el fogón.

Miró su reloj de pulsera y se dio cuenta de que casi era la una de la mañana. Cuando la leche estuvo caliente, la bebió a pequeños sorbos.

No tenía sueño y, con un suspiro, se dirigió al salón, cogió una revista, y se puso a hojearla en uno de los sillones.

—¡Señora Nicolaos! ¡Samantha!

Sintió una voz lejana que pronunciaba su nombre y que una mano la sacudía con suavidad. Abrió los ojos y vio a Serafina, inclinada sobre ella.

—Oh, cielos —murmuró, intentando incorporarse—. ¿Qué hora es?

—Las siete y cuarto y el señor George la llama por teléfono —dijo el ama de llaves.

Samantha se puso inmediatamente de pie.

—Gracias, Serafina —dijo dirigiéndose al teléfono y descolgando el auricular—. Hola, George, ¿cómo está Alex?

—Le han llevado a una habitación privada; me ha asegurado que había pasado la noche bastante bien.

—¿Has hablado con él? —le preguntó con incredulidad.

—Tiene un teléfono junto a la cama. Justo en el momento en que yo colgaba el teléfono, después de preguntar al médico por su estado, lo oí sonar y era el propio Alex quien llamaba.

Samantha sonrió con ironía. Hacían falta muchas balas para mantener inmovilizado por mucho tiempo a un hombre como Alex.

—¿Te han dicho en el hospital cuándo puede recibir visitas?

—Alex me ha dicho que fuera a por ti a la una.

—Gracias —contestó agradecida—. Estaré lista.

Subió al dormitorio, se duchó y se cambió de ropa, antes de regresar a la cocina para desayunar.

Habló un momento con Sophie y volvió a la habitación para recoger algunas cosas que podría necesitar Alex. ¿Pijamas? Nunca usaba, pero, con toda seguridad, debería tener alguno. No encontró ninguno y, después de vacilar unos instantes, pidió a Spiros que la llevara al centro comercial cercano, y treinta minutos más tarde se bajaba del coche en Double Bay.

Era agradable recorrer las tiendas, aunque el tener junto a ella a Spiros la inhibía un poco y evitó perder mucho tiempo haciendo las compras, a pesar de que él insistió en que estaba allí sólo para ayudarla.

Samantha pensó que también para protegerla, sin descartar la posibilidad de que Alex hubiera dado instrucciones de que no la permitieran salir sola. ¿Era una medida de seguridad o sólo una precaución, por si decidía escapar?

George llegó puntual y, sin poder disimularlo, sus ojos destallaron de admiración, al observar a Samantha bajando por la escalera para recibirle.

Vestida con una ajustada falda gris y una blusa de seda gris clara a juego, botas negras de ante y un foulard, tenía un aspecto informal pero elegante, y sus movimientos poseían una elegancia natural. Llevaba un abrigo en el brazo y al llegar al pie de la escalera, George la ayudó a ponérselo, saliendo juntos hacia el coche.

—Estás encantadora.

Samantha le miró al tiempo que se alejaban de la casa en el coche y sonrió.

—¡Gracias, eres magnífico para levantar la moral!

—¿Nerviosa?

Su mirada era muy penetrante y Samantha apartó los ojos de él, tratando de dar un tono de indiferencia a su voz.

—Un poco —reconoció—. Será un alivio ver a Alex. Anoche parecía tan…

Buscó la palabra adecuada para describirle y no la encontró.

—¿Indefenso? —terminó George por ella y Samantha asintió en silencio—. No creo que le guste saber que piensas eso de él.

A Samantha el hospital le pareció impresionante por sus dimensiones y cuando entró, se dirigió hacia el ascensor al lado de George. En esa ocasión, llegaron a un piso distinto y sintió un extraño nerviosismo al entrar en la habitación de Alex.

Estaba sentado en la cama, reclinado sobre varias almohadas, con el aspecto de un enfermo dominante que no se parecía en nada al hombre pálido y aturdido por los sedantes que había visto dieciséis horas antes.

Aún tenía una botella de suero conectada a la vena y el brazo izquierdo y el hombro vendados.

Consciente de la presencia de George, ella se acercó a la cama e, inclinándose, le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás? —le preguntó a Alex.

Sus ojos oscuros se clavaron en Samantha, quien, temblorosa, logró sonreír.

—Nos has dado un susto terrible —añadió después de una pausa.

—Ya lo imagino —el tono de cinismo en su voz, la hizo sonrojar.

—Todos hemos estado muy preocupados —añadió George, mirando, extrañado, a su hermano.

—Te he traído algunas cosas —intervino Samantha en voz baja, mientras guardaba en el armario lo que había llevado.

—Mi querida Samantha —murmuró divertido—. ¿Algún pijama?

—Los necesitarás cuando empieces a levantarte.

Si había intentado avergonzarla, lo había logrado.

—¡Qué esposa tan atenta! —exclamó burlándose. Pero decidida a no dejarse dominar, ella respondió:

—¿Deseas alguna otra cosa? Puedo traértela esta noche.

—Creo que ya lo tengo todo —respondió con ironía. Ella apartó la mirada, alegrándose cuando George empezó a hablar con él de

asuntos de negocios.

No se quedaron mucho tiempo y se sintió aliviada al salir.

—En ocasiones, se comporta como un desalmado.

Samantha miró a George, sin saber qué hacer: si aceptar su comentario o quedarse callada.

—Imagino que tiene muchos dolores —dijo al fin, recibiendo una mirada irónica.

—Te avasallará si se lo permites.

—No pienso permitírselo.

—Eres exactamente lo que necesita mi hermano —rió su cuñado.

—¿Alguien que se le enfrente?

—Sí, pero ten cuidado, puede hacerte daño.

Ya no tenía por qué temer eso, pero prefirió no decírselo.

La visita esa noche resultó un poco mejor, esta vez la acompañó Spiros, quien esperó en el pasillo después de preguntar por la salud de su jefe. Alex parecía cansado y en su rostro se dibujaba el dolor.

—¿Estás muy molesto? —preguntó Samantha.

—¿Te importa?

Le miró asombrada y después comentó:

—Buscaré a la enfermera. Ella te dará algo para el dolor.

—Lo hacen cada veinticuatro horas.

—Estás actuando como un gruñón.

—¿De verdad? ¿Quieres ponerte en mi lugar?

Ella contuvo una cortante respuesta y le dijo con calma:

—Los hombres sois unos pacientes terribles.

—¿Eres una experta? —preguntó él con cinismo.

Samantha se levantó súbitamente.

—Creo que ya es hora de irme, te veré mañana.

—¿Una visita tan corta? Spiros se molestará.

—Anna llegará pronto —replicó, controlándose—. Vendrá con George y, en este momento, quizá no sea aconsejable que recibas muchos visitantes.

—¿No vas a darme un beso?

—Creo que no te lo mereces.

—Oh, Samantha —la regañó—. ¿Te cuesta tanto trabajo?

Sin decir una palabra, llegó hasta la cama e, inclinándose le dio un beso en la mejilla. Sin embargo, él se volvió y le besó los labios al tiempo que la sujetaba por la nuca, obligándola a permanecer así

mientras su beso se hacía más profundo.

La sorpresa la dejó inmóvil y también el temor de que, si luchaba por liberarse, podría hacerle daño. Después la soltó y, haciendo un esfuerzo para que no viera en sus ojos el dolor que sentía, Samantha dio la vuelta y salió de la habitación, sin volverse a mirarle.

Alex ya llevaba tres semanas en el hospital y Samantha siguió visitándole todos los días, alternando las tardes y las noches con George y Anna para que siempre hubiera un miembro de la familia presente. Después de los primeros días, recibió muchas más visitas, hombres con los que estaba asociado en los negocios y mujeres cuya relación con Alex le pareció bastante discutible.

Samantha trató de convencerse de que no le importaba que fueran a verle otras mujeres, pero fueron varias, todas ellas muy atractivas. En comparación con ellas, Samantha se sentía joven y sin gracia.

Alex parecía disfrutar molestándola, aunque nadie se daba cuenta de ello. Cada vez que la miraba, le sonreía con afecto, sin embargo, podía ver la dureza de su mirada y hubo ocasiones en que sus besos fueron deliberadamente crueles.

Una tarde, días antes de que le dieran de alta, la acompañó George y llegaron con retraso debido a que se les pinchó una rueda del coche.

Que el coche, del que su cuñado estaba tan orgulloso, tuviera un problema tan vulgar era algo que él no podía comprender y Samantha se burló sin misericordia.

Aún iba riendo ella cuando entraron en la habitación de Alex y quedó sin aliento al ver la mirada airada de éste. Inmediatamente cambió su expresión y George explicó por qué se habían retrasado. No ayudó en nada que Lana, la más hermosa visitante de Alex, se encontrara sentada en una silla junto a la cama, ya que sus hirientes indirectas hicieron que Samantha se pusiera furiosa.

—Vamos, querida —la amonestó Lana, sonriendo con dulzura—, debe permitir que la lleve a una de mis tiendas favoritas.

Recorrió de arriba abajo con la mirada a Samantha y luego se volvió hacia Alex.

—¿No estás de acuerdo?

Alex parecía aburrido y sonrió con cinismo.

—No me he casado con Samantha por su gusto en el vestir.

¿Por qué se había puesto ropa tan informal esa noche? Sin embargo, trató de mantener la serenidad y sonrió a Alex con dulzura.

—Espero que estará de acuerdo con que la ropa sólo sirve para cubrir los… atributos naturales.

Más que oírla, casi adivinó la risa de George y, cuando le miró, notó en sus ojos una expresión de malicia.

Lana se levantó despacio y, dirigiéndose hacia la cama, se inclinó para darle un prolongado beso a Alex.

—Tengo que irme —murmuró con aparente disgusto—. Cuídate, querido, tenemos que vernos cuando te sientas bien —Después se irguió y se volvió hacia George— Eres muy gentil al cuidar de Samantha; estoy segura de que Alex te lo agradece mucho.

—Te acompañaré, Lana—sugirió George—. ¿No crees que Alex merece estar solo con su esposa? —comentó mirando a Samantha y sonriéndola con afecto—. Te espero junto al ascensor.

El silencio pareció extenderse de forma interminable y tensa por la habitación.

—Es hermosa —dijo al fin.

—Cierto —asintió Alex con sarcasmo y Samantha buscó su mirada.

—Y muy elegante.

—Lo que no eres tú, ¿no es cierto?

Esas palabras la hirieron e intentó disimularlo., encogiéndose de hombros.

—Resulta obvio.

—Lana es una mariposa de sociedad que sólo desea tener a su lado a un hombre disponible.

—Y el matrimonio te ha puesto fuera de su alcance —agregó ella con desdén—. ¿O no?

—Ven aquí y repite eso.

—No.

—¿Estás celosa, Samantha?

—Para eso tendrías que…

—¿Gustarte? ¿O acaso sientes algo más profundo?

Contempló fijamente los ojos de su marido.

—¡Eres despreciable!

—George es mucho más agradable, ¿verdad?

—Al menos, es sincero —reconoció Samantha—, cualidad que tú no posees.

—Para ti soy un tirano sin sentimientos —sugirió con sarcasmo.

—Eres Alex Nicolaos —replicó Samantha con amargura. Él arqueó una ceja.

—Lo dices como si me consideraras el propio Lucifer. —¿El demonio? Quizá lo era— ¿No vas a ser una buena esposa y a preguntarme cómo me siento? —preguntó Alex con burla.

—George, Anna y yo nos turnamos para llamar al hospital todas las mañanas —aclaró con tranquilidad—. El que lo hace avisa a los demás. Los médicos piensan que te has recuperado con mucha rapidez y que has tenido mucha suerte. El daño del brazo pudo ser más grave si la bala hubiera afectado la articulación del hombro. Sin embargo, sólo te dolerá durante algún tiempo.

—Sin duda estás desencantada —replicó Alex, arrastrando las palabras. Al ver su mirada llena de incertidumbre, añadió— Si una de esas balas me hubiera matado, se habrían resuelto todos tus problemas.

El dolor que sintió la dejó enmudecida por un momento.

—Lo que dices es terrible —le reprochó estremeciéndose.

—Pero de cualquier forma es cierto.

Sabía que debía abandonar la habitación, alejarse de él para no perder el control, sin embargo, al intentar darse la vuelta, él extendió una mano y la asió por la muñeca, haciéndole daño cuando intentó liberarse.

—¡Suéltame!

Los ojos de Samantha lanzaban chispas de furia, mientras él la atraía hacia la cama.

—¡Cuánta indignación! —exclamó Alex al tiempo que se inclinaba hacia ella—. ¿Puedo abrigar la esperanza de que me prefieras vivo, después de todo?

—Déjame tranquila, Alex —le suplicó.

En el instante en que abría la boca para protestar, él se lo impidió y, sin poder remediarlo, sintió la profunda emoción que le producía su beso.

Cuando él apartó la cabeza, estaba pálida y temblorosa y tuvo que mantener la mirada fija en el suelo para que Alex no pudiera ver las lágrimas que estaban a punto de brotar de sus ojos.

—El recuerdo de lo que siento al tenerte en mis brazos me está volviendo loco —murmuró él.

Sin decir palabra, Samantha se dirigió hacia la puerta, sin vacilar un solo instante cuando le oyó llamarla y, después, maldecirla.

George la vio salir de la habitación y cuando llegó donde estaba él, el ascensor les esperaba con las puertas abiertas. Al empezar a descender, Samantha pudo relajarse, consciente de la mirada de George fija en ella.

—¿Qué diablos ha sucedido? —le preguntó él. La joven cerró los ojos por un momento.

—Nada.

La maldición que él dejó escapar, no fue menos violenta que la de su hermano.

—Eso significa que no me lo vas a decir.

Habían llegado al coche y cuando George abrió la puerta, ella se dejó caer en el asiento.

—¿Samantha?

—Por favor, llévame a casa.

—Voy a sacarle los ojos —murmuró, mientras la miraba de reojo cuando conducía en dirección a la casa.

Llegaron diez minutos después y Samantha bajó del coche.

—Gracias por traerme —dijo cerrando la puerta y dirigiéndose hacia la entrada.

Una vez dentro, fue al salón y cuando Serafina le trajo una taza de café, cogió una botella de brandy y añadió una pequeña cantidad, confiando que eso la ayudaría a calmar los nervios. Estaba tan furiosa que quería gritar.

¡Dios! ¡No podría seguir así! Sin embargo, ¿qué otra alternativa tenía? ¿Irse? Sintió deseos de reír; podría hacerlo, pero ¿cuánto tiempo tardaría Alex en encontrarla? Además, ya sabía cuáles serían las consecuencias.

Sonó el intercomunicador y se levantó para contestar.

—¿Sí?

—El señor George la llama por teléfono —informó Spiros—. ¿La

pongo con él?

—Dile que estoy ocupada. Le llamaré más tarde.

Encendió el televisor y fue cambiando de canales. Dos de ellos ponían programas para niños, otro un documental y se acurrucó en el sofá, con poco entusiasmo.

Media hora más tarde, Serafina le dijo que Alex la llamaba por teléfono y Samantha experimentó esa extraña sensación a la que ya estaba acostumbrada.

—Que te dé el mensaje —respondió sin interés. Dándose cuenta de la sorpresa de la mujer, añadió con una ligera sonrisa— Tal vez quiere que le lleve algo esta noche.

Unos minutos más tarde, regresó el ama de llaves.

—El señor Alex insiste en hablarle.

—No, puedes decirle que me niego a contestar.

—¿Cree que eso es sensato? —le preguntó Serafina.

Samantha hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Hemos tenido una… diferencia de opiniones —informó, cortante—. Puedes darle la excusa que quieras, que estoy bañándome… cualquier cosa. También puedes decirle la verdad, no me importa.

Serafina se dio la vuelta y salió.

Maldito Alex, maldito sea, se dijo Samantha irritada, haciendo un esfuerzo por mantener la atención fija en la pantalla.

Media hora después, se levantó y apagó el aparato, subió a su habitación para cambiarse y bajar a cenar, aunque, la verdad, no tenía apetito. Sin embargo, tomó la sopa y unos pequeños trozos de carne de ternera, aunque rechazó el postre.

La silenciosa desaprobación de Serafina no la ayudaba en nada y a las siete, Samantha regresó al salón para ver la televisión. Una hora más tarde ya no pudo soportar la tensión que la consumía, se dirigió al teléfono y marcó el número antes de cambiar de opinión.

La operadora del hospital pasó la llamada, pero no contesto nadie.

—Lo intentaré de nuevo.

No obtuvo respuesta y Samantha aceptó esperar cuando la joven se ofreció a averiguar qué sucedía. Pareció transcurrir una eternidad antes de oírla hablar de nuevo.

—El señor Nicolaos se ha marchado.

¿Marcharse? ¡Era imposible! Se suponía que le iban a dar de alta el martes.

Hubo un breve silencio y después la operadora respondió:

—Tengo entendido que el señor Nicolaos ha presionado para que le dieran de alta de inmediato.

¡Oh, Dios! Con toda seguridad, en ese momento estaba de vuelta a casa.

—¿A qué hora se ha ido?

—Hace media hora.

Antes de colgar, Samantha le dio las gracias con un susurro.

¿Por qué? ¿Sería por lo de esa tarde? ¿O porque se había negado a contestar a su llamada? Imposible, era ridículo.

Las voces de Serafina, Spiros, George y Alex la volvieron a la realidad. Por un momento dudó; después, reuniendo todo el valor que pudo, cruzó el salón, y al acercarse a la puerta, ésta se abrió, apareciendo su marido.

Le contempló y le dijo, nerviosa:

—Hace un minuto he llamado al hospital y me han dicho que te habías ido.

—¿De verdad?

—¿No te parece una tontería salir antes de tiempo?

Alex la miró fijamente.

—¿Por qué no contestaste cuando te llamé?

Samantha comprendió que su única salida era la sinceridad y levantó la cabeza, desafiante.

—Porque dudaba que pudiera hablar contigo como una persona civilizada.

—Tienes un buen aliado en George —comentó Alex con cinismo —. Me ha dicho con gran claridad, lo que opina de mí. También me ha comentado que habías estado llorando.

—¡Eran lágrimas de autocompasión, por tener que soportarte!

Los ojos de Alex brillaron con repentino humor y de nuevo se oscurecieron, volviéndose impenetrables.

—Nunca lo he dudado.

Ante la tensión que flotaba en el ambiente, Samantha sintió la necesidad de decir algo, cualquier cosa que rompiera el silencio.

—¿No deberías sentarte? Quizá deberías acostarte. Diré a Serafina que te prepare una de las habitaciones de huéspedes.

—No soy un inválido.
—Pensaba que George venía contigo —le dijo.
—No ha querido quedarse —sonrió Alex con malicia.
Cuando Alex se encontraba de mal humor, podía ser insoportable y estaba segura de que George no lo era menos. En una batalla entre ellos, sería difícil elegir un ganador.
—Haré que Serafina te traiga café.
—No, eso sólo lograría mantenerme despierto.
Al mirarle, observó la tensión en su rostro y vio sus duros rasgos más pálidos que de costumbre. Tenía el brazo izquierdo escayolado y la chaqueta le colgaba suelta sobre el hombro.
—Deberías subir a descansar —sugirió Samantha, preocupada.
—¿Vas a llevarme a la cama para jugar a ser mi enfermera?
¡Se estaba divirtiendo, maldito!
—Seré yo, Serafina o Spiros. Decídete.
—Tú, Samantha —se burló Alex—. Nadie más puede serlo.
—Entonces ya puedes marcharte —ordenó, sintiendo cómo se aceleraban los latidos de su corazón—. Has estado de pie durante los últimos diez minutos y si te desvaneces, no sé cómo voy a poder levantarte.
En el dormitorio, Alex se quitó la chaqueta y se desabrochó la camisa. Cuando puso la mano en el tinturon, ella apartó la mirada.
—Tendrás que ayudarme.
—Sí, por supuesto —accedió, acercándose mientras él se sentaba en la cama.
Se inclinó para quitarle los zapatos, los calcetines y los pantalones.
—¿Quieres más almohadas?
—Una, puedes traérmela mientras voy al baño.
Cuando volvió con ella, Alex ya estaba acostado sobre la cama.
—¿Quieres algo que te ayude a dormir? —le preguntó.
—Dos pastillas para el dolor, están en ese frasco.
Le trajo las pastillas y un vaso de agua.
—¿Algo más?
—Tú.
Le miró con los ojos muy abiertos.
—No puedes hablar en serio —susurró, temblorosa.
—Quizá no —dijo él sonriendo.

Necesitó mucho valor para mirarle a los ojos, pero lo hizo.

—Si ya tienes todo lo que necesitas, me acostaré.

—¿En dónde piensas que vas a dormir? —preguntó, con tono suave y ella le miró el brazo herido.

—En la habitación del otro lado del pasillo; dejaré las dos puertas abiertas por si acaso me llamas.

—¡Ni lo pienses!

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído —replicó con peligrosa suavidad—. La cama es lo suficientemente grande para los dos.

—¿Qué me dices de tu brazo?

—Es el brazo izquierdo, por lo tanto, usaré el lado izquierdo de la cama —contestó burlándose y encogiendo los hombros.

Samantha se dirigió al baño. Una ducha la ayudó a recuperar el control y tardó bastante rato deliberadamente, confiando en que cuando regresara, Alex ya estaría dormido.

Samantha entró en el dormitorio sin hacer ruido y se metió en la cama. Él había vuelto a mover las almohadas para estar más cómodo y yacía inmóvil, con los ojos cerrados.

Cuando extendió la mano para apagar la luz, Alex abrió los ojos y sonrió, con un gesto extrañamente afectuoso que suavizó los duros rasgos de su cara.

Despacio, levantó la mano derecha y le acarició el pelo, tirando un poco de él para obligarla a acercarse.

—Alex…

—Hueles muy bien —murmuró—. Quisiera probar cada centímetro de tu cuerpo.

Se encontraba tan cerca de él que se puso nerviosa. Deseaba que terminara en ese instante con aquella descarada seducción, antes de que fuera demasiado tarde.

—Debes dormir —le amonestó ella, tratando de escapar sin mucho éxito. Permanecer allí en esa situación era una locura.

Se dibujó una sarcástica sonrisa en los labios de Alex.

—De acuerdo, pero antes… quiero besarte.

Por unos segundos, trató de resistirse, sin embargo, cuando él la soltó se sintió invadida por una inexplicable tristeza. No podía apartar los ojos de Alex y sin pensarlo, se pasó la punta de la lengua por el labio inferior.

Los ojos de él se entrecerraron y cuando Samantha inclinó la cabeza y le dio un beso, le sintió respirar con fuerza.

—¿Qué es esto? ¿Una invitación?

Una expresión de dolor nubló su mirada y se estremeció mientras intentaba separarse de él.

—Por todos los cielos, no te pongas así —gruñó Alex con voz ronca, lanzando un juramento al ver las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos—. Ven aquí, pequeña tonta.

La obligó a bajar la cabeza, besándola apasionadamente.

—Ahora acuéstate y duerme, si es que puedes —añadió con ironía.

Samantha le contempló con los ojos resplandecientes al ver la intensidad de la emoción de aquella mirada oscura y melancólica. Apagó la luz y se volvió en la cama para conciliar el sueño.

# Capítulo 8

Alex tuvo una corta convalecencia. Unos días después de salir del hospital se puso de nuevo al frente de sus negocios y, a pesar de los consejos de los médicos, comenzó a encerrarse en el estudio durante varias horas todos los días.

Rebecca se convirtió en una visitante asidua de la casa, llegando cada mañana antes de las nueve para recoger las cintas del dictado. Al principio, sus visitas eran breves, pero al acercarse el fin de semana, trataba de encontrar motivos para prolongar su estancia. Samantha sintió que eso la molestaba. Tanto, que el viernes por la mañana, a la hora del desayuno, le dijo a Alex:

—¿No es mejor que Spiros deje las cintas en la oficina todos los días?

Él terminó de tomarse el café y dejó la taza sobre el plato.

—Podría hacerlo, sin embargo, Rebecca pasa por aquí todas las mañanas cuando se dirige a la oficina. Le resulta más sencillo —la dijo con fingida inocencia—. ¿Por qué, Samantha?

¡Porque se le hace agua la boca cada vez que te mira!, quiso gritar. Por supuesto, no lo hizo y en su lugar sugirió con fingida tranquilidad:

—¿Puedo ayudarte de alguna manera?

Él sonrió.

—Ya lo estás haciendo —murmuró con voz suave. El significado de sus palabras era muy evidente, por lo que sus ojos lanzaron destellos de indignación.

—Cada una para una cosa distinta, ¿no es cierto, Alex?

—Nunca ha existido la menor duda sobre tu papel en particular.

—No —le dijo con frialdad, odiando su cinismo.

—Sírveme otra taza de café y compórtate como una buena chica.

Rebecca llegará pronto.

—¡Sírvetela tú! —dijo levantándose, indignada—.¡No eres un invalido!.

Si no salía pronto de ese lugar, perdería los estribos.

—Vaya, vaya —comentó Alex arrastrando las palabras—. ¡Esta mañana te has convertido en una furia! Me pregunto por qué.

No se atrevió a decirle la verdad; aún no quería confesarle nada, por lo menos hasta que hubiera consultado a un médico y aun cuando éste lo confirmara, se aseguraría que Alex fuera el último en saberlo.

—Porque no haces caso de lo que te dice el médico —dijo contestando lo primero que le vino a la mente—. Tienes un equipo de personas que deberían ser lo bastante hábiles para hacer frente a los problemas en tu ausencia, y sin embargo, te esfuerzas sin descanso, insistiendo en hacerlo todo personalmente. ¡Es ridículo!

—¡Qué mujer tan considerada! —comentó, sarcástico—. No puedo creer que le des tanta importancia a mi bienestar.

—Todos están preocupados —replicó, indignada—. Spiros, Serafina, Anna, George…

—Ah, sí, George. Pareces compartir una afinidad natural con mi hermano —le dijo con sequedad.

—Es un hombre muy agradable —respondió Samantha.

—Y yo no, ¿verdad?

No era posible describirle como un hombre desagradable, se dijo con ironía. Alex era muy poderoso e impresionante para resultar tan sólo agradable. Provocaba emociones extremas, algunas de las cuales no eran nada envidiables.

En ese momento, llamaron a la puerta y entró Spiros.

—La señorita Rebecca Collins acaba de llegar. ¿La llevo al estudio? —le preguntó a Alex.

—Sí. Y por favor, pídele a Serafina que nos sirva café.

—¿Para dos?

Alex hizo un breve movimiento afirmativo con la cabeza y se levantó.

Cogió a Samantha de la muñeca y ella no tuvo otra alternativa más que acompañarle.

Se detuvieron ante la puerta abierta del estudio y ella se dio cuenta de sus intenciones cuando fue demasiado tarde. Su beso fue

cruel y posesivo y si lo que pretendía era humillarla, lo había logrado. Sintió un deseo irrefrenable de vengarse, pero, frente a la intrigada mirada de Rebecca, era poco lo que podía hacer. Samantha no tuvo más remedio que sonreír y, acariciando la barbilla de Alex, le dijo:

—No trabajes mucho, querido. Voy a llamar a Sophie para pedirle que me acompañe a la ciudad. Hoy tengo deseos de volverme loca comprando. No te importa, ¿verdad?

—De ninguna manera. Te puede llevar Spiros —dijo cogiéndole la mano, y besándosela—. Siempre y cuando él regrese a las diez y media; tengo que estar en la sesión de fisioterapia a las once.

—Por supuesto.

Sintió que se le aceleraba el pulso y no dudó que él se había dado cuenta. ¿Cómo era posible que no lo supiera si le estaba acariciando el brazo de forma tan deliberada? Tragó saliva con dificultad y después le dijo, fingiendo tranquilidad:

—Cogeré un taxi para volver a casa cuando termine.

Sus ojos se siguieron burlando de ella en silencio.

—¿No habrás olvidado que esta noche vamos a cenar con mi madre?

—No —respondió, intentando rescatar su mano.

Pero Alex la detuvo e hizo un gran esfuerzo para no lanzar un gemido de placer cuando él le mordió la palma de la mano en una sensual caricia que la hizo enfurecer.

—Que disfrutes del día —le dijo al despedirse.

Ella subió corriendo por la escalera, ansiosa por alejarse de su marido.

Cuando llamó a Sophie, ésta le dijo que ya tenía planes para ese día, pero estaba decidida a no permanecer encerrada en casa y, como no le importaba ir sola a la ciudad, avisó por el intercomunicador a Spiros para que tuviera listo el coche en media hora.

Samantha utilizó la tarjeta de crédito de Alex sin recelo. En realidad, como venganza resultaba muy poco importante, pues dudaba que las compras que había hecho provocaran la menor inquietud en él, cuando recibiera las cuentas.

—¿Samantha, qué haces aquí?

Se dio la vuelta al oír esa profunda voz masculina y sonrió con

agrado al ver el rostro de George.

—He venido de compras —le dijo enseñándole la gran cantidad de bolsas que llevaba en cada mano.

—¿Sola?

—Le pedí a Sophie que me acompañara, pero no pudo —explicó, encogiéndose de hombros—. Sin embargo, decidí venir aunque no me acompañara nadie.

La sonrisa de su cuñado se acentuó cuando la hizo apartarse en la acera para permitir el paso a un grupo de peatones.

—¿Cómo está mi querido hermano?

—En lugar de descansar, está trabajando —respondió haciendo una mueca de disgusto.

—Aún te resulta imposible dominarle, ¿no es cierto? —el brillo en sus ojos hizo que le resultara difícil no reír—. ¿Ya has comido?

Samantha hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, iba a buscar en este momento una cafetería.

—Come conmigo —sugirió él—. Conozco un pequeño restaurante cerca de aquí, donde la comida es excelente.

¿Qué había de malo en comer con su cuñado?

—Me encantaría —aceptó agradecida.

El restaurante era mucho mejor de lo que había esperado. Después de la comida pidió un vaso de agua mineral en vez de tomar café solo como George.

—¿A dónde vas ahora? —le preguntó, mientras Samantha dejaba el vaso sobre la mesa.

—A ningún lugar en especial —contestó con sinceridad—. Pensaba ver algunos escaparates y después coger un taxi para regresar a casa.

—¿Lo de hoy ha sido una pequeña huida?

Era muy perspicaz y, sonriendo, ella arrugó la nariz.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Conozco bien a Alex. En estos momentos debe estar comportándose como un oso encadenado.

—¡George! ¡Qué sorpresa verte aquí!

Samantha observó cómo él fruncía el ceño antes de levantarse y sintió un extraño presentimiento al volverse para ver quién era la persona que había hablado.

—Lana —George la saludó e hizo un gesto hacia Samantha—.

¿Ya conoces a la mujer de Alex?

—Sí, por supuesto, querido. Nos conocimos en el hospital, ¿recuerdas? —comentó recorriéndoles a ambos con la mirada, sin disimular su curiosidad—. Nunca pensé encontraros juntos.

—En realidad, estábamos comiendo —aclaró Samantha, mientras se ponía de pie—. ¿Me disculpáis?, debo irme.

Luego se volvió hacia George:

—Gracias por compadecerte de mí, Alex te lo agradecerá.

—Yo también tengo que irme —le dijo George, mirando el reloj de pulsera y Lana dejó escapar un gemido de protesta.

—Acabo de llegar, ¿no tienes tiempo para compartir una copa conmigo antes de irte?

—En otra ocasión —contestó él cortante.

Sin decir nada más, pagó la cuenta y salió con Samantha.

—¿Estás segura de que no vas a tener problemas? —le preguntó al detenerse en la acera.

Ella le miró, sorprendida por la pregunta.

—Por supuesto.

—Nos veremos esta noche. Voy a cenar yo también a casa de mi madre.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando consiguió un taxi.

Estuvo dos horas escogiendo un vestido y zapatos que hicieran juego, aunque se sentía contenta con lo que había conseguido. También se compró un perfume de una exquisita fragancia y se sintió complacida por la forma en que había pasado el día.

Encontrarse con George había sido una agradable sorpresa, aunque no podía decir lo mismo respecto a Lana.

Tan pronto como se detuvo el taxi frente a la puerta, Spiros salió para ayudarla, cogiendo la mayor parte de los paquetes mientras ella pagaba al conductor.

—¿En dónde está Alex? —le preguntó.

—Creo que está arriba. Haré que Serafina suba estas bolsas.

Samantha miró los paquetes, tratando de recordar qué contenían.

—No hay prisa, Spiros, sólo necesito algunas cosas.

Buscó con rapidez la bolsa en la que estaban los zapatos, el vestido y el perfume y dijo:

—Me llevaré esto, lo demás se puede quedar aquí hasta mañana.

Una vez arriba, entró en el dormitorio y sacó el vestido, colgándolo con cuidado. Lo observó con agrado; ese tono de verde era su favorito, un color esmeralda vivo que realzaba el tono de su piel.

Cuando estaba escogiendo la ropa interior que se iba a poner, se abrió la puerta del baño y entró Alex, envuelto en una toalla.

—¿Ya has regresado? —le preguntó con frialdad.

—Eso es obvio, de lo contrario no estaría aquí.

—Espero que hayas disfrutado de la comida —comentó, atravesándola con la mirada.

Samantha se sobresaltó y suspiró con resignación.

—Lana no ha perdido el tiempo. Imagino que correría al teléfono más cercano tan pronto como George y yo salimos del restaurante.

—¿Así que no niegas haberte encontrado con él?

—¿Qué es esto? —le preguntó—. ¿Un interrogatorio?

—Me disgusta que mi esposa sea objeto de habladurías —contestó Alex con brusquedad.

Ella le miró sin poder creer lo que oía.

—Encontré a George por casualidad al mediodía y me preguntó si ya había comido. Cuando le dije que no, sugirió que lo hiciéramos juntos. Nunca pensé que eso te pudiera molestar —comentó indignada.

—¿Se supone que yo no debía saberlo?

—Ni siquiera me has dado la oportunidad de decírtelo —respondió con calma—. Ahora, si me disculpas, me gustaría darme un baño y cambiarme.

Él se acercó y la sujetó por la barbilla, obligándola a levantar la cabeza.

—¿Es esa la verdad?

—¡Sí, maldición! —exclamó.

Se hizo más intensa la presión de su mano y ella dejó escapar un gemido.

—¡Me estás haciendo daño!

—Te haré aún más si me entero de que estás utilizando a George para vengarte de mí de alguna forma —la amenazó incapaz de dominar su ira.

—¡Suéltame! —exclamó Samantha furiosa.

Él inclinó la cabeza y la besó despiadadamente. Samantha se sintió mareada por la dureza de esos labios que la castigaban con crueldad.

La sujetó con una mano por la nuca y enredó los dedos en su pelo, sin importarle hacerla daño. Ella, derrotada, abrió la boca para permitir que su lengua la invadiera.

Cuando Alex la soltó con un gesto de disgusto, lo único que pudo hacer Samantha fue quedarse allí, de pie, inmóvil, con los ojos llenos de dolor.

—Tenemos que irnos dentro de media hora —le comentó.

¿Oh, Dios, cómo podría salir con él esa noche y fingir que nada había sucedido? Se fue hacia el baño, se quitó la ropa y se metió debajo de la ducha.

Se vistió despacio, y tardó más tiempo del acostumbrado para maquillarse. Cuando terminó se miró en el espejo, segura de que nadie podría adivinar el torbellino de emociones en que estaba envuelta.

—¿Lista?

Levantó los ojos y se encontró con la mirada de Alex, llevaba un traje oscuro con chaleco y camisa blanca de lino. Estaba muy atractivo.

—¿No deberías llevar el brazo en cabestrillo?

La miró con ironía y le dijo:

—Hablas como una esposa irritante.

Samantha encogió los hombros y no hizo ningún comentario. Cogió el bolso de noche y una estola de piel y se dirigió hacia la puerta, sin importarle si él la seguía o no.

Ya en el coche, no habló una sola palabra mientras Spiros recorría la corta distancia que había hasta Vaucluse. Se quedó absorta mirando por la ventana, fingiendo interesarse por el paisaje, aunque, en verdad, se preparaba mentalmente para la noche que la esperaba.

Alex se encontraba en uno de sus mejores momentos de cinismo; condujo la conversación hacia temas seguros e intrascendentes mientras tomaban una copa antes de la cena y, durante el transcurso de ésta, no hubo ninguna señal que pudiera indicar su anterior discusión. Estando presente George, Anna, Nick y la señora Nicolaos, sentada a la cabeza de la mesa, aquello tenía el aspecto de

una agradable reunión familiar.

—Estás pálida, querida —comentó la madre de Alex cuando se dirigían al salón a tomar el café después de la cena.

La señora Nicolaos la observaba preocupada.

Alex le dirigió una rápida mirada y después, con una sonrisa irónica, le dijo a su madre:

—Sabes bien que no soy muy buen enfermo, mamá. Creo que he protestado y refunfuñado mucho durante estos días.

—Debería darte vergüenza —le reprendió—. Es una niña muy dulce y agradable para que desahogues en ella tu malhumor.

Él asintió con la cabeza, divertido.

—Acepto mi culpa. —Miró a su esposa y acercándose, le rozó la sien con los labios— ¿Me perdonas, querida?

¡Oh, Alex representaba su papel al pie de la letra! Si hubieran estado solos le habría gustado darle una bofetada. Pero en vez de hacerlo, se volvió y, mirándole a los ojos, le dijo con dulzura:

—Lo pensaré.

—¡Samantha te ha derrotado, Alex! —exclamó George, mientras Anna reía a carcajadas.

—¡Muy bien hecho! ¡Hace años que no veía a alguien que pusiera a mi hermano en su lugar!

Los dientes de Alex brillaron al sonreír.

—Oh, lo hace todo el tiempo —comentó arrastrando las palabras —. Con más frecuencia de lo que me gustaría, tengo que aceptar mi derrota.

—Tonterías —negó Samantha—. Hasta ahora, no he ganado una sola discusión.

Los ojos de su marido brillaron con malicia mientras le acariciaba la mejilla.

—Ah, ¿pero no es deliciosa la reconciliación?

Sintió cómo se sonrojaba y bajó la mirada para que no pudiera ver el odio que había en ella. Era un cínico y no pretendía permanecer allí, soportando sus burlas.

—Creo que ya es hora de irnos —dijo en voz alta—. Alex necesita descansar y si no insisto, después se vuelve más irritable.

—Yo os llevaré —se ofreció George—. Voy en esa dirección y así no tendréis que molestar a Spiros.

Samantha se levantó, despidiéndose de todos, antes de inclinarse

para dar un beso en la frente a la señora Nicolaos.

—Ha sido una cena deliciosa, muchas gracias.

—Vuelve pronto, querida. Disfruto mucho de tu compañía.

En el reducido espacio del asiento trasero del coche deportivo de su cuñado, Samantha reclinó la cabeza y cerró los ojos, abriéndolos de nuevo cuando George se detuvo delante de la casa.

Él rehusó bajar a tomar algo y, tan pronto como Alex abrió la puerta principal, se alejó con rapidez.

Ya dentro, Samantha subió por la escalera, sintiéndose extrañamente cansada y una vez en el dormitorio, se quitó la ropa, colocándola con cuidado antes de ponerse su camisón.

—Déjame verte.

Dio media vuelta al oír el tono brusco de la voz de Alex, se miraron a los ojos, pero no pudo descifrar la expresión de los de él.

—Estoy cansada —murmuró.

Él se había quitado casi toda la ropa y ante la suave luz de la lámpara de la mesita de noche su cuerpo parecía lleno de vitalidad.

Alex se acercó despacio y Samantha permaneció inmóvil. Le cogió la cara entre las manos, obligándola a levantarla y ella apartó la mirada.

—Mírame, Samantha —le ordenó.

Ella oprimió los labios, pero no le obedeció.

—Lo que pienses hacer, hazlo de una vez, para terminar —susurró temblorosa.

Estaba a punto de llorar y se sentía tan fatigada, que casi le resultaba imposible permanecer de pie. Parecía una víctima esperando su sentencia.

Las manos de Alex descendieron por su cuello, se deslizaron por los hombros y le bajó los tirantes del camisón, que cayó al suelo. Después sus manos y sus labios le recorrieron el cuerpo, acariciándola con ternura.

—Abre la boca —le pidió Alex en voz baja.

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza, pero, de pronto, lanzó un gemido cuando los labios de él rozaron su cuello, descendiendo hasta los senos y recorriendo sus suaves contornos.

Suspiró y apoyó la cabeza en su pecho y ya no pudo luchar contra la profunda emoción que la embargaba. La boca de Alex se dirigió hacia la cadera, deteniéndose en el vientre.

—¿Estás embarazada?

Su ronca voz penetró en la mente de Samantha y se estremeció, cruzando los brazos sobre el pecho en un gesto de protección. Quería gritar, suplicarle que dejara en paz ese cuerpo que la traicionaba y comenzó a temblar.

Deseaba ardientemente negar su posible embarazo y, por un momento, casi lo hizo. Pero después el sentido común la obligó a reconocer que, de una forma u otra, pronto se enteraría.

—¡Maldito seas, Alex! —murmuró, tratando de soltarse—. ¿Te satisface saber que han salido tus cálculos?

—¿Has consultado a un médico?

Movió negativamente la cabeza, sin darse cuenta de que la llevaba hacia la cama, hasta que él se sentó en el borde y entrelazó sus piernas entre las de ella, hundiendo la cabeza entre sus senos y haciéndola acostarse a su lado. La besó con una dulzura tan increíble, que casi la hizo llorar.

Poco a poco, comenzó a encenderse la pasión en su interior y por primera vez, hicieron el amor de una forma tan tierna y dulce que pudo disfrutar por completo de la realización del acto.

La misma semana que Alex regresó a la oficina, Samantha recibió la confirmación de su embarazo. Aunque nunca había tenido dudas, salió del consultorio sin saber si debería estar triste o complacida.

Quizá dentro de unas semanas será distinta la situación, se dijo con ironía, mientras Spiros la traía de regreso a casa. Ahora, sólo podía pensar que Alex, una vez más, había ganado. Todo había sido tan calculado, tan frío, que le resultaba imposible sentirse profundamente resentida.

—¿Cuándo? —le preguntó Alex cuando llegó a casa. Samantha no pudo resistir la tentación de burlarse.

—¿Hace falta que te lo digan?

—No actúes como una niña enfurruñada —replicó, tolerante, y ella tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse.

—En marzo, exactamente nueve meses y dos días a partir de la fecha en que nos casamos —contestó irritada y se puso más furiosa cuando él cruzó la habitación y le dio un beso en la boca.

—Tengo algo para ti —dijo él sacando del bolsillo un estuche.

Samantha lo cogió, con pocos deseos de ver su contenido. Si

quería obsequiarle con algo, no era ese el mejor momento, se dijo en silencio.

—Ábrelo.

—No estoy segura de querer hacerlo.

Sin decir una palabra, Alex abrió el estuche y sacó un hermoso brazalete de oro, con cada eslabón cubierto de diamantes. Le cogió la muñeca, se lo puso y se llevó la mano a los labios.

—¿Qué es esto, Alex? —le preguntó con tono irónico—. ¿Agradecimiento o una recompensa por hacerme pasar estos meses de sufrimiento?

Se dio cuenta de que había ido muy lejos al ver el gesto de disgusto que se dibujó en su rostro.

—¡Puedes sentirte afortunada de que no te dé la paliza que mereces!

Quiso disculparse pero no pudo emitir una palabra, se dio la vuelta y corrió hasta la habitación. Cerró la puerta y se quedó esperando a que en cualquier momento, él la abriera y descargara en ella su furia.

Pero, en vez de ello, la dejó en paz y una hora más tarde, Serafina subió con una bandeja, haciéndola sentir, por la preocupación que le demostró, que se había comportado mal.

Alex inventó la excusa de un fuerte dolor de cabeza para explicar su ausencia esa noche durante la cena.

Más tarde, Samantha se duchó y se acostó, reclinándose cómodamente en las almohadas. Esa mañana había entrado en una librería de la ciudad y había comprado algunas novelas. Al menos, alguna tendría que resultar interesante y pensó que con la lectura le vendría antes el sueño.

Dos horas más tarde, aún estaba despierta. ¡Maldición!

Se levantó, se puso una bata y bajó por la escalera. El estudio y el salón estaban vacíos y pensó que Alex habría decidido dormir en uno de los dormitorios para los huéspedes.

Luego se acordó del estudio del sótano.

Bajó con cuidado por la escalera de caracol y vio que el estudio estaba vacío, aunque la luz del baño-sauna estaba encendida; unos instantes después, se abrió la puerta y salió Alex.

Llevaba una toalla en la mano, pero no hizo el menor intento por cubrirse y ella no pudo apartar los ojos de su musculoso cuerpo.

—¿Sucede algo? —le preguntó.

Samantha hizo un movimiento negativo con la cabeza y él la miró, preocupado.

—Ya es tarde, deberías estar durmiendo.

—No podía dormir —le dijo vacilante, luchando por encontrar las palabras adecuadas. De forma inconsciente, sus ojos se fijaron en la amplia cicatriz que tenía en el pecho y que le llegaba hasta el hombro,

—¿Te da repugnancia? —preguntó Alex.

—No —murmuró, alzando los ojos para encontrarse con los suyos—. No me has dicho cuándo se iniciará el juicio. Tendrás que ir como testigo, ¿no es cierto?

—Me resulta difícil creer que eso es lo que te ha impedido dormir o que hiciera que vinieras a buscarme a esta hora —contestó con un ligero tono sarcástico.

—He venido a decirte que lo siento.

En la boca de Alex se dibujó una sonrisa desdeñosa.

—¿De verdad lo sientes?

—Sí. Es un brazalete hermoso y me he comportado muy mal.

—Pareces una niña arrepentida —se burló divertido—. ¿Qué viene después? ¿Vas a besarme para disculparte?

Se sobresaltó y sintió que se aceleraban los latidos de su corazón.

—Si tú quieres, sí.

—Ve a acostarte. Yo subiré tan pronto como cierre todo.

Se dio la vuelta despacio y subió por la escalera hasta la planta alta; entró después en el dormitorio y se sentó en la cama.

Cinco minutos más tarde, se abrió la puerta y apareció Alex, con una bata corta.

Le miró con los ojos muy abiertos, mientras se acercaba a la cama. Con frecuencia, era más cruel que bondadoso y, en ocasiones, despiadado.

Sin embargo, tenía el poder de lograr que ella le respondiera de una forma que nunca habría imaginado. Jamás había intentado descubrir el motivo, segura de que se sentiría destrozada al reconocer que estaba enamorada de un hombre como Alex.

—¿Necesitas tanto valor para besarme?

Samantha pensó que mucho más del que imaginaba.

—Lo siento.

Samantha se acercó a él y rozó sus labios con los suyos.

—¿Lamentas haberme besado? —preguntó con ironía.

—No me estás facilitando las cosas —replicó, temblorosa.

—¿Sugieres que debo hacerlo?

—En ocasiones pienso que me pones las cosas más difíciles deliberadamente.

—Eso no es cierto —negó con voz baja—. Eres tú la que te complicas la vida al negarte a aceptar lo que es tan obvio.

¿Qué era obvio? Samantha estaba tan aturdida y envuelta en sus emociones, que le resultó imposible pensar con claridad.

—Creo que me voy a acostar —le dijo temblorosa y él sonrió.

—¿Prefieres escapar, Samantha?

Le miró sorprendida y vio el brillo burlón de sus ojos.

—¿Acaso supones que eso que acabas de darme, se puede considerar un beso? —continuó él, hiriente.

—No juegues conmigo, Alex. Sé que no puedo competir contigo.

—Créeme, sólo deseo tu bienestar y de ningún modo quiero hacerte daño.

Sin decir una palabra, Samantha le pasó los brazos alrededor del cuello y abrió la boca sin dudar cuando él rozó la suya. Luego, los fuertes brazos de él rodearon su cintura y la acercaron hacia su cuerpo, haciendo que no le quedara la menor duda de su excitación. Entonces ella le abrió la bata, dejando al descubierto el pecho y el hombro y, con mucho cuidado, besó la cicatriz.

Su ronco gemido la desconcertó por un momento y se quedó inmóvil, observando su ardiente mirada.

—No te detengas —murmuró él.

Como envuelta en un sueño, le quitó la bata.

—Eres una amante ardiente, mi dulce Samantha —dijo Alex con ternura, besándole la oreja—. Hazme sentir placer, como yo te lo he dado.

Y así lo hizo, dudando al principio, hasta que el placer de Alex se convirtió en el suyo y juntos remontaron las alturas de la pasión, disfrutando sus cuerpos antes de encontrarse el alivio de la posesión total.

A punto de quedarse dormido, Alex la atrajo hacia sí y le murmuró al oído.

—Tengo que estar ausente durante varias semanas. Iré a Melbourne, Adelaide, Brisbane y Cairns, en el este.

—¿Cuándo te vas? —preguntó ella, sintiéndose adormecida.

—Pasado mañana.

—Prométeme que te cuidarás —le susurró Samantha.

—Tienes mi palabra de honor —aseguró él, sonriendo con satisfacción.

# Capítulo 9

Había mucha gente en el aeropuerto y Samantha se quedó junto a Alex, mientras esperaba que anunciaran su vuelo.

—¡Alex! Lamento llegar tarde.

Samantha se sintió dominada por la incredulidad al ver que Rebecca se acercaba hacia ellos.

—El taxi ha quedado atrapado en un embotellamiento de tráfico que ha durado una enormidad —se disculpó y se volvió a Samantha, saludándola cortésmente—. Buenos días.

—¿Usted va a acompañar a Alex?

¿Por qué tenía que preguntar algo tan obvio? Sin embargo, necesitaba que se lo confirmaran.

—Sólo hasta Melbourne —intervino Alex cortante—. Rebecca es una secretaria eficiente.

«Apuesto cualquier cosa a que lo es», pensó Samantha, sintiendo un intenso dolor en el pecho al pensar que iban a estar juntos.

En ese momento anunciaron el vuelo y Alex se inclinó hacia ella dándole un beso casi indiferente.

—Piensa en mí —le dijo antes de dirigirse hacia la salida.

Tan pronto como desaparecieron, Samantha se volvió hacia Spiros y le indicó que ya podían regresar.

Durante el viaje a la casa, no pronunció una sola palabra y al llegar, miró sorprendida a Spiros cuando éste le dijo que le acompañara a la cocina. Una vez allí, la llevó a un rincón donde oyó un lastimero gemido que provenía de un camastro cerca de la puerta.

—Es para usted, señorita Samantha —le dijo Spiros, sonriente—. El señor Alex ha pensado que le serviría de compañía en su ausencia.

Sentado en una pila de mantas, un hermoso cachorro de spaniel, les miraba con enormes ojos marrones y tristes, sacudiendo sus largas orejas y sin saber a cuál de los dos dirigirse en busca de cariño.

—¡Es precioso! —exclamó Samantha, arrodillándose para cogerlo. Hundió el rostro en su sedosa piel y después lo acarició.

—¿No tiene nombre aún? —miró a Spiros interrogante.

—El señor Alex quiso que se lo pusiera usted.

—Lo llamaré Rufus —repuso, muy complacida.

El cachorro era encantador y la seguía a todas partes. Incluso, un día saltó a la piscina en un esfuerzo por estar cerca de ella y, desde entonces nadaba un rato todos los días.

La primera semana pasó rápidamente y le resultó fácil ocupar todas las horas del día. Por la noche era cuando se sentía sola y cuando añoraba el calor del cuerpo de Alex.

Cada dos días, iba a visitar a la señora Nicolaos. Comió con Anna en una ocasión y paseó por el parque Taronga con dos sobrinas de Sophie.

Alex la llamó por teléfono un par de veces y al escuchar su voz se desató en su interior una mezcla de emociones… En una ocasión quiso preguntarle por Rebecca, pero comprendió que hacerlo sería infantil y, por consiguiente se contuvo; pero esa noche permaneció despierta hasta más tarde de lo normal, viendo la televisión y tratando de engañarse al fingir interés por el programa.

A la mañana siguiente, Samantha despertó sintiéndose como si hubiera dormido sólo unas horas, aunque ya eran más de las ocho. Percibió un extraño cansancio en las extremidades y un fuerte dolor en la espalda al que no prestó atención, pensando que se debía a una mala postura al dormir.

Se duchó y se vistió con un cómodo vestido de algodón, se cepilló el cabello y se hizo un moño. Después regresó al dormitorio.

Era la tercera mañana consecutiva en que despertaba sin experimentar las náuseas que siempre la hacían salir corriendo al cuarto de baño. El té y los bizcochos que tomaba antes de levantarse la ayudaban, pero ya se había resignado a los cambios que el bebé estaba ocasionando en su interior.

Había ensanchado un poco de cintura, pero por lo demás, seguía tan esbelta como antes.

—Buenos días, Serafina —le dijo alegre, cruzando la cocina y sentándose a la mesa. Ya le había preparado su acostumbrado vaso de zumo de naranjas, así como la mantequilla y la mermelada para el pan tostado.

—Es un día hermoso —comentó la buena mujer, después de devolverle el saludo—. ¿Ha visto cómo brilla el sol?

—Sí y lo que es más, pienso nadar en la piscina y empezar a tomar el sol para ponerme morena. Creo que Alex estará de acuerdo ¿no te parece?

Serafina hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y luego preguntó:

—¿Tiene planes para hoy?

—No, me quedaré en casa a descansar.

Se puso un sombrero, se tumbó en el césped de la piscina y se puso a leer; también dormitó un rato y más tarde se metió en la piscina para nadar.

Sintió el agua fresca, acariciándole la piel. Se sentía relajada y nadó un buen rato.

Fue al salir de la piscina cuando se sintió mal, siendo presa de un intenso dolor en las entrañas.

Permaneció de pie durante varios segundos, inmovilizada por el dolor, pero desapareció con la misma rapidez con la que había llegado.

Quizá se había excedido al nadar, aunque no era posible. Tampoco podía deberse a algo que hubiera comido; sólo quedaba una alternativa lógica y el corazón comenzó a latirle acelerado por el temor.

¿Un aborto? ¿A los tres meses? Su ginecólogo parecía estar encantado con el progreso del embarazo.

Por Dios, pensó enfadada, mientras recogía la toalla y se secaba. Sin duda habría alguna explicación sencilla para lo que le pasaba. De todas formas, al día siguiente debía acudir a su cita para la revisión mensual.

Una vez en la casa subió a la planta alta y se vistió para bajar a comer.

Cuando estaba al pie de la escalera, sintió de nuevo el dolor, esta vez con más intensidad, se aferró a la barandilla y tuvo que sentarse después en un escalón, rodeándose las rodillas con los

brazos.

—¡Serafina! —gritó, angustiada.

Se sintió más calmada al oír los presurosos pasos de la mujer y fue poco lo que tuvo que explicarle para que saliera a buscar a Spiros.

Lo que sucedió después, lo recordaba como en sueños, pues perdió la noción del tiempo.

Spiros llamó por teléfono al médico y pocos minutos después la llevaban al hospital en una ambulancia.

Al llegar, la llevaron a la sala de emergencia con rapidez. Estuvieron un rato con ella varios médicos y luego, las enfermeras se turnaban para tomarle el pulso, la tensión, o sólo para hacerle preguntas.

Volvió a ir luego un médico, la examinó, habló con la enfermera jefe y más tarde anunció que el aborto era inminente.

Se apoderó de Samantha un extraño aturdimiento, impidiéndole pensar. Quería gritar, decirle que no era cierto lo que estaba sucediendo, pero al sentir otra dolorosa punzada en el vientre, supo que era una tontería no aceptar la realidad.

Los dolores se presentaban con más frecuencia, aumentando en intensidad, al tiempo que el útero se dilataba para expulsar el feto.

A las cinco, dos celadores la llevaron en una camilla hasta el ascensor, dejándola en una habitación aislada por una cortina donde, después de más estudios y comprobaciones, la dejaron sola.

Minutos más tarde vio que entraba Alex, y se acercaba a la cama.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella en tono casi acusador.

—Me llamó Spiros y he cogido el primer avión.

—No hay nada que puedas hacer.

—Puedo permanecer aquí, contigo.

Un intenso dolor le recorrió el cuerpo y dejó escapar un grito.

—¿Por qué? ¿Ni siquiera puedo tener intimidad para hacer esto sola? ¡Oh Dios!

Nunca la había herido nada tanto como aquello. Alex lanzó una maldición, entre dientes.

—¿En dónde demonios están las enfermeras y los médicos?

Oprimió el timbre con insistencia hasta que llegaron los auxiliares.

—¿No le pueden dar algo para aliviarle el dolor?

Poco después entró un hombre vestido con una bata blanca y le puso una inyección que pronto la hizo sentirse adormecida.

El dolor continuaba, pero no con la intensidad de antes. Le introdujeron una aguja en el brazo para ponerle suero y todo lo que pasó después lo recordaba como entre brumas.

Debió quedarse dormida, pues, cuando despertó se encontraba de nuevo en su cuarto. Las cortinas de las ventanas estaban corridas y ya no tenía dolor, sólo sentía un vacío.

Despacio, recorrió con los ojos la habitación y se sobresaltó al ver a Alex sentado en una silla cerca de la cama.

No estaba dormido, pero parecía tener la mente en algún otro lugar, por lo que pudo contemplarle durante largo rato sin que él se diera cuenta. Notó el cansancio que se adivinaba en sus ojeras y la expresión sombría de su rostro. El miró hacia la cama y sus ojos se encontraron.

Durante un momento, no pudo hablar pero al fin logró preguntarle:

—Ya ha terminado todo ¿no es cierto?

Él vaciló y después movió afirmativamente la cabeza.

—Sí.

Samantha cerró los ojos, preguntándose si él podría culparla por lo ocurrido y sintió un horrible nudo en la garganta.

—¿Es muy tarde?

—Son más de las once.

—Vete a casa, Alex —le dijo, cansada.

Hundió el rostro en la almohada y las lágrimas que había reprimido comenzaron a brotar de sus ojos.

Sintió que él le rozaba la mejilla con un pañuelo, secando las lágrimas que corrían sin parar; pero eso fue mas de lo que podía soportar.

—Quisiera estar sola —susurró.

Alex profirió una maldición en voz baja y después se levantó.

—Le diré a la enfermera que te dé algo para dormir.

Cuando oyó a la enfermera que hablaba en voz muy baja, vio que Alex estaba sentado de nuevo en la silla, junto a la cama.

Aún no había amanecido, cuando los primeros ruidos del día hicieron a Samantha salir de su sueño.

Las cinco de la mañana era una hora desagradable para despertar y, durante largo tiempo, siguió debatiéndose entre la vigilia y el sueño, hasta que una enfermera insistió en que se levantara a darse una ducha.

Después de la hora de la comida comenzaron a llegar enormes ramos de flores. El mensaje que venía en la tarjeta que las acompañaba era breve y no pudo decidir si era un gesto sincero o si sólo cumplía con lo que se esperaba de un marido. En tinta negra había escrito: Con amor, Alex.

Por la tarde, a la hora de las visitas, llegó Sophie y su trato cariñoso fue como un bálsamo para el dolor de Samantha.

Más tarde recibió otro ramo de flores que la hizo llorar, al ver que lo habían enviado Serafina y Spiros.

Alex apareció a las siete. Samantha sintió que se ponía tensa. Él se acercó a la cama e, inclinándose, le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor —logró responder. Después, reuniendo suficiente valor, se atrevió a decirle— Gracias por las flores.

—¿Necesitas algo?

¿Necesitar? Necesitaba lo que acababa de perder. Deseaba gritarle que deseaba a su hijo, al hijo de Alex. Al asimilar sus pensamientos, se sorprendió. Hasta ese momento, había tratado de no pensar en ello.

Observó los duros rasgos de su rostro, y con un suspiro, contestó:

—No.

—El médico dice que podrás volver a casa pasado mañana. —Ya se lo había dicho también a ella. ¿Qué podía responder?— Samantha…

—No, Alex, por favor. No soportaría que me reprendieras ahora.

Alex la cogió por la barbilla, obligándola a levantar la cabeza.

—¿Qué te hace pensar que quiero hacerlo?

Ella no contestó y después de un rato, Alex dejó escapar un suspiro, irritado.

—Lo que ha sucedido ha sido obra de Dios o del destino. ¿Quién lo sabe? Ahora, lo único importante es que te recuperes.

—La esperanza de tener un hijo no se ha perdido para siempre —le consoló Samantha, con tristeza—. El médico me ha dicho que,

a pesar de todo, hay posibilidades de que me quede embarazada. Incluso, me ha sugerido que lo hiciera cuanto antes.

Alex se levantó y fue hacia la ventana. Durante largo rato, estuvo observando la escena que se veía abajo, hasta que después se dio la vuelta lentamente y comentó:

—Anna vendrá a verte mañana por la tarde. Mamá lamenta no poder visitarte, pero me ha obligado a darle mi palabra de honor de que, cuando salgamos del hospital y regresemos a casa, pasaremos por la suya un momento para que te vea. George te envía saludos y me dijo que tal vez te visite mañana por la noche.

—Todos me han enviado flores; por favor, dales las gracias en mi nombre.

—Te han tomado mucho cariño.

«¿Y tú?», quiso gritar, «¿Me has tomado cariño o todo sigue siendo un lamentable fracaso?»

Él, algunas veces era tierno y muy afectuoso, pero sólo para convertirse al momento en un tirano e inmisericorde. Tratar de descifrar sus propias emociones era ya bastante difícil, y mucho más tener que intentar comprender las de él.

—¿Cómo está Rufus?

—Te echa de menos.

Le creyó; el adorable perrito era cariñoso y leal.

—¿Qué me dices de tu viaje de negocios? Creía que volverías mañana.

La miró con violencia e irritación.

—Mi mujer, enferma en el hospital, es más importante que cualquier asunto de negocios.

Al cabo de un rato, Alex se fue y Samantha no le pidió que se quedara. Su abrumador atractivo parecía llenar la habitación y su poderosa fuerza la hacía sentirse increíblemente indefensa.

Durmió toda la noche y se despertó llena de vigor. Esa tarde fue a verla Sophie y después Anna y Serafina.

Samantha comió bien y se atrevió a andar por el pasillo para hacer un poco de ejercicio. Después de cenar, se dio una ducha y tuvo que hacer un gran esfuerzo para maquillarse y cepillarse el pelo. Poco después de las siete, entró George, sonriente y ella sonrió a su vez, contenta.

—¡George! ¡Me alegro tanto de verte!

—¡Vaya, ésta sí que es una bienvenida!

Fue hasta la cama y le dio un beso en la mejilla, después se sentó en el borde y se quedó contemplándola.

—Vaya, ésta sí que es una forma de llamar la atención —comentó refiriéndose a la gran cantidad de flores que había en la habitación—. Apenas hay espacio para andar.

A Samantha le brillaron los ojos y rió débilmente.

—Lo sé, todos habéis sido muy buenos conmigo.

—¿Todos?

—Sí —dijo poniéndose seria.

—Alex me ha dicho que volverás a casa mañana.

—No es necesario que permanezca aquí más tiempo.

Los bondadosos ojos castaños de George la miraron con fijeza.

—Cuídate, pequeña cuñada —le sugirió con afecto—. Ese hermano mío, en ocasiones es un verdadero salvaje.

Oh, cielos, estaba a punto de llorar.

—¿No lo son todos los hombres? —contestó, fingiendo indiferencia y haciéndole sonreír con ironía.

—Pero cierto griego lo es con más frecuencia de lo que te atreves a reconocer, ¿no es cierto?

—Creo que será mejor que cambiemos de tema —respondió Samantha, con calma.

—Eres muy leal.

—¿No se supone que debo serlo?

Él extendió una mano y le acarició la mejilla.

—Eres una joven muy dulce, Samantha. Cuidas a los débiles y a los ancianos, a los niños y los animales —sonrió con cierta tristeza —. Es una lástima que Alex te viera primero.

—Sin embargo, así ha sido —intervino una voz profunda, desde la puerta.

George sonrió, mientras que Samantha se encogía como si estuviera frente a un peligroso enemigo.

—Ah, ya has llegado —le saludó George con frialdad. Alex le miró fijamente, antes de acercarse a la cama.

Samantha le observaba con los ojos muy abiertos y no pudo evitar el temblor de sus labios cuando la besó, de forma posesiva.

Al levantar la cabeza, vio la mirada de Alex, tenía una expresión sombría e insondable.

—Pareces muy mejorada.

—Sí.

Se sintió aliviada cuando terminó el horario de visitas. George fue el primero en marcharse, sonriendo con ironía, lo cual indicó con claridad, que les daba tiempo para estar juntos. ¿Para hacer qué? quiso preguntarle, mientras en su interior, le suplicaba en silencio que se quedara. Comprendía que era ridículo sentirse así. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a solas con Alex.

—Vendré a buscarte mañana a las diez —le comentó Alex, sentándose en el borde de la cama.

Su cercanía le preocupaba y sintió el latir acelerado de su pulso. Confundida, se volvió a mirarle, interrogante.

—Es posible que te den de alta sobre las diez o las once —le recordó él y Samantha se sonrojó.

—Puede venir Spiros a por mí —respondió.

—¿Hay algún motivo para que no te lleve yo a casa? —inquirió Alex, molesto.

Había un tono de arrogancia en su voz.

—No, claro que no —contestó inmediatamente—. Lo que pasa es que no quería molestarte.

La respiración de Alex era agitada y en sus ojos vio un destello amenazador.

—Piensas demasiado.

—Alex…

—Cállate —replicó tenso, mientras se inclinaba y la besaba con extraña ternura, buscando su boca con la punta de la lengua.

El beso le recordaba otras ocasiones, pero, al mismo tiempo, no le hacía exigencia alguna y después del primer momento, en que, por instinto, había tratado de rechazarle, comenzó a relajarse, sintiendo que Alex, en esta ocasión, estaba de buen humor.

Cuando él se irguió, experimentó una extraña sensación de pérdida y su sonrisa le hacía perder el control.

—Tengo que irme. Que duermas bien, te veré mañana por la mañana.

Cuando se fue, rechazó un sedante que le traía la enfermera.

El día siguiente amaneció brillante y claro y los rayos del sol lo

iluminaban todo. Al pensar en regresar al lujo de la casa de Alex en Poínt Piper, sintió una mezcla de alegría y preocupación.

Cuando su marido entró en la habitación, acompañado por la enfermera y un médico, Samantha ya estaba lista.

Diez minutos después se encontraba sentada en el coche que conducía Alex en dirección a la casa de su madre.

—Mamá nos ha preparado algo de comer, pero la he prevenido de que no nos quedaremos mucho tiempo.

¿Cómo podía haberlo olvidado? La señora Nicolaos era una anciana que no carecía de tacto. Sophie estaba segura de que sería muy cariñosa con ella.

Y así fue. Habló poco, pero con sus palabras hizo saber exactamente lo que pensaba. Cuando llegó, la señora Nicolaos la recibió con un abrazo breve, pero efusivo.

Comieron mayormente dulce, la mayor parte de ellos hechos por la madre de Alex, especialmente para Samantha; después tomaron café solo, pero Samantha prefirió una taza de té.

La fiel Helena estuvo alerta todo el tiempo, atendiendo sus deseos y ya eran casi las doce cuando Alex comentó que debían retirarse.

Cinco minutos más tarde se encontraban en casa y Samantha tranquilizó a Serafina, asegurándole que se sentía bien.

Rufos parecía feliz, demostrando con sus ladridos que estaba encantado de verla de nuevo, tanto que Alex tuvo que sacarlo del salón para que se calmara.

—Ahora descansa un rato antes de comer —insistió él al observar la palidez de su rostro.

A pesar de sus protestas, la subió en brazos al dormitorio, la depositó en la cama y le quitó los zapatos.

Estaba peligrosamente cerca y para apartar de su mente su imagen, Samantha cerró los ojos.

—¿Deseas alguna otra cosa?

Ella quiso gritar que la abrazara, pero después de un momento de duda, hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Vendré a buscarte a la una.

—No soy una inválida —contestó.

—¿He dicho en algún momento que lo fueras?

¿Por qué negarse a recibir un poco de ternura? ¡Dios sabía lo

mucho que la necesitaba!

—Imagino que habrás tomado el día libre en la oficina.

—Sí.

—Gracias —le dijo sintiendo deseos de llorar.

—¿Por qué? —le preguntó, tenso—. ¿Por demostrar que prefiero estar con mi mujer?

—¿De verdad? ¿Quiero decir, deseas estar conmigo?

—¡Samantha, por todos los cielos! —murmuró con vehemencia —. ¡Debería hacer que me pidieras perdón por lo que dices!

Le temblaban los labios y él, a su vez, hizo un evidente esfuerzo para controlarse. Ahogando una ronca maldición, se dio la vuelta y salió de la habitación.

La comida no fue, precisamente, un acontecimiento tranquilo. Aunque Alex pareció mantener una conversación normal las respuestas de Samantha fueron sólo monosílabos. Además, la presencia de Serafina al servir hizo imposible que se relajara el ambiente.

Esa tarde, Samantha trató de ver la televisión, miró algunas revistas e incluso durmió en el sofá durante un rato.

A las seis se dio una ducha y se arregló, escogiendo un sencillo vestido estampado de seda, de colores suaves, complementando con zapatos de tacón alto.

Cuando terminó, se miró en el espejo. Era la primera vez que observaba su imagen completa desde que había entrado en el hospital y comprendió que su silueta era tan esbelta como siempre y sólo la mirada más perspicaz hubiera podido adivinar una ligera tristeza en su expresión.

Logró cenar algo, aunque casi no tenía apetito. Después tomó té, mientras Alex pedía, como siempre, café solo.

—¿Quieres ver la televisión?

Samantha alzó los ojos al oír la voz de Alex y asintió en silenció. Eso significaba que no tendrían que hablar y, aunque comprendía que alguna vez tendrían que hacerlo, prefería retrasar todo lo posible el enfrentamiento.

A las nueve se levantó expresándole su deseo de retirarse y Alex hizo lo mismo.

—Te acompañaré arriba.

—No es necesario.

—Permítemelo —insistió.

—Lo mío ha sido sólo un aborto.

—Algo que casi siempre conlleva un trauma emocional.

—¿Qué pretendes, Alex? —preguntó con amargura—. ¿Consolarme?

—No soy tan inhumano para no darme cuenta de lo que estás sintiendo —le aclaró—. También era mi hijo.

Sintió que las lágrimas inundaban sus ojos y, al pensar que él la podría ver, se dio la vuelta y trató de huir. Sin embargo, tan sólo había dado dos pasos cuando la sujetaron los fuertes brazos de Alex y, sin esfuerzo alguno, la levantó.

—¡Bájame! —gritó.

—¡Quédate tranquila, pequeña tonta!

En el dormitorio la estrechó contra sí. Era como si quisiera comunicarle una parte de su fuerza y después de varios segundos ella ocultó la cara en el pecho de Alex y dejó correr las lágrimas.

El rítmico latido de su corazón tuvo un efecto tranquilizador y después de un rato, se apartó de él.

—Acuéstate —le ordenó Alex—. Bajaré a apagar las luces.

Samantha comenzó a quitarse la ropa y entró en el cuarto de baño. Estaba muy cansada.

Cuando se acostó Alex, ella estaba empezando a quedarse dormida y no ofreció resistiencia cuando él la rodeó con los brazos, colocándole la cabeza sobre su hombro, en un gesto cariñoso y protector.

# Capítulo 10

Las semanas siguientes fueron insoportables. Samantha parecía haberse encerrado en un mundo privado, en el que ni siquiera Alex podía entrar. Era lo que los médicos llamaban melancolía posterior al parto. Excepto que en este caso era aún peor, pues se sentía deprimida por un sentimiento de culpa al haber perdido a su hijo.

En realidad, ella no tenía ninguna culpa, lo que pasaba era que tenía remordimientos por no haberse alegrado al enterarse de que estaba embarazada. Ni siquiera había sido por su propia decisión. Una parte de ella estaba resentida por la maternidad a la que él la había obligado, mientras que la otra lloraba por la pérdida de su hijo.

No podía interesarse en nada. Alex la llevó a cenar a un pequeño restaurante, muy íntimo y con excelente comida, pero su depresión era cada vez más profunda.

Debido al exceso de trabajo de Alex, no le resultaba difícil evitar su presencia y, excepto por unas cenas ocasionales en que él salió temprano de la oficina, apenas le veía.

Serafina se mostraba compasiva, aunque era evidente su desaprobación, pensando quizá que, con afecto y cariño, era posible que Samantha pudiera recuperar la salud perdida.

—Necesito irme de aquí —dijo Samantha cuando estaba cenando con Alex, tres semanas después de haber salido del hospital.

—Sola no.

—¿Por qué? No soy una niña —protestó—. ¡No puedes detenerme!

—Puedo hacerlo y con mucha facilidad.

—¿Manteniéndome vigilada? ¡Serafina y Spiros no pueden

espiarme todo el día!

Él la miró fijamente.

—Quizá sea una buena idea tomar unas vacaciones. Dame tiempo para arreglar algunos asuntos.

—No me comprendes. ¡Quiero ir sola!

—Eso es imposible.

—Me voy, Alex —replicó, con ojos brillantes por las lágrimas—. Con tu aprobación o sin ella.

—¿Una separación de prueba? —le preguntó con calma—. ¿Qué objeto tendría?

—Creo que quiero divorciarme —susurró Samantha.

—Nunca.

—No puedo seguir así —insistió temblorosa.

Se endureció su mirada y después, con un suspiro, le preguntó.

—¿Adónde irías?

Ella no vaciló un momento.

—A Perth. Tengo amigos allí y…

—Bien, una semana, Samantha —aceptó Alex, interrumpiéndola —. La casa está vacía y Sophie puede acompañarte. Y no lo dudes, si no regresas, iré a buscarte y te traeré a la fuerza. ¿Me comprendes?

—¡Eso es tiranía!

—Llámalo como quieras.

—Prefiero ir sola —insistió, armándose de valor al ver su enfado.

—No.

—Necesito varias semanas. Una no es suficiente —insistió, con terquedad.

—Dos semanas, Samantha —le ofreció, cortante.

—¿De verdad piensas dejarme ir?

Su única respuesta fue un breve movimiento afirmativo con la cabeza.

Una vez que aceptó, parecía como si Alex estuviera ansioso por librarse de ella. Apenas le volvió a ver, pues se marchaba antes de que bajara a desayunar y, con frecuencia, le dejaba un mensaje con Serafina, diciendo que trabajaría hasta muy tarde o que tendría que salir a comer con algún cliente.

Al fin llegó el día de su partida, pero parecía que Alex no había

podido cancelar una cita importante. A las ocho guardó las cosas de aseo en su bolso y, después de dirigir una última mirada a la habitación, salió al pasillo.

Sintió un extraño vacío en el vientre mientras bajaba por la escalera. Spiros ya le había llevado la maleta al coche y lo único que le quedaba era despedirse de Alex.

Despacio, se acercó al estudio, como si le costara trabajo entrar en ese lugar. Llamó a la puerta y la abrió antes de poder arrepentirse.

Alex estaba de pie, junto al escritorio, revisando unos documentos que iba a guardar en el portafolios que estaba sobre la mesa y la miró cuando se detuvo a poca distancia de él.

—Quería darte las gracias —dijo Samantha.

—¿Por qué?

—Por dejarme marchar —contestó con voz tranquila, sin poder evitar mirarle con ojos llenos de deseo.

—¿Qué es lo que quieres, Samantha? —le preguntó Alex—. ¿Mi bendición?

Samantha se quedó inmóvil sin saber qué hacer, mientras él se dirigía hacia la puerta. ¿La besaría? De repente, lo deseó, pero él no parecía tener la menor intención de hacerlo.

Salieron del estudio y llegaron hasta el coche, donde Spiros estaba sentado al volante y le abrió la puerta.

Tan pronto como entró y se sentó, él agitó la mano en señal de despedida y se dirigió hasta su coche.

Unos segundos más tarde, el coche se puso en marcha. Samantha era consciente de que Alex les seguía y pensó que, al salir de los terrenos de la casa, el coche de Alex les adelantaría, pero no fue sino hasta que Spiros se desvió y cogió el camino que les conduciría a la casa de Sophie. Alex, a su vez, seguía en dirección a la ciudad.

Sophie ya estaba esperándola y Samantha trató de fingir entusiasmo por sus supuestas vacaciones al llegar al aeropuerto.

Spiros aparcó el coche y sacó las maletas, acompañándolas hasta la terminal de pasajeros.

Mientras esperaban para facturar el equipaje, se dijo que había luchado tanto para irse que, en ese momento no podía creer que quisiera quedarse. ¿Deseaba hacerlo? ¡Oh, Dios, debía estar volviéndose loca!

Pasaron diez minutos antes de que anunciaran su vuelo y Samantha esperó hasta que la mayoría de los pasajeros salieron.

—Adiós, Spiros —dijo impulsivamente, inclinándose y dándole un beso en la mejilla—. Cuida a Alex por mí.

Le salieron las palabras sin darse cuenta y le tembló un poco la boca, comprendiendo lo que acababa de decir.

Al ver que eran las únicas que faltaban por subir al avión, le dijo:

—Tenemos que irnos.

El viaje fue tranquilo y se sintió aliviada al descender, aunque sólo fuera para estirar las piernas después de tantas horas en el aire.

Por algún motivo, había esperado encontrar la casa exactamente igual, sin embargo, percibía una extraña sensación de vacío. Alguien había hecho la limpieza y el frigorífico estaba lleno de comida.

—Voy a sacar las cosas de la maleta —dijo Samantha y Sophie comentó que también iba a hacer lo mismo.

La joven recorrió la casa y los jardines; hacía casi cuatro meses que se había ido, pero era como si hubieran pasado muchos años. Deseaba experimentar lo mismo de antes, ser de nuevo una estudiante libre de preocupaciones y sin problemas.

De pronto, se sintió intranquila, entró de nuevo en la casa y se dirigió al teléfono. Una hora más tarde, ya había hecho citas para cenar con tres amigas en tres noches consecutivas y planeó salir de compras el lunes.

Al fin recuperaba una parte de su anterior alegría de vivir. Esa noche durmió sin sueños que la atormentaran. Al despertar a la mañana siguiente, se sintió fresca y tranquila.

Durante la primera semana, se dedicó a hacer visitas y a disfrutar del placer de volver a ver viejas amigas, visitando lugares conocidos, pero, a la mitad de la semana siguiente, comprendió que estaba tratando de revivir el pasado y que eso era imposible.

Su vida había cambiado. Ella había cambiado, se dijo con tristeza. Esa casa no era su hogar y ya no pertenecía a este lugar.

Alex llamó por teléfono en una ocasión, pero fue Sophie quien contestó y Samantha se negó a hablar con él, haciéndole un gesto a Sophie para que le dijera que no se encontraba en casa.

Su imagen parecía perseguirla, dominando su mente por

completo y llegó un momento en que no podía pensar más que en él. Las noches eran lo peor, pues permanecía despierta recordando lo que había sentido en sus brazos y experimentaba una emoción tan intensa que la consumía y le resultaba insoportable.

Se dijo una y otra vez que eso era lujuria. ¿Estaban relacionados entre sí el deseo y el amor? Se sintió tan confundida, que ya no podía ni pensar.

Al coger el avión dos días después para regresar al este, se dijo que si eso no era amor, lo parecía. Se sintió mareada, alegre y feliz.

Al llegar al aeropuerto, sus ojos impacientes recorrieron la multitud de amigos y enamorados que esperaban, buscando una cara familiar, que era lo que más deseaba ver. Quizá había llegado tarde o el avión se había adelantado. No podía concebir que Alex no hubiera ido a esperarla. En ese momento, vio a Spiros y descubrió que estaba solo.

Sintio un dolor agudo en el corazón y le costó bastante trabajo aparentar serenidad, mientras Spiros dejaba a Sophie en Manly y después cruzaba la ciudad hacia Point Piper.

¿Por qué tenía que sufrir ese conflicto de emociones? ¡Oh! maldito Alex, se dijo, irritada. Si hubiera estado en el aeropuerto, no habría podido evitar correr hasta él y abrazarle.

El coche se detuvo ante la puerta principal y en el momento en que Samantha estaba a punto de apearse oyó que se acercaba un coche. Se quedó paralizada al observar que era el de Alex.

No pudo decirle nada de lo que había pensado, sólo se quedó inmóvil, mientras él se acercaba.

—Bienvenida a casa.

—Hola, Alex.

La expresión de su rostro era indescifrable, al tiempo que se aproximaba para cogerle una mano, pero no hizo ningún esfuerzo por besarla.

—¿Habéis tenido buen viaje?

—Sí, gracias.

—¿Quieres beber algo para refrescarte? —le sugirió cuando entraban.

Ella dudó un momento y después hizo un movimiento afirmativo. El alcohol tal vez le daría valor. ¡Necesitaba algo para calmar los nervios!

Alex se dirigió hasta el bar, sirvió un whisky para él y para Samantha un vermouth, regresando a donde ella se encontraba.

—Gracias.

—Imagino que habrás disfrutado de tus vacaciones. Nunca estabas en casa cuando te llamaba.

Samantha bebió un sorbo y contestó:

—Tenía qué visitar a varias amigas.

—¿Te ha resultado sencillo volver a la vieja rutina?

—La mayoría de mis amigas estaban en clase durante el día, excepto el fin de semana. Sophie y yo hemos ido de compras varias veces.

—Y por las noches ¿salías?

Si no le conociera mejor, podría decir que estaba celoso. Sin embargo, pensar eso era una locura… ¿O no? Perdiendo el temor, agregó para molestarle:

—Todas las noches. Y he asistido a fiestas muy divertidas, que duraban hasta el amanecer.

La mirada de sus ojos se endureció de tal forma, que la asustó, aunque su voz era suave como la seda.

—Si llegara á creer eso, te mataría —comentó exagerando.

Samantha cerró los ojos para no verle y después los abrió temerosa.

Se produjo un largo silencio, él dejó su vaso sobre la mesa y se acercó.

Sin saber por qué, sintió que la dominaba la ira.

—No puedo imaginar que te hayas quedado melancólico en casa, durante mi ausencia. Estoy segura de que Rebecca se las habrá arreglado para hacer que te quedaras hasta muy tarde en la oficina. Además, siempre puedes contar con la hermosa Lana. Esas son sólo las dos mujeres que conozco. ¡Sólo Dios sabe cuántas más habrá!

—Rebecca es una secretaria muy eficiente —replicó él secamente—, eso es todo.

—¡Ella no opina lo mismo!

—Lana es una de mis muchas amigas, a quienes les resulta difícil terminar una relación que ha muerto hace tiempo.

Los ojos de Samantha lanzaron destellos de irritación.

—¿Quieres decir que la utilizaste de la misma forma en que me utilizas a mí?

Se tornó más dura la expresión de su rostro y se notaba un tono burlón en su voz.

—Ah, pero contigo me he casado ¿no es cierto?

—Oh, sí —reconoció con amargura—. Vivo rodeada de lujo, atendida en todos mis deseos, con lo único que debo cumplir es con darte un hijo. Pero he fracasado ¿no es verdad?

Turbada sintió el ardor de las lágrimas en sus ojos y huyó, deseando salir de esa habitación y alejarse de él, antes de romper a llorar.

Pero no llegó muy lejos antes de que él la detuviera, levantándola en brazos y estrechándola contra él.

—¡Bájame! —gritó golpeándole en la espalda con los puños, sin obtener resultado—. ¡Maldito! ¡Te odio!

Mientras subían por la escalera, hacia el dormitorio, no cesó de insultarle y de llorar.

—¡Déjame!

Sin decirle una palabra la sentó en la cama, sujetándole las manos sin esfuerzo.

—¡Suéltame las manos!

Él obedeció y, tan pronto como estuvo libre, se lanzó sobre él, golpeándole en el pecho, en cualquier lugar, hasta que él la sujetó de nuevo.

—¡Basta! —exclamó con violencia.

Tenía la respiración agitada y le miró furiosa.

—Siempre ganas, ¿no es cierto?

—No siempre.

—No te creo, eres invencible.

Pudo ver una expresión cínica e irónica en su rostro.

—Las apariencias engañan.

Sus ojos permanecieron clavados en los de él y sintió que se le aceleraba el corazón.

—¿Por qué estamos siempre peleándonos? —susurró, temblorosa.

—Esperaba que lo hubieras adivinado a estas alturas.

Quizá… quizá ya lo había hecho. Se quedó vacilante y silenciosa, mirándole con ojos suplicantes para que le diera alguna indicación, pero él prefirió ignorar su súplica.

—Antes me decías lo que pensabas —continuó Alex—. ¿Por qué

tienes miedo ahora?

Se dijo a sí misma que era porque no tenía miedo de perderle. Pero, después de un largo silencio, contestó:

—Creía que todo lo que quería, se encontraba en Perth.

—¿Y no es cierto?

—No.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—Tú.

Era como si hubiera estado armando un gigantesco rompecabezas, y de repente, las piezas que faltaban hubieran quedado en su lugar. Sintió un intenso deseo de llorar.

—No debías haberme dejado ir.

Alex no contestó y un frío estremecimiento de temor le recorrió la espalda.

—Quería odiarte por haberme obligado a este matrimonio. Al principio lo logré y no sé cuándo comenzó el cambio. Quizá fue cuando estabas en el hospital. Me molestaba Rebecca, Lana y cualquier mujer que te mirara.

Le miró a los ojos y, armándose de valor, continuó:

—Después, cuando me quedé embarazada, sentí que me había convertido en parte de tu ser y así perdía mi propia identidad. Después del aborto, estaba aún más confundida. Quieres que te lo diga todo ¿no es cierto? Te quiero. ¿Qué más deseas? ¿Que te suplique?

—¿Lo harías?

—¿Es necesario? —preguntó a punto de llorar. ¿Por qué el amor tenía que ir acompañado de tanto dolor? La mano de Alex le levantó la cara, por lo que no tuvo otra alternativa, que mirarle a los ojos.

—Creo que ahora debes demostrarme algo de ese amor del que me hablas.

—¿Para qué? —gimió Samantha—. ¿Para que después me rechaces?

—¿Eso es lo que crees?

Muy pálida, le miró en silencio. Estaba cerca y, al mismo tiempo, tan lejos. Un paso más y caería en sus brazos, pero, si él la rechazaba sabía que se moriría.

Despacio, Samantha se acercó y le pasó los brazos por el cuello,

haciéndole inclinar la cabeza. Buscó su boca y le ofreció sus labios.

—Te quiero, mucho más de lo que te mereces.

Dejando escapar un suspiro, él la estrechó contra su cuerpo y después apresó su boca con una pasión que no le dejó dudas, y disfrutó de la fuerza de sus brazos, de la intensidad de su excitación, mientras Alex la besaba hasta casi dejarla sin aliento.

Con mucha ternura, fue desabrochándole los botones de la blusa para dejar libre la piel sensible de su pecho. Muy despacio, le quitó el sujetador y le acarició los senos.

A su vez, Samantha le quitó la camisa en unos segundos y le exploró el cuerpo con sus dedos.

—Bruja —gruñó Alex, con una sonrisa desdeñosa—. ¡Mira lo que me has hecho!

—Creo que los dos sentimos lo mismo —murmuró Samantha, sonrojándose.

Con ojos llenos de pasión, Alex le preguntó:

—¿Qué crees que debemos hacer ahora?

Ella fingió pensarlo y sonrió provocativamente.

—Tengo algunas ideas.

—¿De verdad?

La delicia de jugar con él, produjo un brillo malicioso en sus ojos.

—¿Después de cenar?

—¿Quieres decir con eso que tienes hambre?

—Bueno, creo que, de cualquier forma, la tendré —rió y le miró de forma insinuante—. ¿No vas a besarme?

—¿Estás proponiéndome que haga contigo el amor?

—Eso espero —le dijo temblorosa—. Te deseo, te necesito tanto, que siento dolor.

La cogió en brazos, llevándola hacia la cama; luego acabó de desnudarla y él se quitó también toda la ropa.

Samantha le pasó la manos por detrás de la cabeza y le besó, feliz de tomar la iniciativa, hasta que Alex se hizo cargo de todo.

—Alex…

Al ver la duda en sus ojos, le cogió la cara entre sus manos y la contempló.

—Me casé contigo con un pensamiento fijo —reconoció con cuidado—. Cobrarme con tu cuerpo; tener una mujer tenía varias

ventajas y pensaba aprovecharlas todas.

Su sonrisa burlona demostraba el desprecio que sentía por sí mismo.

—Sin embargo, te metiste en mi piel y, una vez que estuviste allí, no pude deshacerme de ti. Además, poco después tampoco lo deseaba. En cuanto al amor… Hasta ese momento, nunca había creído en él. En el tiempo que estuve en el hospital, pude pensar con calma en el motivo que despertaba la irritación que sentía cada vez que veía a George contigo.

Se ensombreció la mirada de sus ojos e hizo una mueca irónica.

—Te comportabas tan natural con él, tan sincera, que al veros juntos comprendí que me dominaban los celos. Con arrogancia, pensé que podría utilizar la persuasión para hacer que me quisieras. En la cama nos acoplábamos físicamente, pero tan pronto como salíamos de ella, luchábamos como enemigos en un campo de batalla.

Pudo ver un profundo remordimiento en sus ojos, mientras le acariciaba con las manos la espalda.

—Soy mayor que tú —continuó Alex con pesar—. Aunque no haya sido un libertino, no puedo negar que he salido con muchas mujeres.

—Sólo tienes treinta y siete años —protestó ella.

—Diecisiete años más que tú, mi dulce Samantha. Cuando tengas cincuenta, yo andaré cerca de los setenta.

—Para eso aún faltan más de treinta años. ¿Cómo podemos saber lo que sucederá en el futuro? —Con los ojos llenos de lágrimas, continuó— Te quiero, Alex Nicolaos… con todo el corazón. ¿Quieres decirme que no debemos disfrutar estos años juntos sólo porque cuando estés en la senectud yo estaré entrando en la madurez? ¿Crees que mi amor es tan superficial que no puede crecer contigo, aceptando los cambios sutiles que se produzcan? Porque te quiero. Si estás deseando desperdiciar esta oportunidad, entonces…

La boca de Alex se apoderó de la suya, dura, posesiva, buscando borrar toda incertidumbre y dolor, estableciendo su demanda para pasar toda la vida juntos, a la cual no tenía intenciones de renunciar.

—Eres mi amor… mi vida —juró Alex.

Después hizo con ella el amor, con ternura y con tal reverencia, que la hizo llorar de emoción.

Transcurrió bastante tiempo antes de que él la cogiera en sus brazos, llevándola hasta el baño. Llenó la bañera antes de colocarla dentro de ella y después se metió él también.

El calor del agua tenía un efecto tranquilizador y Samantha se sintió muy relajada y feliz después de hacer el amor.

—¿No te arrepientes? —le preguntó Alex mirándola a los ojos. Ella sonrió dulcemente, mientras hacía un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Cómo podría?

En ese instante oyó el sonido del intercomunicador y llegó hasta ellos la voz de Spiros.

—¿Piensan cenar esta noche?

Con expresión maliciosa, Samantha salió de la bañera y oprimió el botón del intercomunicador.

—¿Qué hora es, Spiros?

—Las nueve.

Al mirar a su marido, se dio cuenta de que tenía centrada toda su atención en contemplar los contornos de sus curvas. Haciéndole un gesto de burla, dio instrucciones a Spiros.

—Dile a Serafina que bajaremos dentro de quince minutos.

Cogió una toalla y se tapó con ella, sin prestar atención a los gestos que le hacía Alex para que se reuniera con él.

—¡Fuera, hombre insaciable! —le ordenó, divertida—. ¡A comer!

—Preferiría quedarme aquí —murmuró Alex.

—Estoy segura de que Serafina habrá preparado una mesa muy romántica con velas y un buen vino para celebrar nuestra reunión. Sería una lástima no complacerla, ¿no crees?

—Oh, sí, sería una lástima —se burló con cinismo y Samantha apartó los ojos cuando él salió de la bañera.

—Me voy a vestir —comentó, dirigiéndose hacia el dormitorio.

Escogió un vestido al azar, se cepilló el pelo y se pintó ligeramente los labios.

En el momento en que se apartaba del espejo, Alex avanzó y sintió que se derretía en el calor de su mirada mientras él inclinaba la cabeza para besarle el cuello.

—Alex…

—¡Calla! —interrumpió con suavidad, haciéndola volverse para quedar frente a él—. Es sólo un beso, nada más.

Fue un gesto muy tierno. La rozó con los labios suavemente la boca y después, retrocedió un paso y la cogió de la mano.

—¿Vamos?

Ella contempló su musculoso cuerpo en silencio y, después, le dijo:

—A donde quieras llevarme… por el resto de mi vida.

—Te quiero —terminó Alex, emocionado.

Y, cogidos de la mano, salieron juntos de la habitación.



HELE BIANCHIN (nacida en Nueva Zelanda el 20 de febrero) es una popular escritora neozelandesa de novelas románticas.

Hasta ahora ha escrito más de cincuenta novelas para la editorial británica Mills & Boon desde 1975.

Viajó por toda Australia, y en Cairns, conoció a Danilo Bianchin, un italiano de Treviso; seis meses más tarde se casaron. Tuvieron una hija, Lucia, y dos hijos Angelo y Peter. Desde 1981, la familia reside en Australia.